MUNICIPALIDAD DE QUITO

Museo Histórico

Organo del
Museo de Historia

Departamento de
Educación y Cultura Popular

Quito - Ecuador

IMPRENTA MUNICIPAL

Nº 26

BIBLIOTHECA AEQUAT. AURELIO ESPINOSA POLIT. QUITO

MUSEO HISTORICO

Revista trimestral
Organo del Museo de Historia

Departamento Municipal de
Educación y Cultura Popular

Quito - Ecuador

SR. DN.
ALBERTO MENA CAAMAÑO,
quien donó su Museo de Arte a la Ciudad de Quito.

MUSEO HISTORICO

Año IX Quito, Marzo de 1957 Nº 26

DIRECTOR: JORGE A. GARCES G.

El Museo Municipal de Arte e Historia

POCOS casos pueden citarse en nuestro medio y en las presentes generaciones, de ciudadanos que, favorecidos por la fortuna, hayan comprendido lo bastante, la función que desempeña el hombre en la sociedad, el destino para el que fué creado, considerada aquella como el círculo humano que nos rodea; pero, sobre todo en su más amplio sentido, el de Patria, tema que nos ha ocupado en más de una vez desde estas mismas columnas. Si, en principio, la vida del hombre moderno es una permanente lucha por el triunfo de los intereses económicos, éstos tampoco podrán traspasar los límites de lo secundario, de lo que supone un medio

para el desarrollo equitativo de las facultades del espíritu. Pero este aserto que pareciera entrañar la razón de la existencia del hombre, considerado como ser sociable por esencia, no tiene, en el devenir del tiempo, sino una muy rara expresión.

En estos días, un ilustre ciudadano quiteño que consagró su vida al robustecimiento de la economía nacional, ya sea con la instalación de la más fuerte empresa textil del país: La Internacional; ya, con la fundación con otras autoridades en la ciencia financiera, de uno de los Bancos que pronto se acreditaron por la función social que orientó sus actividades: el Banco del Pichincha; don Alberto Mena Caamaño entregó también su juventud a las disciplinas del arte, a su apreciación cualitativa, en cuanto éste constituyó en la vida secular de la Patria, una de sus mayores glorias. En don Alberto Mena tal afán se concretó en la formación paciente y plena de constancia, de uno de los mejores museos de la Capital de la República; pero para entregarlo, en un hermoso gesto de generosidad, a la Ciudad que es su cuna, a fin de que este Museo sea la iniciación del que a través de pocos años constituirá seguramente el más rico de la América Hispana, si ha de tenerse en cuenta que Quito fué, desde los albores de la colonia, la cuna y asiento de las Bellas Artes.

Si hemos de lamentarnos el descuido y la indiferencia con que se ha mirado la emigración permanente de nuestro acervo artístico, sea por la carencia de legislación en la materia, o porque las instituciones no supieron dar cumplimiento a estas leyes; ello nos da la medida de la fecundidad y riqueza del patrimonio de arte en la Ciudad de Quito; que, no obstante el éxodo secular, la Capital ecuatoriana, en sus templos y monasterios y en casas particulares, sigue manteniendo la primacía del arte.

A salvar definitivamente este patrimonio ecuatoriano, viene la fundación por parte del Ilustre Concejo de Quito, del Museo de Arte e Historia, con el fondo inicial donado por el señor Mena Caamaño, que ha de instalarse en este mismo año, en el Edificio seguramente de mayor importancia histórica que conserva la Capital, el que con el nombre de "Cuartel Real de Lima" fué el teatro de la inmolación de los Próceres de la Libertad, el 2 de Agosto de 1810.

"Museo Histórico", creado por la Ilustre Municipalidad de Quito para la investigación del pasado y la difusión de la cultura histórica, rinde desde estas líneas cordial homenaje al señor Mena Caamaño y hace votos porque su ejemplo sea imitado por muchos quiteños, que, amando a la Ciudad, han de probarlo con hechos reales.

Varias colecciones de arte existen en Quito, poco o nada conocidas y a las que no tienen acceso sino contados elementos de familia, las que están destinadas a desaparecer con sus propietarios, si ellos, en manifestación de patriotismo, no las entregan al cuidado de los legítimos personeros del Cabildo.

Si amamos a la Patria, elevémosla en los valores del espíritu, que es el mejor medio de servirla.

Don Alberto Mena Caamaño, ha asegurado su permanente recuerdo, en la posteridad.

Discurso del Sr. Alcalde de Quito, Dr. Carlos Andrade Marín, en la Sesión Solemne conmemorativa del CDXXII Aniversario de la Fundación de Quito

QUITO festeja hoy, una vez más, su fecha aniversaria. Y en este año, el I. Concejo ha deseado que esa celebración revista caracteres de solemnidad, y que el pueblo de la Capital se encuentre presente en festivales que traten de mantener vivo su tradicional buen gusto por las artes y su nunca desmentido espíritu cívico.

El 6 de Diciembre de 1534 no es únicamente fecha de la fundación española de San Francisco de Quito. El hecho de haber sido escogido este sitio, el mismo sitio en que asentaba la Ciudad indígena, el hecho de haber mantenido su nombre, que fue

también el de la Audiencia y debió ser de la República, nos está indicando que los ecuatorianos debemos celebrar esta fecha vinculándola estrechamente al recuerdo de la más antigua civilización y de sus héroes gloriosos, que son y serán héroes quiteños dignos del reconocimiento de la Patria.

Atahualpa fue el último de los Shiris y también el primero y el último Emperador quiteño del Tahuantinsuyo.

Atahualpa, el caudillo quiteño, será siempre bandera de nuestro pueblo. Raíz de nuestra gesta, encarna, como fue su estirpe, la rama materna de los Shiris y la paterna de los Hijos del Sol y, con su sacrificio, incluyó a España en ese crisol de triple abolengo que todavía bulle en estas tierras para producir un fruto humano en continuo perfeccionamiento.

La lucha desesperada de los Capitanes de Atahualpa, Quisquis y Calicuchima, y la defensa heroica de Rumiñahui desembocaron en la destrucción e incendio de Quito a donde, abandonada y solitaria, entraron las huestes de Benalcázar, para fundar en el mismo asiento legendario y acogedor de este precioso valle andino, la ciudad de San Francisco de Quito. En las cenizas de las cabañas de la Ciudad de los Shiris, utilizadas para trabajar la argamasa de las primeras casas de la nueva Ciudad española, está el germen y el abono de todo lo que Quito ha significado después en la historia de estos pueblos americanos.

Cuando cesó el ruido de los mosquetes, el retumbar de las ondas y de las piedras, cuando dio fin la erupción del Cotopaxi, el fenómeno que agotó a las supersticiosas huestes de Rumiñahui el indómito, Quito se preparó también para ser en la paz, germen de trabajo y cuna de artesanía y de cultura.

El más grande momento de la historia primitiva de Quito es, para mí, aquel en que, casi sin terminarse

todavía los combates, Fray Jodoco Rijcqz trae el trigo y lo siembra en la plaza de San Francisco y en la de Santa Clara. Es el momento en que se cambian las armas con el arado y que coincide con la iniciación de la construcción del templo de San Francisco, semillero de trabajos manuales de arte, de escultura, de pintura y de arquitectura, punto de partida de la asombrosa tradición cultural de Quito.

Otro hecho importantísimo, que no ha sido destacado suficientemente y que habla muy en alto de la capacidad hispánica de comprensión de los problemas de ultramar, es la prohibición, que nos cuenta Antonio de Solís, de dar entrada en las Colonias Españolas a individuos que no fueren prácticos en algún ramo profesional. Así explicamos esa cantidad de obras anónimas y bellas de la pintura y la escultura de esos primeros tiempos, antes de que sobresalgan los Samaniego o los Miguel de Santiago. Esos artistas desconocidos fueron quienes aprovecharon el talento de los aborígenes y obtuvieron a poco esa fusión de sus ingenios, que ha dejado las obras que hoy deslumbran a propios y extraños.

Tenía que ser, por tanto, Quito la que, recordando su pasado de libertad, llenara sus mesones y sus atrios con el bullicio multitudinario y con el grito de inconformidad en la rebelión de las Alcabalas.

Tenía que ser un hijo de Quito, el más egregio de todos los tiempos, el Dr. Eugenio de Santa Cruz y Espejo quien encendiera la hoguera de la libertad para iluminar la negra noche de la colonia. Espejo murió en 1795 y ya en 1808 sus discípulos empezaban a reunirse en la hacienda de los Chillos, del Marqués de Selva Alegre.

Y fue el espíritu de Espejo el que el 10 de Agosto de 1809 puso bríos en el espíritu y los brazos de los patriotas para que su clarinada se dejara oír por todo el mundo. Esos pocos hombres iluminados se

atrevían a desafiar al poderoso imperio español desde este rincón de los Andes, sin vías de comunicación, sin conexión con el mar, con unos cuantos fusiles viejos y sin recibir ninguna respuesta de las Audiencias vecinas. Pagaron con su derrota y con sus propias vidas ese gesto romántico, esa actividad valiente y arrogante, tan propia del quiteño, cuando el 2 de Agosto de 1810 fueran cobardemente asesinados. Pero su sacrificio hizo posible que Bolívar sea Libertador del Nuevo Mundo y que Sucre triunfe en Pichincha.

Han pasado los años y hoy vemos la Ciudad crecida y creciendo vertiginosamente. Sigue siendo norte y centro de la nacionalidad. Abierta a todos, Ciudad donde la hospitalidad no es artificio y que ha visto con agrado cómo hombres de todas las latitudes asientan bajo sus aleros acogedores.

El fresco ambiente quiteño ha sido en todas las épocas, propicio para que los viajeros, especialmente si son afectos al arte, a la tranquilidad y al goce de la belleza, encuentren aquí marco estable y definitivo para sus anhelos.

Conozco más de un artista que vino a Quito para visitarlo unos pocos días y se quedó de por vida. Y otros que, visitando sus calles y sus iglesias y andando por sus colinas, se han llevado también, de por vida, a Quito en sus pupilas y su recuerdo. Y ótros, por fin, que escribiendo sobre Quito, se han sentido tan quiteños como quienes nacieron en San Sebastián o fueron bautizados en El Sagrario.

Emocionada gratitud guardamos para todos ellos. Y por eso el Ilustre Concejo ha querido que en esta Solemne Sesión cumpla yo como Alcalde de la Ciudad, un gratísimo encargo: El de declarar Quiteño Ilustre a un español, descendiente de esa heroica España de los Benalcázar, los Pizarro y los Almagro, y también de esa querida madre Patria de Isabel la Católica, de Jodoco Rijcqz y Bartolomé de las Casas.

Don Ernesto la Orden, amigo distinguido de todos nosotros, vivió por años en la Ciudad y un buen día nos regaló con un libro en "Elogio de Quito", en cuyas páginas desfilan las bellezas de nuestra Ciudad en forma tan bien dispuesta y amable, que se ha vuelto obligada lectura en los hogares quiteños y obligado presente para los visitantes a quienes deseamos que lleven buen recuerdo de la Capital. Libro magnífico y cariñoso que sólo podía ser escrito por un quiteño o por un español y que a la postre lo fue por un español quiteño.

Esa quiteñidad ha querido resaltar y consagrar el Cabildo, para que perdure por siempre, resolviendo que Ernesto la Orden tiene ganado, como ningún otro, el derecho de ser considerado como Ilustre hijo de esta Ciudad, al concederle la Condecoración "Al Mérito" que hoy le será entregada y que le abre las puertas para formar entre el pequeño y selecto cuadro de los Caballeros de la Orden de Honor "Sebastián de Benalcázar".

También hoy entregará el Concejo el "Premio Tobar", al autor de la mejor obra editada en 1956, de acuerdo con el Veredicto del Jurado Calificador. No es otro que Don Gonzalo Zaldumbide, quien publicara su novela "Egloga Trágica", cuya aparición constituyó un verdadero acontecimiento en las letras ecuatorianas.

El Ilustre Concejo, en su oportunidad, se unió al homenaje que escritores jóvenes le hicieran al Maestro y hoy se complace de que la más alta presea de las letras y de la ciencia le haya tan justamente correspondido.

Asistiremos también ahora a otros justicieros actos que el Ilustre Concejo ha deseado tengan la solemnidad debida:

El Señor Don Eduardo Endara Andrade sirvió por 30 años a la Ciudad en su calidad de Comisario

de Higiene. Se trata de uno de aquellos funcionarios de la Municipalidad que mantuvieron el prestigio y la tradición del Cabildo de Quito a través de una actividad constante y de una dedicación decidida en beneficio de los intereses colectivos.

Otros dos ciudadanos modestos y trabajadores, los señores Nicolás Sanguña y José María Guañuna han merecido público reconocimiento del I. Concejo, fiel intérprete de la voz de la justicia de la Ciudad.

Hace justamente 50 años, dos muchachos indígenas, entre otros pobladores de las vecinas aldeas, eran conducidos a la Ciudad "atados de brazos con cuerdas" —dicen ellos— y vigilados por gendarmes para trabajar en el aseo de las polvorientas calles, ganando un jornal de un real al día. Y desde entonces, como vecinos de la aldea cuyos habitantes se comprometieron con el I. Concejo de Quito a realizar dicho trabajo, han venido actuando, como sus padres y sus hermanos, dedicados a este trabajo honroso como cualquier otro. Han pasado los años, desaparecieron el cordel y los gendarmes, el salario es algo más humano y allí siguen estos dos jornaleros despertando con el ruido de sus carretillas y haciendo esa labor de Penélope, de limpiar en la mañana las calles que los poco educados siguen ensuciando a toda hora.

Por último, la Srta. Inés Barona, Ecónoma del Liceo Municipal Fernández Madrid se ha hecho acreedora a una condecoración por su forma de trabajo en estos tiempos en que la despreocupación en el manejo del dinero del Fisco o de los Municipios escandaliza a la ciudadanía. La Ecónoma del Liceo cumple su función oficial con absoluta corrección; pero, además, por propia iniciativa ahorra dinero por aquí y por allá y en cada año ha dado la sorpresa de regalar a su Colegio un equipo de muebles, una vajilla o un radio o, como en este año, la posibilidad de adquisición de autobús, a base de una cuota

inicial de s/. 23.000,00. Su modestia ha hecho que tan encomiástica labor haya estado callada hasta que sus compañeras la han delatado y el Ilustre Concejo, al comprobar ese ejemplar proceder, ha decidido hacer justicia en público, de los méritos de la Srta. Barona.

No quiero terminar sin expresar antes mi agradecimiento como Alcalde para un gesto excepcional e inusitado que el día de antier tuviera para su Ciudad un quiteño, ya benemérito por su austera y ejemplar vida, al donar a la Municipalidad una valiosísima colección de arte, coleccionada con cariño y verdaderos conocimientos de artista. El Sr. Dn. Alberto Mena Caamaño dona a Quito su Museo particular, compuesto de pinturas, esculturas y raros objetos con las firmas de los mejores artistas del mundo y que fueron adquiridos a través de toda una vida dedicada al arte y a la satisfacción de sus anhelos de cultura, en peregrinaciones por los más elevados centros de los diversos países del mundo.

No es pues sólo un germen del Museo Municipal, sino un completo Museo que puede acrecentarse en el futuro, pero que ya representa hoy una amplia muestra de artes plásticas, muy bien seleccionadas. Alberto Mena deja su trabajo a los demás, a sus vecinos, a su Ciudad. El pueblo de Quito le agradecerá a través de todas las generaciones de hoy y de mañana, que tendrán el privilegio de admirar aquello que por su generosidad será lección de buen gusto y enseñanza de notable valor artístico.

Quiero anticiparme, en este 6 de Diciembre, a presentar al filántropo ciudadano quiteño, el agradecimiento afectuoso de esta Ciudad, que se precia de aquilatar sus virtudes de hombre civilizado y sus capacidades de artista, inspirado en la belleza de nuestros paisajes y la policromía de nuestro pueblo. Gracias renovadas por ese obsequio gentil.

Gesto ejemplar de un filántropo

Quito, 3 de Diciembre de 1956

Señor
ALCALDE DE SAN FRANCISCO DE QUITO
Ciudad.

Señor Alcalde:

Perdone usted que distraiga su importante atención con la exposición y oferta siguientes:

Durante largos años de mi vida, mediante labor tesonera, esfuerzos y sacrificios, he recolectado objetos de arte quiteño y de grandes maestros europeos, que constituyen un valor intrínseco y económico de verdadera importancia nacional.

El museo artístico así formado, creo, sin jactancia alguna, que tal vez no tiene otro igual en el Ecuador.

Este museo ha sido el motivo de mi predilección y lo conservo como el mejor exponente de mis desvelos. Por esta razón quiero que sea conservado en mi Ciudad natal por el I. Concejo Cantonal de Quito.

Esta resolución, de acuerdo con mi esposa, se traduce en donar a mi Ciudad, a la que Ud. y el I. Concejo dignamente representan, algo que sirva de base para una obra de grande significación.

La forma y el momento de la donación, me será grato convenir con Ud. en una conferencia que para el objeto se servirá concederme. En élla estudiaremos las bases y condiciones de la donación, entre las cuales podrían estar las siguientes:

1.—Se formará previamente un inventario valorizado de los objetos de arte y documentos históricos que el Museo contiene. Este inventario será hecho por una o dos personas competentes, que se designarán oportunamente.

2.—El inventario, así formado, se agregará a la escritura de donación.

3.—La entrega del Museo se verificará tan pronto como el I. Concejo cuente con los salones indispensables para la decorosa conservación de los objetos donados.

4.—Se expedirá una Ordenanza para la custodia del Museo.

Mi íntimo anhelo, repito, consiste en que los objetos de arte que poseo, constituyan la base para la formación de un Museo verdaderamente digno de Quito, formación que, por lo mismo, debe hacerse con el estudio debido.

Aprovecho esta oportunidad para reiterar a Ud. mi alto aprecio y especiales consideraciones.

Muy atentamente,

(f.) **J. Alberto Mena C.**

Oficio— 11-0-59

Quito, 7 de Diciembre de 1956

Señor Don
Alberto Mena Caamaño
Presente.

Señor:

Este I. Cabildo conoció emocionado su atenta comunicación de fecha 3 del presente, en la Sesión Solemne conmemorativa del CDXXII aniversario de la Fundación Española de Quito y con este motivo acordó por unanimidad de votos aprobar el siguiente acuerdo que expresa la gratitud imperecedera del pueblo de Quito y de su I. Concejo, por su gesto generoso y patriótico.

El Acuerdo dice así:

EL ILUSTRE CONCEJO
DE LA CIUDAD DE QUITO,

Considerando:

Que, como auténtico Representante del pueblo, juzga un deber sagrado exaltar los méritos de los eminentes ciudadanos que han entregado su existencia al servicio de la colectividad, al prestigio de la Patria, empleando los medios a su alcance para la mayor grandeza de la Nacionalidad;

Que el Ilustre patricio Don Alberto Mena Caamaño, luego de dedicar su fecunda vida y sus caudales a la formación del mejor de los Museos de Arte Nacional, lo entrega hoy a la Capital de la

República, dando el más singular ejemplo de patriotismo y filantropía, como no se conoce ótro en la Historia Patria;

Acuerda:

Interpretando el sentimiento no sólo del pueblo de Quito, sino de la Nación toda, tributar al Señor Alberto Mena Caamaño el Homenaje a que se ha hecho acreedor, en la Sesión Solemne del Ayuntamiento, el próximo 27 de Febrero en que se conmemorará el Día del Civismo, con las siguientes resoluciones:

1º—Denominar "**Museo Municipal Alberto Mena Caamaño**" al que ha de inaugurarse en fecha proxima, con el acervo donado a la Ciudad de Quito por tan esclarecido ciudadano.

2º—Concederle la **Condecoración** "Sebastián de Benalcázar", en el Grado de Gran Cruz.

3º—Colocar una gran óleo de su retrato en sitio de honor en la principal Sala de dicho Museo y una placa de mármol en el frontis del edificio, para recuerdo y ejemplo de las generaciones del mañana.

Dado en Quito, en la Sala de Sesiones del I. Concejo Municipal, a los seis días del mes de Diciembre de mil novecientos cincuenta y seis años.— **El Alcalde de San Francisco de Quito, (f.) Dr. Carlos Andrade Marín.— El Secretario Municipal, (f.) J. Ernesto Espinosa G.**"

Aprovecho esta oportunidad para renovar a Ud. el testimonio de mi consideración más distinguida.

DIOS, PATRIA Y LIBERTAD,

(f.) **Carlos Andrade Marín,**
ALCALDE DE SAN FRANCISCO DE QUITO

Gonzalo Zaldumbide y su obra literaria

Por Humberto Vacas Gómez

ARACTERES graves revistió para mí el mandato del Grupo América de preparar un comentario sobre la producción literaria de Gonzalo Zaldumbide para leerlo en esta sesión de justo homenaje al gran escritor. El honroso encargo excedía mis capacidades y la estrechez de tiempo limitó mi afán de sustituír, por lo menos, la eficacia con la extensión, lo penetrante con lo elaborado. Juzgué siempre difícil intentar una exégesis de obra tan variada y dispersa a lo largo de cincuenta años y al hacerlo lo confirmo y confieso que resultó tarea similar a la del Sísifo de la leyenda: al pretender, cada vez, remontar la anhelada cumbre,

precipitábame inhábil sin atinar la segura senda. Sin embargo, la producción literaria de Zaldumbide podría equipararse a una montaña nítida, de armoniosa arquitectura, lentamente levantada, morosamente tallada en bloques perfectos, como brotados del cincel de Fidias; constélanle entera, de estribación a cúspide, riquezas y bellezas sin par. Empero, las dificultades para el comentador o crítico radican no sólo en su complejidad sino y especialmente en su alta y sostenida calidad estética, en su permanente elevación, en la pureza sin sombras de su expresión literaria; encuéntranse tal suma de aciertos y es tan importante su oleaje plástico, que a veces desconcierta y arredra.

Raros escritores como él han logrado dominio tan cabal del idioma y de sus secretos íntimos. En este campo nada o casi nada le es desconocido. Exprésase por eso, con ponderada soltura, sin esguinces ni retorcimientos. Singular madurez todavía rara entre nosotros, donde el caudal de la expresión literaria asume caracteres aluviales o de un frío y amanerado estatismo. En la calidad del estilo y en la perfección idiomática Zaldumbide, hasta hoy, no tiene par en el Ecuador, sinembargo de sus muchos y a veces fulgurantes pensadores, ni acaso en la América indohispánica, con la sola excepción contemporánea del gran mexicano Alfonso Reyes. Montalvo mismo, a pesar de su prodigiosa riqueza de vocablos y de lo castizo de su elocución, adolece de arcaismo deliberado y de cierta incisiva grandilocuencia como si siempre estuviese pronunciando discursos. En el formidable Cantor a Junín entrecrúzanse, visiblemente, la reminiscencia homérica y el arrebatado estro pindárico; y los nuevos, al reaccionar con sobrada justicia y menor eficacia contra los modelos grecolatinos y la servidumbre europea, templan su estilo en el cordaje bravío, tenso y discorde de una aún infusa expresión vernácula.

Sólo pocos, muy pocos, a la altura de esta hora, han superado en América los abruptos y al parecer insalvables escollos del estilo. Rodó acaso, a pesar de su prosopopeya, algún ótro y nuestro Montalvo. Todos ellos, remontaron indemnes las liberadoras pero tempranas corrientes románticas, arribadas a este Continente en el tercer día de la creación, como diría Kayserling, y que tanto desorden y tantos confusos despojos dejaron. De este limo yacente, pero pletórico de vida fecunda, fructificaría, a lo largo del primer cuarto de este siglo, el rapto genial de los grandes creadores de ficción como Guiraldes, Rivera, Gallegos y en el país, De la Cuadra, Pareja, Rojas, Icaza, Aguilera, etc. Por lo general, todos ellos con múltiple producción, pero en esencia autores de una sola gran novela, de la única ungida por la sensibilidad del medio o por la calentura de la moda. Tienen, bien es cierto, el inmenso mérito de haber recreado caracteres típicos, como tallados violentamente en granito andino o en la arcilla caliginosa de la manigua. Por primera vez el personaje nativo, convertido en excrecencia del medio, lacerado de truculencia, aparece viviente y sufriente, al violento contraluz de su naturaleza devoradora y de la injusta estructura social como prolongación siniestra del medioevo.

Saludables y gratas rebeldías. Sólo así han sentádose las bases de una orientación literaria por cauces propios, podíamos llamar nacionales, determinados por hechos sociales, modificaciones ambientales y por la inexorable marcha del progreso y del tiempo. Por desgracia, esos esfuerzos heroicos carecían de tradición, operábanse a golpes de entusiasmo y de vehemencias intermitentes. Eso explica que de pronto disparábase el dardo trémulo de pasión y aquel que logró el blanco, amanecía nimbado de celebridad. Todavía la obra literaria es, entre nosotros, más improvisación que conciencia

vigilante, turbulento empuje, que construcción sistemática. Participa del ritmo convulso e improvisado de la forja de nuestras vidas, tanto en el orden social, como en el individual. De ahí la desigualdad visible y aparentemente inexplicable entre la propia obra de nuestros poetas, novelistas, pintores, críticos, etc. Agóstanse pronto, repítense indefinidamente o dan vueltas en círculo vicioso sobre sí mismos y la misma temática. El acierto rara vez les visita dos veces. Eso se debe fundamentalmente a causas complejas de orden social económico y a la ausencia de bases sólidas de cultura, a una educación entregada al azar, si no a la indolencia y luego al total abandono.

Por eso, el caso de Zaldumbide constituye excepción en medio de la usual inercia nativa. Raro es encontrar un clásico en un país sin larga tradición idiomática, peor aún con lengua entremezclada desde la raíz de sus orígenes. Por lo general, nuestra expresión literaria consuena con la inexperiencia y el titubeo característicos del proceso de su formación social. Pero Zaldumbide desde su temprana juventud vivió en Europa. Ama si no por comparación, por afinidad espiritual o sentimiento de élite a ese mundo sutil tan distante y diferente de la caótica matriz americana. Acumula allá, con reservas y tamices personales las esencias esclarecedoras de esa vieja y agonista cultura; sinembargo, y tal vez sin darse cuenta, el hombre americano que palpita en el fondo de Zaldumbide, asimila, ávido, al contraluz del refulgente ocaso europeo, sólo la irisada dermis, sobria y prodigiosa de su don de expresión, salvando intacto su núcleo vital.

El estilo de Zaldumbide si es universal, también es muy personal; guarda la relación congenial de la inteligencia con la cultura y sinembargo nadie, habituado a leer, podría confudirlo jamás. Siendo un clásico, no tiene la fría severidad de los clásicos y palpita líricamente en un leguaje inspirado, de una

fuerza, precisión y claridad que fascina con arrebolado embrujo. Cada página, cada párrafo, cada período, cada frase son ejemplos de propiedad viva y sugerente, de pureza irisada y cambiante, de exactitud dúctil y natural. Todo eso ahondado por una patética gravedad para expresar ideas y elevarlas, para pintar pasiones y vivificarlas, para transmitir sensaciones y profundizarlas, para describir la naturaleza y reanimarlas, para interpretar al hombre y humanizarlo, para comprender la literatura y desentrañarla en sus valores esenciales. Zaldumbide, no sea sino por el acierto cabal de sus giros, por la exacta precisión de sus imágenes, es y será considerado siempre un gran lírico. Empero, que nosotros sepamos, jamás ha hecho versos. Seguramente se salvó de esos achaques comunes a la juventud, por su innato horror al ridículo, por su desarrollado don de la armonía, por su fino sentido del equilibrio. Fácil es pergeñar estrofas, pero que éstas contengan poesía es tan difícil como aprisionar el infinito. Pudo lograrlo Zaldumbide, como lo ha logrado tantas y tantas veces a lo largo de su prosa prodigiosa. Pero, sin lugar a dudas, su natural y obvio instrumento de expresión es la prosa y en élla es imbatible.

Si se compara el estilo de sus primeras obras, de la adolescencia lejana, separada por más de medio siglo, con el actual, habrá de comprobarse con asombro, la misma maestría, igual frescura vital, similar sobriedad, idéntica destreza, paralela hondura. Su prosa debió desconcertar en la primera década del siglo. Era la antítesis de expresión de la orgía romántica en boga, de la licencia resultante de una libertad sin trabas. Reivindicó casi solo y, por desgracia, quedóse en soledad la tradición castiza del idioma, la sintaxis lacerada por la ignorancia o los excesos. Sosegó, elevó la lengua adulterada y desfigurada por un falso prurito de modernidad. Procedió así desde sus comienzos hasta el punto que

Zaldumbide, al parecer, nació escribiendo y en gran estilo. Cosas pequeñas, hechos triviales, temas intrascendentes cobran dignidad y resplandecen entre la viva malla de su elocución. Descripción, narración, interpretación sostiénense en un alto nivel sin desmayos, dentro de una espontaneidad que sólo caben en un intelecto privilegiado y en un genial don de expresión. En nada afecta al estilo de Zaldumbide la entrevista textura francesa, en cambio lo esmalta con lo insustituíble de su fulgor.

A pesar del culto público aquí congregado, es necesario transcribir algunos párrafos tomados al azar, sin premeditar lugar ni página, de sus obras de antaño y hogaño, para leerlas y saborear en plenitud la consumada maestría de su estilo. Ningún esfuerzo de interpretación será capaz de dar pálida imagen de la realidad, de la clave idiomática eficaz que convierte a Zaldumbide en un taumaturgo del idioma. Oidle y apreciaréis de primera mano cuánta belleza, cuánta magnificencia sin alardes, cuánta habilidad para dignificar el mundo vulgar, cuánto lirismo resonando en oleaje inefable.

En el libro "La Evolución de Gabriel D'Annunzio" escrito en 1908, al referirse al obsesivo afán retórico del escritor, exprésase con crítica penetración y severidad sobre el hombre y la obra adorados por el mundo de entonces, y dice:

"¿Por qué, pues, si la fascinación de su arte es irresistible, si su lectura nos embriaga como un filtro potente, por qué, una vez cerrado el libro, la embriaguez se disipa tan pronto y el encanto se desvanece dejándonos la cabeza hueca y en los nervios un especial cansancio, hecho de malestar y de tedio, como el de una larga espera burlada o el de un engaño prolongado con demasiada habilidad?"

Lo hemos indicado brevemente: porque los defectos adherentes a sus cualidades las desvirtúan a la larga. Tan continuo esplendor produce el

ofuscamiento, tanta magnificencia no se halla exenta de monotonía; tan sostenida exaltación no es posible sin artificio; tan constante sublimidad de estilo, no siempre halla una materia condigna; tanta enfática grandeza no va sin cierta falsedad.

Además, el lector no puede olvidar que tiene entre las manos un puro objeto de arte, exclusivamente fabricado para adorno y deleite de una mansión feliz, un lujo suntuoso y raro que contrasta, no sin insolencia despectiva, con la medianía de nuestras vidas estrechas. Siente que toda esa belleza es intransmutable en substancia espiritual.

En verdad su espíritu no se incorpora al nuestro: la gracia, la alegría, la pasión que nos sedujeron a la lectura, encerradas se quedan entre las páginas como flores secas en un herbario.

Y es, en parte, porque la ausencia de pensamiento trascendente, de elementos intelectuales que sobrepasan la mera representación artística, confina su poder sobre el lector a los términos de la lectura, no va con él más allá, en forma de meditación, de sugerimiento, de repercusión interior. No es ésta la carencia de profundidad intelectual un defecto propiamente; antes, si bien se mira desde el punto de vista del arte por el arte, es una cualidad. Pero es una limitación.

Más grave es la falta de variedad y de vida en sus creaciones. De veras vivo y palpitante no hay sino un solo personaje en medio de tantos otros que hacen oficio de contrastes, o de sombras, o de víctimas, para dar mayor relieve a esa figura central. Aún cuando ésta no aparece de cuerpo entero, en primer plano, su espíritu circula invisible o se metamorfosea sin cambiar de esencia. Y es la personificación de un egoísmo ilimitado. En una palabra, para decirlo con una fórmula concreta, si bien algo exagerada, en los personajes dannuncianos no hay de verdadero y vivo sino Gabriel D'Annunzio. La representación de su

carácter —viciada, si se quiere, por cierto impudor autobiográfico— adquiere de la realidad viviente a que responde un sello individual inconfundible; pero pierde su valor de tipo representativo. Los demás viven en torno a él una vida parasitaria e incompleta: allí se están, inmóviles, en la actitud en que el poeta los dejó. Han sofocado, desde el principio, toda libertad de movimiento, porque con ella habrían desordenado las líneas del estilo en ademanes tal vez algo inestéticos".

De "Egloga Trágica", su temprana y única novela escrita en 1911, entresacamos, también al azar, el leve pero magistral retrato de la longa Mariucha:

"Su rostro dulce y basto sólo tenía de fino las cejas, el mentón y el arranque del cuello bronceado. Los ojos almendrados revelaban, remotamente, el prehistórico origen de la raza. Entre los párpados sin resalto, de corte exigua, las pupilas aterciopeladas, nunca movidas por ninguna inquietud espiritual, guardaban su luz en reposo, con mansedumbre ovejuna.

Por debajo del pañizuelo de blanco lienzo echado sobre los hombros y la espalda, asomaba la extremidad de la trenza envuelta desde la nuca por una faja tan ceñida que la tornaba tiesa: el haz del pelo negro y lacio, torcido y apretado como un cable, yacía rígido en su vaina de cinta o manera de vendaje de momia. Sólo un corto mechón quedaba libre, aumentando la semejanza del guango así entesado, con la cola de un toro."

Del estudio de Montalvo, el breve trozo genial que sintetiza con precisión admirable, salpicada de luctuosa tristeza, la esencia del carácter y el escorzo fulgurante y bravío del gran luchador por la libertad:

"Así murió, pobre y solemne, en su triste estancia de proscrito, uno de los más arrebolados y fieros escritores de América.

"El sufrimiento, largo, había lenificado esa alma tormentosa, cuya suavidad recóndita no siempre rebalsó en forma de mansedumbre. Impone ver a aquel hombre relampagueante apagarse así, domada su rebeldía ante el destino común, superada su soledad al sucumbir sin reproches ni sobresaltos.

"Leyendas flotan todavía sobre sus cóleras, como la niebla indecisa sobre el cráter mal apagado de sus volcanes nativos. No las flechas ni su blanco, sino el arquero y su gallardía, interesarán siempre. Sus cóleras ya no fueran sino frío paisaje de lava, si el secreto vital del gran arte y el aliento de un gran espíritu no las convirtiesen en hervor constante de admiración y entusiasmo en el pecho de todo americano, orgulloso de que un genio hecho a imagen y semejanza del Continente bravío, haya sabido verter en aquellas cláusulas de ritmo numeroso y altivo, sentimientos que tradúcense por doquiera en dechados de alma bien puesta y maestría acabada."

Largo sería, para esta ocasión, seguir remirándonos en ese terso espejo inimitable. Permítaseme, sinembargo una última cita, ésta sí elegida, porque reviste, sin hipérbole, caracteres de sublimidad. Se trata de la extraordinaria descripción poética en prosa, del paso y de las impresiones del autor por los desolados páramos de Tipococha, rumbo a Cuenca. Esa página ha sido consagrada por eminentes críticos literarios del Ecuador, el P. Aurelio Espinosa Pólit, Isaac J. Barrera y ótros del Continente, como una de las más altas piezas literarias de habla castellana y encuéntrase en el discurso pronunciado en La Fiesta de la Lira, el año de 1920. ¡Qué prodigiosa capacidad y eficacia de expresión puede lograr el idioma manejado por un artífice singular! Gozadla; dice así:

"Atravesé pensativo páramos sin huella humana, de esos que los españoles iban apellidando con su propio nombre al descubrirlos de paso, o con el primer

nombre como lo oían de los lenguaraces. Y vi bellezas que nadie o casi nadie ve.

"Más grandioso, por lo impresionante, que el mismo mar, es nuestro páramo andino. ¡Y qué espectáculos, inauditos, no despliega en la soledad! Y para el alma, qué baño en su propio misterio, el de esa soledad donde los montes supinos parecen extasiados en sueño cósmico y en donde todo aparece sub specie aeternitatis.

"Me acuerdo de la tarde, sobrehumana, que nos cogió, nos sobrecogió, talvez, a cuatro mil metros, en las alturas de Tipococha.

"Por una hoz se abría campo y se ensanchaba a lo lejos un profundo valle. Lo divisamos cuando estaba apenas a medio llenarse de nubes. Acudían ligeras las nubes, del fondo del horizonte y se acumulaban, se esponjaban y tornasolaban al sol oblicuo. Pronto el valle, sumergido, desapareció; y aquella celeste gloria difusa, infusa de resplandores crepusculares, fue ganando las más altas cumbres, luego las más próximas, llegó por fin a nosotros. La opalina marea besaba nuestras plantas, dejando apenas perceptible el palmo de tierra donde asentarlas. La tierra afloraba apenas, como un recuerdo de un mundo desvanecido. Y el fantástico océano invasor, que confinaba con el celaje por todo el ruedo del horizonte, parecía el reflejo del cielo; parecía otro cielo, y el cielo otro profundo mar invertido, suspendido, al cual iba ya a juntarse, con el cual iba ya a fundirse el ascendente vaporoso mar.

"Estábamos entre dos cielos. Y hasta creíamos que nuestro peso corpóreo podría tornarse glorioso, flotar en la impalpable y opulenta bruma. Estábamos entre dos cielos; y el alma, opresa de maravilla, quería también libertarse. La oración o la poesía eran la única elación posible a su incorpóreo arranque. Privado, por desgracia, del don divino y del don humano, del don de orar y del don de cantar, que

en vuestros poetas creyentes es un solo don, no fue mía la fruición alciónica de ese vuelo liberador. En medio de esa belleza supraterrestre, lo que me pesaba era pensar que en esa soledad de páramo, no otros ojos hubiese, fuera de los nuestros, no otros ojos humanos que la contemplasen. Era el espectáculo sin objeto, sin otra finalidad que su fausto inútil de naturaleza pródiga; el derroche por el derroche de magnificencia sin fin.

"Ahí, más que en parte alguna, la naturaleza ignora al hombre. . . Y, sin embargo, nuestro universo, ¿tiene otro centro que el hombre?

"Inolvidable esplendor gratuito, hermosura sin nombre y perdida. ¡Y cuántos espectáculos ignorados en nuestra tierra de cumbres y soledades! Acostumbrado a los largos crepúsculos estivales, vistos de playas o de montañas de Europa, ¡cómo me sentí pequeño, y cómo, al propio tiempo, me sentí crecido, en esa tarde de América!"

Fue menester apoyarme en el mismo Zaldumbide para que la tarea no resulte vana y el esfuerzo del todo inútil. Pretendí destacar su estilo que lo distingue y eleva con muchos codos sobre sus comtemporáneos. Pero con las citas de los párrafos de algunas de sus obras vuestra penetración suplirá mi fallido empeño. Con una pequeña tea es imposible iluminar a un astro.

Pretendo ahora un resumen, en lo posible, ordenado de impresiones, mas no de comentario, menos de crítica, sobre el contenido predominante, la característica esencial y la temática preferida de la obra de Zaldumbide. Visible es su acusada tendencia hacia la crítica. La abrumadora mayoría de sus libros encasíllanse en ese difícil género literario. En efecto, Zaldumbide sustancialmente es un investigador dotado de poderosa pasión especulativa y de minuciosa capacidad de análisis. Esto, con seguridad, impidió que su fuego lírico estallara en poéticos

arrebatos y que la vehemencia americana se atempere de severidad socrática. En efecto, Zaldumbide estudia, compara, penetra, aquilata. Consumíale el afán imperioso del hallazgo primero, el anhelo apremiante de situar, descubrir, encontrar; de decir algo cuando algo había que decir.

Así en temprana mocedad, a la luz indecisa de la confluencia de dos siglos, en el año de 1908, escribe admirable, certero y voluminoso ensayo sobre la obra de Gabriel D'Annunzio el dionisíaco y temperamental escritor italiano. A él y sólo a él, en el panorama de la crítica literaria universal, le toca el honor de ser el primer crítico y de haber escrito el primer libro sobre hombre y obra tan controvertidos y cuando en Europa el embrujo dannunziano llegaba al paroxismo. Sorprende cómo un sudamericano joven, demasiado joven, haya tenido la audacia y la firmeza de sopesar, con severidad, cualidades y defectos y concluír que el imperial ropaje dannunziano cubría apenas un pobre, un miserable esqueleto de ideas y que su entusiasmo arrebatado jamás tuvo corazón. Esa es, en síntesis, la conclusión que despréndese del libro de Zaldumbide a lo largo de sus 373 páginas y cuando D'Annunzio, fatigado de su esfuerzo sin contenido, recurría, delirante, a la marcial aventura de Fiume para reverdecer con riego heroico sus prematuros y excesivos laureles. Con seguridad disgustaríale al narcisista escritor los reparos de Zaldumbide, la denuncia de su vacío boato y, más aún, cuando el crítico desconocido entonces, mostrábase hondo en la dialéctica, preciso en la disección, poderoso en el análisis, empapado de cultura universal y gigante en el estilo. Cómo arderíale ese cataplasma colocado en el punto neurálgico de su propia adoración.

Por el mismo tiempo, cábele la gloria de haber descubierto, acertado y predicho la genialidad de Barbusse el profundo y atormentado escritor francés,

la antítesis de D'Annunzio. Hasta 1909 fecha de publicación del libro sobre Barbusse, éste no había rebasado las sombras del anonimato. Era como tantos, uno más de los escritores galos. Ninguno de los sagaces y finos críticos de su propia patria ni del clarividente París columbraron su valor extraordinario y fue también, en este caso, Gonzalo Zaldumbide, quien anticiparía al mundo las vastas dimensiones y la profundidad subjetiva del autor de "Los Suplicantes". El ensayo es realmente extraordinario. Pocas veces puede comprenderse tan bien al hombre y a su obra y penetrar en esa desconcertante novela, por desgarradoramente humana, que es "El Infierno"; en verdad infierno terrestre, en la intimidad de un cuarto de hotel, violada por un espectador invisible. En su libro Zaldumbide no sólo resume con maestría los argumentos de "Los Suplicantes" y "El Infierno", hasta entonces únicas novelas de Barbusse, sino que los recrea comentándolos, descubriendo tanta profundidad y tanta verdad ocultas para miradas inexpertas o profanas. Acaso se piense que estoy exagerando. Las obras de Zaldumbide son poco conocidas, incluso entre gentes cultas en nuestro país, tanto por sus ediciones limitadas y, sobre todo, por el hosco cerco de silencio que han tendido en su torno la vulgaridad de los cenáculos y las medianías literarias. Permítaseme por eso, transcribir un párrafo de la opinión del gran escritor español Rafael Cansinos-Assens sobre ese libro que dice:

"Pero ese predestinado estudio, que descubrió y supo apreciar la grandeza íntegra de un escritor, antes de que la popularidad consagrara su nombre y un libro oportuno, iluminado por todas las llamas de la guerra, irradiase la luz innumerable sobre toda su obra anterior, tendrá siempre el mérito incomparable de la prioridad, y por la perspicacia que en él recogió las direcciones cardinales del

pensamiento de Barbusse, restará valor a toda posterior exégesis. Ese parvo estudio del Barbusse oscuro —que era ya, sinembargo, el autor de "Los Suplicantes" y "El Infierno"— honrará siempre al crítico que la suscribe, no sólo por su perspicacia adivinadora, sino también moralmente por la modesta devoción con que dedicó una de sus guirnaldas de entusiasmo a ornar un hermes, aún no consagrado por las unciones del episcopado literario."

He ahí cómo la clarividencia de Zaldumbide anticipa la genialidad del Barbusse anónimo y sus resonantes triunfos posteriores, cómo coloca un cinturón de sensatez al hiperbólico delirio que D'Annunzio desatara en Europa. Con esas formidables exégesis cimentó su sólido prestigio en el difícil mundo literario europeo y en contraste desobligante siguió literariamente poco menos que ignorado en su tierra. Pero, al parecer, la hora de la justicia ha llegado disfrazada con la publicación de "Egloga Trágica", su única novela escrita hace más de cuarenta y cinco años, luego de su primer regreso de Europa, en su temprana juventud. Esa novela trasunta el reencuentro nostálgico de sus lares nativos, la emoción del retorno al contacto del ya lacerado paisaje familiar, de los recuerdos íntimos vaciados dolorosamente en su alma. En "Egloga Trágica" resplandecen las grandes calidades y cualidades de escritor de Gonzalo Zaldumbide: la descripción, la narración son insuperables. No es una novela propiamente dicha, pero sí, un gran relato armonioso y orquestado con su estilo como entrañable música de fondo.

"Egloga Trágica" inicia el reencuentro de Zaldumbide con su tierra. Si no participó jamás de su pasión y de su emoción telúricas, pero tampoco la olvidó en sus valores culturales sustantivos. Si comentó a Barbusse y D'Annunzio, si tradujo y difundió a Verlaine, Laconte de L'Isle, Baudelaire

Poe y otros, destilaba también en laboriosa alquimia las esencias culturales de América y el Ecuador.

El estudio sobre Rodó marca una honda comprensión del medio americano y es, en cierto sentido, una profesión de fé en sus valores espirituales y en su cercana redención cultural. Cuando establece por contraste la dramática lucha del hombre superior con el ambiente consigue expresar, con efectos de luz y sombra, el destino prometeico de la cultura. Nuestro Montalvo sale esculpido, en estatua flamígera, por su pluma. Virtudes y defectos los pesa en balanza generosa. No simpatiza pero comprende y justifica su carácter y su fiebre batalladora; en cambio, elévalo con justicia, a las cimas soberanas donde ejerce su singular dominio sobre el idioma y admira la épica de su lucha inmortal por la libertad. Luego su perspicacia rescatará del anonimato, digamos del injusto olvido de siglos, al Padre Juan Bautista de Aguirre, el más grande y fulgurante poeta de la colonia. Difícil tarea de investigador sobre la enrevesada y desolada pista de originales desperdigados en bibliotecas y archivos de América, antecede al clarear de ese astro de primera magnitud en el firmamento lírico nacional. Luego vendrían los parvos estudios sobre el quiteño Padre Villarroel, sobre Espejo, Olmedo, Silva y otros tantos.

Todo eso minimiza la soslayada acusación de haber dedicado su talento a temas ajenos, como si algo en la cultura pudiese ser ajeno. Olvidan y no desean recordar sus gratuitos detractores que inclusive fue el ideólogo del modernismo literario ecuatoriano, precipitado en la anarquía después y el maestro de la generación lírica, trágica y genial de Borja, Noboa, Fierro, Silva.

Si en algunos aspectos su obra fue ajena al medio, sería por no condescender con lo anecdótico, lo pintoresco, lo fácil, confundiéndolos con lo vernáculo, lo propio, lo profundo. En eso Zaldumbide fue

irreductible por higiene mental y honestidad cultural. En síntesis, todo lo escrito por Zaldumbide tiene características de perfección. Su hondo y rico pensamiento y el dominio del idioma para expresarlos pudieron producir más obras admirables. Pero todo lo escrito es profundo, refinado y sobrio. Llego aquí al final del difícil camino apenas iluminado por la sinceridad más que por la fúlgida luz de la competencia.

Exposición de Mariano Villalobos sobre su expedición al País de la Canela

CONSAGRA a los pies de V. S. Mariano Villalobos los viajes que tiene hechos a los Montes de Canelos, Copatasa, Palma y Moruna, con el objeto de beneficiar las canelas que en ellos se hallan, las que hasta el año de 86, fueron el blanco del desprecio por su viscosidad y olor violento. El de 87, después de haver (1) recogido varias noticias dirigidas á metodisar su extracción, comuniqué mis pensamientos con Dn. Francisco Sanches, quien inmediatamente convino con ellos;

---

(1) No es por demás advertir a nuestros lectores que en las transcripciones de documentos antiguos, conservamos la ortografía de los manuscritos originales, si bien completamos las palabras abreviadas, a fin de facilitar la comprensión del texto.

ofrecióme serme socio, y desembolsó efectivamente trescientos pesos para ayuda de los gastos que considerábamos necesarios; teniendo á punto quanto me pareció indispensable, hice mi viaje al pueblo de Canelos, internándome con celeridad al de Copatasa, y de él a los Montes donde se hallan los Arboles llamados canelos, que distan tres dias por una navegación difisilísima por los muchos peñascos que tiene el río; elegí el lugar más acomodado á mis intentos, y di principio a mis labores con quatro días del pueblo de Canelos y ocho de los infieles del de Copatasa, haviendo antes obsequiado á todo el pueblo con algunos mueblesillos que tienen el primer lugar en su codiciada. Con felicidad extrage quince arrobas catorce libras sin viscosidad, y de un olor apreciavilisimo, regresando con ella con celeridad á esta Capital; en la que logró el aprecio unicamente de los Sabios y de algunos otros que en lugar de la preocupación, tienen racionado discernimiento; entre éstos el que más se señaló fué el Dor. Boniche, quien me ofreció hasta su espada para la havilitación del segundo viaje; viéndolo yo tan aficionado al proyecto, le propuse si quería ser mi compañero, sin esclución de Dn. Francisco Sanches, aceptólo de instante dándome las gracias por el hecho, traté inmediatamente con él sobre que se diera cuenta al Rey Nro. Señor, persuadiéndose con facilidad Dn. Francisco Sanches que al principio fué de contrario sentir; mandándose al Soberano veinte y seis libras. Tratóse del segundo ingreso en el que hubo tanta dificultad por falta del dinero que devían aprestar mis Compañeros, motibándome una demora de cerca de un año que me fué harto dolorosa, considerada la estreches mía que se hallava presisada á sufrir sus moratorias; dos mil pesos me dieron en un cuerpo unido en varias ocasiones para las compras de lienzos, achas, machetes, cuchillos, abalorios, con muchas otras buferías, que devían servir para el Regalo de

los indios que havían de verificar la estracción, contentándome con las promesas juradas que me hisieron de emplear quanto adquiriesen en ministrarme los necesarios para el regalo y subsistencia mía, sin olvidarse de los indios; consta de un papel que firmamos en cuyas cláusulas se nota la pribación de poder elegir otro compañero, sentando no combenia que la compañía tubiese más número que el trino. El quince de Mayo de 88, salí de esta Capital con el destino de internarme segunda vés al pueblo de Canelos al que llegué á principios de Septiembre, sufriendo las injurias más atroses del Agosto, que es el corazón del Inbierno en aquel emisferio; condugéronme las cargas los mosos de Baños á hombros en los que no soportan más peso que el de dos arrobas, recibiendo por ellas tres pesos de premio; síguese una bereda llena de presipicios, desgalgaderos, y boladeros al Pastasa, no tiene su quebrado terreno más llamadas que las de Mapoto, Coliñoparca sembrados de espinas; tres meses demoré en Canelos, sin poder internarme á Copatasa á causa de las turbulencias de esos infieles, posehídos del espiritu de partido por la migración del Pueblo, el que se hallava a las riberas del Rio Copatasa del que tomaba su nombre, á un lugar llamado el Saquelo en nuestro idioma, lugar de palmas; oponíase Cunchiculli como cavesa del vando que deceaba la existencia contra el sentir del Pinchopala, y Chibinda, tenía esta división los ánimos de aquesos infelices en término de hacerse pedasos la que me obligó á trabajar insesantemente en ese tiempo animando a los Canelos para que dejado el temor me acompañasen á Copatasa, y aunque lo repugnaban temerosos desa cólera de los infieles que a la verdad son homisidas crueles, y este acaesimiento há motibado el que en cerca de tres años no hayan tenido Misionero, vensidos al fin de mis dádibas se dexaron persuadir, si nó de mis palabras, de mi liberalidad; interném̀e por Diziembre á Copatasa,

haciendo un dilatado rodeo por llegar a la Palma con el fin de tratar con esos naturales, y persuadirles á la unión, á quienes repartí de quanto llebaba; hice lo mismo con los que havian quedado en la antigua población, aúnque ninguno me acompañó a los montes, en ellos extrage algunas arrobas y bolbí á Canelos con el fin de que los indios refrescasen, y bolbiesen á hacer nuebas provisiones, no dudando tambien hallar las mías, conforme a lo pactado por haverles de antemano escrito a mis compañeros quanto me havía acontesido, expresándoles que por la falta de alimentos, y sufrimiento me havia dejado un solo compañero que llevé bien propinado á esos montes, llamado Dn. Mariano Galloso, solos los indios refrescaron, y bolbieron á hacer matalotajes no sólo segunda ves, sino quantas hé viajado, sin que por parte de mis compañeros haya en tres años una onsa de viscocho, ni menos lo indispensable para los indios. El año de noventa, noticioso de la aprobación que los Sabios físicos havían dado a la canela por Orden Real, no contento con los nuebos descubrimientos que tenía hechos en los montes de Copatasa, y riberas contrapuestas a las antiguas labores, determiné buscar nuebos montes, paresiéndome estrechos límites los de sólo Copatasa aunque son tan bastos; con este fin con gasto de considerables pesos, puse en mano de mi compañero una carta comunicándoles mis intentos, los que eran de hacer un viaje al Cache con el impulso de visitar á esos indios que son una de las Naciones situadas en los contrapuestos montes del caudaloso río del Pastasa que divide el govierno de Quixos, dándoles igualmente cuenta de quanto havia notado, y me havía parecido digno de reparo, suplicándoles con beemencia diesen cuenta al Govierno, y me mandasen algun socorro por haver pasado mis necesidades, ambres, y desnudeses de graves á extremas, sin haver omitido la misérrima cituación en que me havia hallado por espacio de

tres meses, abadonado de los indios que huyendo de la epidemia de viruelas, se retiraron con tanta velosidad, que no cuidaron de asosiarse los hijos con los padres, ni éstos de sus mujeres á pesar de ser tan inclinados á la pluralidad de ellas, concluyendo mi súplica con el mayor encaresimiento al fin de que me remitiesen los efectos que havian de servir en mi meditada empresa: estas, á pesar de mis solisitudes, sólo tube por respuesta el desengaño; como consta de una carta firmada de Dn. Miguel Sisneros, vecino del pueblo de Pelileo á quien encargué la conducción del pliego. Seguro de no contar más con mis compañeros en asunto alguno, hice mis últimos esfuersos baliéndome no sólo de unos pesos que guardava para el último subsidio de mi retirada, sí también de quantos muebles tenía, sin perdonar bestidos, ni ropa blanca, con los que conseguí los efectos que tanto echava menos: igualmente supliqué al Dor. Chaves Cura Misionero de Nandoas, mediante una carta llena de sumisión, me mandare sal, y beneno de la Misión del Maynas que llaman bajo, comunicándole mis intentos, y suplicándole me encomendase á Dios, ofreciéndole pagar religiosamente el precio de los efectos. Con la mayor celeridad me mandó lo que le pedía, añadiendo su religiosa piedad, paneros de fatiña, arroz y otros efectos comestibles por carecer de todo ese infelisisimo punto de la tierra. El mes de Septre. del mismo año, teniendo a punto quanto jusgaba indispensable, dí principio a la marcha enderesándola a la Palma, nueba poblacion verificada por este tiempo, a pesar de las contradicciones llebándome de escolta ocho indios de la misión de Canelos, franqueados por el Misionero con buena voluntad; hice en ella el repartimiento que acostumbraba de los efectos que tenía; comuniquéles mis intentos, como de antemano havían obrado mis dádibas, se dejaron persuadir con facilidad. Vajé al Tayo, engrosada mi escolta con

catorce indios Palmerinos que no pudieron acompañarme en mayor numero, tanto por la escaces de ellos, pues los pueblos unidos no tienen cinquenta indios cavesas de familia, quanto por hallarse ocupados en la cituación de su nueba población; construyóse una gran canoa para badear el Pastasa, y entre tanto las mujeres que llegaron hasta el citio prepararon matalotajes, que son de platanos, yucas, monos, y pescado maserado todo al fuego, y enconfitado de humo, único medio para precaberse de la corrupción por sér el país cálido, y humedo en extremo, donde no se conose otra estación en el año que un invierno casi continuado: Acabada la construcción del buque, que tubo veinte varas de largo, y cerca de dos de ancho, de una sola pieza, tal fué el tamaño del sedro que escogí, me embarqué en el Pastasa con toda mi gente, y fué necesario que la canoa después de havernos condusido a la contrapuesta ribera, bolbiese por las demás cargas que llegaron á tierra con felicidad; cerca de veinte dias andube por esos montes ocupándome en registrarlos; cerca de la antigua havitación del Masutaca nación exterminada por los Palmerinos y Caches, con el fin de apoderarse de sus mujeres que otras alajas no tienen, llegando á tanto su pobresa que ata las manos a la codicia; hallé una canela muy esquisita, más no pude extraer della por el impedimento del pantano que havía formado en su terreno un pequeño río que haviéndose segado la caxa de su antiguo curso, regava con sus caudales aquel igual suelo, puede desaguar con facilidad; omito por no molestar á V. S. los infortunios, peligros, y miserias que sufrí no sólo con constancia, sino con serenidad; no di paso, Señor, sin tener vinculada una muerte; cercano yá á la población, pasé dos rios que los divide un istmo de poco más de una quadra, y como notase que venía cresiendo aceleré la marcha; mas, llegando al segundo, fué imposible lo badeásemos por el gran

caudal que ya trahía; hallamos en aquella playa señales que juntaban sus caudales quando cresían, no fué posible bolber á trás y así con el concejo de la nesesidad ordené cortasen dos arboles que se hallaban juntos, de los que el uno inclinado de su misma gravedad, descansaba en el margen contrario; por ellos pasamos con harto peligro, llegamos a la Morana, lugar donde tenían sus rancherías, y chacras los Caches que en la actualidad tenían guerra con el Chirapá confederándose con los indios Caches; mas, á despecho de su unïon, es la dominante en el dia por más numerosa. Mandéles mi embajada suplicándoles viniesen á verme por tener asuntos de mucha importancia que tratar con ellos; no bolbió el mensajero también despachado, y por esto baliéndose de la obscuridad de la noche, huyeron los ocho indios Canelos, los que con su fuga me ocasionaron una pérdida muy considerable á causa de la canoa que la traspusieron a las riveras contrarias del Pastasa; tomé a mi cargo la comisión juntándome con un indio llamado Nequéndal, que se ofreció acompañarme, y cargar los muebles que devia regalar en la casa de Namuco indio que hace cavesa en el uno de los dos barrios que tiene el pueblo, y distava poco menos de media legua del lugar de mi rancho; hablé con él sin olbidarme de regalarlo al mismo tiempo con aquellas preceas tan codiciadas, fué mi oración después de cumplir con sus bárbaras políticas, quejarme amistosamente de la poca urbanidad que en ellos habia notado, pues siendo mi viaje á esos lugares con el fin de ayudarlos en la guerra que sabía tenían con el Chirapa, y regalarlos con aquellas alhajas que caresían siendo tan necesarias, se habían negado a mi pedimento; exageré los extragos que haría el fuego de mi escopeta en sus enemigos, y otras circunstancias que añadí, que todas miraban á suabisar sus bárbaros geniales: respondió disculpándose no sólo por sí, sino á nombre de todos sus compatriotas, díxome que no

sabiendo con verdad los motibos de mi ingreso a su pueblo, havian temido el precentárseme delante conciderándome armado con aquerontes, así llaman en su idioma los rayos, de que me halló capás, siendo el mesmo que tienen los Palmerinos, Achoales, y Chirapas; concluyó suplicándome me quedase en su rancho donde me servirían sus quatro mujeres, en tanto comunicava a su gente tan festibas noticias, no tube mas que decear porque fiándome su familia y mujeres, dió la prueva más rebelante de su sinseridad, mas no combine dándole con ingenuidad razón de la retirada de los indios Canelos resentidos de la poca política de sus compañeros, pues se havían negado en visitarnos; combino me bolbiese a mi rancho a dar razón a los Palmerinos del allanamiento, y lo executé acompañado de dos mujeres suyas, y quatro jobensitos cargados de aquellos regalos de su maior estima con orden de que se quedasen hasta que combocando su gente me fuesen á visitar: En tanto llegan ministraré á V. S. una idea del pueblo, costumbres, y modo de vivir: hállase la población en dos barrios, ó eminencias que las divide un río Moruna, de quien toman su nombre aquellos bastísimos montes capaces de fundarse en ellos un Reyno con tal que sea como el de Navarra, Portugal, etc. Corre el río de Sur á Norte; tiene cinco ranchos a la parte del Oriente que fué por donde llegamos, y dies al Occidente; son éstos vajos, tienen de extencion sesenta, setenta, y algunos más baxos de largo; no pasan de veinte las que tienen de ancho, viven ordinariamente quatro ó cinco familias, son gentiles, y aún que tienen alguna tintura de nuestros Dogmas Sagrados, los desfiguran con muchas ridículas superticiones á las que son tan inclinados que no dán paso sin ser guiados de alguna dellas; concerban por tradision la memoria de haver un Dios que vive en el Cielo, al que lo llaman Ynda Cumbanamá; en nuestro idioma significa Deidad grande, mas no le tributan adoración alguna, sientan

igualmente que con él viben muchos hombres de nuestra naturaleza, ocupados en la labor de chacras; creen que tienen alma, y combienen en su inmortalidad, mas no creen ser la muerte natural, y aunque se les recombenga con las de sus mayores, y otras muchas que acaesen en el año, reponen que murió por el acaso de una cahida, mordido de alguna vivora, aógado, ó despedazado de alguna fiera, afirmando de aquellos, cuios cadáberes no hallan que son arrebatados de los demonios de quienes creen viven en unas cabernas subterráneas separadas unos de otros cargados de mujeres, y que son tan zelosos que quando encuentran algun indio cercano á su morada, los matan llebándose sus armas para esclavas, sirbiéndose de sus carnes para pasto; y por esto con aquellos que desaparesen no tienen el travajo de mantener un fuego contínuo para que se calienten las armas como lo hacen con aquellos cuios cuerpos entierran; en sus exequias hay muchos llantos, y son sus exbesas en cantidad; matan a las mujeres viudas que no tienen padres ó parientes que las defiendan; la muerte de las mujeres y su entierro es menos ruidoso, aúnque es más sensible del marido por la falta que le hace; a la verdad, Señor, estas infelices lleban el peso de todo el travajo, después que el barón ha desmontado en el terreno que eligen para sus chacras los arboles más robustos, se hacen ellos el entrego para sembrarlos, rosarlos continuamente y por su fruto quando se halla sasonado, cosinarlo, hacer las exbesas para la vevida que en lugar del agua veven á pasto, és la más ordinaria la de yuca, raiz muy buena, cosínanlas en unas ollas muy grandes, tienen á prevención ótras mayores en las que ban guardando después de haverlas mascado, dentro de segundo día se fermentan, mas no hacen uso della hasta que hayan pasado tres, ó quatro, sacan de ellas una porción de aquella masa, y poniéndola en una totuma que llaman pilche, fruto de un arbol

conosido con este nombre; crian sus hijos, cuidan de quanto está á su cargo, en cuias funciones y en las de acompañar al marido llebándole la carga de quanto es necesario, viven continuamente ocupadas, son castigadas por la más pequeña falta con crueles heridas, y recios palos, siendo más inhumano quando demuestran algun sentimiento por casarse el barón con ótra, y otras mujeres; sus matrimonios consisten en la entrega que hacen sus padres de la hija, la que apenas tiene quatro, ó cinco años; quando la casan, contrahe el marido obligación de darle de lo que casa, y una manta de algodón en cuia construcción gastan ordinariamente un año, tanto por su osiosidad, como por tener á su cargo la casa, que para verificarla nesesitan continuamente construir las saetas para las bodoqueras, las que vien agusadas, y untadas la punta con el veneno que fabrican con ciertas raizes de plantas, y arboles, son el extrago de aves, y animales; el veneno más apetesido es el de Ticuna, y Lamas, pueblos del vajo Maynas, las demás naciones no le tienen ó le fabrican muy lánguido; también es del cargo de los barones cosechar el algodón, limpiarlo de sus semillas, ilarlo, y construir todos los utensillos que componen el telar, siendo esta demora causa que en tantos años, quantas mujeres tienen, les toca la alternatiba de la manta, viviendo ordinariamente hombres, mujeres, y niños desnudos ó quando más bestidos de la corteza de un arbol que á fuersa de majarlo dentro del agua se llega á estender; a esta tela la llaman lanchama, despreciable por su poca duración. Llegó el día y á poco más de las nuebe se comensó á oír el toque de sus atabalillos, y bobonas, son estas unas cañas huecas que las construyen al modo de nuestras flautas, dilataron poco en dejarse vér los indios, los que venían condusidos por Namuco, y Cayuca, Capitanes de los dos barrios; salí á recivirlos con mi escopeta al hombro, haviéndome antes adornado con los mejores andrajos, para

abrasarlos dexé el arma mandando los dos Capitanes a los indios, hisiesen lo mismo, las que estos naturales trahian, fueron lansas, y rodelas, añadiendo por deformidad, ó gala sus afeytes; híceles la misma oración que al primero, y puse en manos de los dos las herramientas, cuchillos, ansuelos, liensos, veneno, y sal para que á su discreción las repartiesen por haver notado que el número de mis piesas, era menor al de los indios, recerbando los abalorios, agujas, y sortijas que tenía en cantidad para obsequiar a las indias de mi mano; el resto del día, y toda la noche gastaron en darme cuenta de los sucesos de su vida, de la guerra que tenían con el Chirapa, las injurias y daños que éstos les havian hecho, y sobre todo el pesar que tenían de haver perdido ocho mujeres, que se llebaron sus enemigos quando se retiraron noticiosos a mi llegada; para consolarlos les hice un razonamiento acomodado á su mucha rudesa, ofreciéndoles la Real Proteccion porque eran basallos de Nuestro Católico Monarca, de cuya liveralidad recibirían muchos y copiosos regalos, porque el que les hice, era un corto diseño del que en adelante recibirían, sin ser más molestados de sus enemigos, porque en aquel punto los recebía yó bajo de su Real Proteccion; diles alguna noticia de nuestra Religion, y combenimos en que les llebaría Padre en el segundo ingreso que hisiese á esos montes; luego me despedí dándoles á entender que mi viaje á esos montes no havía tenido otro objeto que el defenderlos, y regalarlos por órdenes que tenía del Soberano, de hacerlo así con las Naciones amigas: rogáronme me detubiese algún tiempo en su Pueblo, á que repuse me hallava executado del tiempo por tener que extraer en los montes de Copatasa cierto número de canelas para remitirlas a la ciudad de Quito, y pedir me mandasen más efectos de aquellos que tanto les acomodava; más que si me ayudasen á buscarla en esos montes y extraerla, me quedaría gustoso; combinieron en mi

pedimento, y ofresieron conducirla hasta Canelos, como lo efectuaron; cerca de quatro meses viví con esos Naturales, regalado en estremo, y tan querido que mi partida me fue sensible por el general sentimiento que demostraron. Quarenta indios me acompañaron hasta Canelos, donde hallé que los ocho desertores de aquel pueblo para disculparse con el Misionero, le havían asegurado mi muerte; cinco manchas hallé de canelas, y algunas de mejor calidad que las de Copatasa, como el Sinamomo encarnado que sin deverle nada al arte, no tiene ápise alguno de viscosidad, ni en las ramas más embejesidas, y bajas como sucede en Copatasa. Tres años he vivido, Señor, en esos montes entre bárbaros, sin más compañero, ni criado, que mi sombra; en ellos y en los viajes que tengo hechos he notado como más difusamente consta de las cartas que tengo dirigidas a mis compañeros, para que impartiesen las noticias al Superior Govierno, y al no haberlo así executado, me presipitaron a apartarme de la Compañía, dándoles en rostro en carta 7 de Sepbre. por sus muchas falcedades y perfidias en no haver cumplido en el tenor de nuestras combenciones, haviendo por esto padesido un sin número de infortunios, pongo en mano de V. S. la respuesta de ella firmada de Dn. Francisco Sanches para que la comprehencion de V. S. se haga capás de todo lo que se ha obrado. En el diámetro de Canelos, en más de quatro leguas no encontré Canela que haya meresido mi aprecio porque en los montes de los rios llamados Chontayacu, Balsayacu, Villano, y Vito, son rarísimos los arboles de canela por ser todos de casita fétida, fermentea, y cabruna, y aunque en el Vito se hallan algunos más árboles por la vesindad que esos montes tienen con los de Copatasa, pues se hallan en un mismo Continente, teniendo por linderos dos Rios Bobonasa, y Copatasa, que ambos tributan sus caudales al Pastasa; á la parte más oriental corre el Copatasa, en

cuyos montes son sin comparación mayor el número de los árboles de canela respecto a los de la Casita al contrario de los montes de Bobonasa, que corre a la parte más meridional, en el que se nota sólo aquella despreciable, con abundancia. La verdadera canela se distingue de los árboles de las demás especies bastardas en ojas, flor, semillas, y cortesas; tienen sus ojas angostas inclinadas hasta el tronco de un berde alegre, y muy paresidas á las del durasno, su flor pequeña semejante á un cáliz, y en él una "almendra muy apetesida de aves y animales con dos cubiertas, una negra exterior, y la ótra interior de más consistencia; semejante al casco del coco de Guayaquil; hállase la canela al abrigo de dos cortesas, la primera es morada algo transparente, la segunda de mayor cuerpo és berde, y la tercera pálida pegada al bejetable, y esta es la canela; el modo con que la he extraído es el siguiente. Primero se han desmontado los árboles eterogenios que les impedían el gose del sól, dándoles sus sangrías, y limpiándolos de aquella yedra amarga que tan estrechamente los abrasa; dando después unos cortes dilatados por el largo de toda la rama, sin tocar al tronco, límpiase las heridas con un genero áspero, y con el mesmo enpapado en vino y espíritu de agengibre, se les ha dado una frotación violenta omitiendo los demás simples de la reseta; á medio frasco de espíritu se le hecha quatro de vino, y doce de agua, no es necesario mojar muchas veces el trapo, basta que no esté séco con esto sólo se disipa la poca viscosidad que tiene toda rama embejesida, y baja, déjase en la rama una línea delgada de las cortesas porque no se sequen como al principio las ramas que haviéndolas degollado en todo su diámetro, no bolbieron á reproducir el segundo fruto que esperava siendo la causa como á V. S. le consta, que los círculos del Reyno sensitibo son contrarios al vejetable, en aquel se hacen por el interior de las arterias y venas, y en éste por el

exterior filamento de sus cortesas, con esta precaución, noté casi bisiblemente la segunda reproducción: el tiempo que dilata lo señala la mayor ó menor fertilidad del terreno, y losanía del vejetable, la cosecha se hace en el tiempo menos llobioso, desecándola á un sol moderado. Las demás casias conósense en que las ojas de los árboles son anchas de un berde senisiento, y desapasible, miran al cogollo: su flor es grande, y plana, su almendra aunque con dos cubiertas muy grande, combienen en el número de sus cortesas, mas disienten en su viscosidad inseparable y olor violento, siempre he notado mescla en casia en todos los montes que he hallado canela, mas en los de Copatasa y la Moruna, es mayor el número de los árboles de verdadera canela; hállanse estos salpicados en todo el monte en junta de otros muchísimos árboles de otra especie, siendo mayor el número de estos, no les falta á estos montes preciosos balsamos, menjuiyes, almendrados, y otras preciosidades que sin duda hallará la sabia análisis de un Físico. Jamás, Señor, hé hallado tres árboles de Canela juntos y se hallarán repetidas veces ótros de diversa especie; és la canela en esos montes, silvestre, no les visita el sol á muchísimos árboles, áunque tanto le acomoda, ni en el mediodía porque le hacen sombra otros de mayor estatura, si se lograsen hacer los plantíos tan suspirados de mis deceos, los lugares más acomodados que he hallado para su establesimiento, son los montes de Andoas, y Pinches por la ferasidad, igualdad de su terreno en los mismos que los Exjesuitas tubieron los suyos, mas en el día no existen hechos los desmontes deven quemarse sin dejar á veneficio del tiempo el consumo de los árboles cortados, como acostumbran esos naturales, porque el fuego consume toda eterogeneidad y deseca, y fertiliza el terreno, acomoda mucho segun hé notado el seco, y arenisco plantando en varias partes no deve tener elebación, ni monte

inmediato que domine a la huerta, porque no le prive del sol, ni desague sus humedades, estorbándole la vintilación que tanto acomoda. Renuebos he medido que han pasado de quatro varas, y no han tenido una sola rama por faltarles sol, y vintilación, y sembrada en lugar despejado, y seco a los quatro meses, no teniendo cuerpo que el de una tercia, le he cortado quatro ramas. Los plantíos se hacen semillas, aplicando gran cuidado en la creación de ellas, las que deven ser de los árboles que traen la mejor canela, la de la Moruna, tiene en estimación el primer aprecio una de las tres especies del nuebo descubrimiento que entregué á V. S.; la semilla no la trae el árbol todos los años, altérnanse éstos, y en el que le toca, es igual casi al número de sus ojas. Estos son, Señor, los reparos que á fuersa de largos experimentos en el estudio de la práctica, he notado, todo lo que ofresco á V. S. suplicándole con el mayor encarecimiento no tenga lugar las maquinaciones de mis compañeros, y el Rey Nuestro Señor haga lo que fuere de su Rl. agrado, pues mis travajos, hambres, y infortunios, no han tenido más objeto que el Real Servicio, y bienestar del público, al que estamos todos los vasallos obligados; bien entendido que con ciento diez arrobas de canela que he extraído últimamente, exclusibe las quince antecedentes, quedan los compañeros más que cubiertos, experimentando al mismo tiempo grande lucro, y utilidad, considerado el precio á que la han vendido por libras, y en que no he tenido parte alguna por corta que sea. **Quito y Marzo 3 de 1791.**

Blms. de V. S.
más Sumiso Rendimiento.
MARIANO VILLALOBOS

Expedición de Francisco Requena a la antigua ciudad de Logroño

EL Consejo se ha servido mandar por su decreto de 14 del mes pasado, informe lo que me parezca sobre cuanto contiene el espediente del descubrimiento de la antigua Ciudad de Logroño y establecimiento empezado á formar allí por las personas que tomaron a su cargo esta empresa antes de espedir la Cedula que se acordó en 25 de Agosto con referencia á otro acuerdo de 23 de Julio, y en su consecuencia paso á esponer lo que me parece más conveniente á este asunto.

Consta del espediente que efectivamente hubo en Logroño una Ciudad que habia allí un Teniente Gobernador y Justicia maior que gobernava tambien el pueblo de Santiago de las montañas donde habia pobladores españoles; que navegavan por este rio hasta entrar en el Marañon: tambien consta la

antigua Cedula de 1579 en que se mandó por el Rey pudiesen entrar á comerciar en Logroño los indios comarcanos. Esto mismo de que informa el Ayuntamiento de Cuenca, examiné en los Archivos de aquella Ciudad en el año de 1774 cuando fui comisionado para la creacion de aquel Obispado; pero en aquel tiempo no habia Gobierno militar, estaba toda la Provincia al cargo de un Corregidor y por mas que hize á este instanciar á que enviase por aquella parte exploradores para este descubrimiento, no se logró que lo verificase: despues en diferentes tiempos el Obispo M. José Carrion y Marfil, el Clerigo cuadra y el Teniente del pueblo de Azogues (inmediato á Cuenca) hicieron diferentes tentativas que no tubieron efecto ninguno; mas ultimamente se ha logrado por la Capitulación que en el año de 1808 hizieron D. Juan Lopez Tormalco y M. Pablo Hilario Chica, del descubrimiento de aquellos Indios y la facilidad de Navegar el Rio Santiago, y entrar por allá en las misiones de Mainas, costeando de su cuenta los gastos y el pago del misionero Fr. Antonio Prieto; pero habiendose retirado este religioso es regular que el Obispo de aquella Diocesis haya proveido á aquellos Indios de Sacerdotes conforme mandó el Consejo en otro espediente sobre el asunto, segun debe de constar en la Secretaria del Peru, y será mui doloroso no se haya esto verificado, habiendose ya bautizado muchos Indios, catequizado otros, y estando frecuentada su comunicacion con Cuenca.

Ademas de las ventajas que ofrece á la religion el que aquellos Indios se reduzcan al gremio de la Iglesia, trae al Estado una considerable utilidad de que se abra el camino entre Cuenca y la Provincia de Mainas por ser el mas corto que se puede hacer entre uno y otro territorio.

El motivo de no haberse aumentado las Misiones del rio Marañón y de los demás rios caudalosos que

entran en el Guallaga, Ocayale, Morona, Paztasa, Napo, Putumayo, y otros muchos y antes si disminuyendose y casi esterminado especialmente despues de la espulsion de los Jesuitas, ha sido por un efecto de una larga distancia que hay para entrar en ellos desde las Capitales de Santa Fe, Popayan, Quito, Truxillo y Lima como se puede ver en el Mapa de Cruz: solo la Ciudad de Cuenca es la que esta inmediata a Mainas, pues desde ella, al pueblo de Santiago de las Montañas ó al de Borja, no puede haber mas que ocho dias de camino parte por tierra y parte por agua, estando aquellos dos pueblos situados á la entrada y salida del celebre Pongo, ú estrechura rapidisima, de Manseriche, desde donde el rio Marañon ya es navegable por 800 leguas hasta el mar, y de allí ya es facil tambien la comunicacion á las bocas de todos los demas rios mencionados, donde hay todavia algunas misiones pertenecientes á la Comandancia general de Mainas, y si estas no se fomentan y adelantan, podrá llegar el caso de su total exterminio, visto el abandono que han hecho de ellas, tanto el Gobernador como el Obispo por la residencia que uno y otro han hecho en el pueblo de Moyobamba y que por la falta de misioneros, como en otro espediente consta tambien esto al Consejo; pues estan dichas misiones desatendidas por no residir el Gefe de la Provincia y el Prelado en el Pueblo de Xeveros, donde se mandó hiciesen su residencia como el paraje más propio para atender al Gobierno de todos aquellos pueblos y reduciones situadas en diferentes rios.

Por la importancia de facilitar el corto camino que hay desde Cuenca al rio Marañon en el año de 1794 mandé desde Xeveros al Capitan Moreno, Juan de Silva que subiese al rio Santiago de su boca hacia arriba y halló sus aguas de facil navegación por cuatro dias, hasta que encontró Indios infieles; pero como en el siguiente de 1795 me mandó S. M. venir

a España no pude disponer otra exploración con mayor numero de gente, para la seguridad y redución pacifica de los Indios que se encontraron en sus riberas.

Si el Consejo examina el mismo mapa de Cruz verá lo bien fundado de mis reflexiones, y la larga distancia a que se hallan del Marañon todas las Capitales de los Obispados antes indicados, y la mucha proximidad a que se halla el Gobierno y Obispado de Cuenca de aquel punto de Manseriche en donde empieza sin obstaculo ninguno a ser navegable el rio Marañon; y tambien verá su exactitud, pues en él está señalada la situación de las ruinas de la antigua Logroño.

Nace el rio Marañon en la Laguna de Lauricocha y corriendo mas de 200 leguas de Sur a Norte por entre la Cordillera Oriental de los Andes, con muchos raudales, saltos, y cascadas, ni desde Lima, ni desde Truxillo se puede llegar al paraje en donde empieza a ser facil su navegación, en el expresado punto de Manseriche cortando allí los mismos derrames de la Cordillera, varía notablemente su curso, dirigiendose del Occidente al Oriente, hasta salir al mar por el espacio de 800 leguas; siendo el mismo punto de Manseriche como el vertice de ángulo recto que forman estos dos diferentes rumbos por donde corre el río, alejándose cada vez más de las Capitales de Quito, Popayán, y Santa Fé, haciendose asi difícil la entrada desde aquellas ciudades al mismo rio Marañon, por la fragosidad de la cordillera Oriental que hay que atravesar, despoblados intermedios y por que desaguan los rios Paztasa, Napo y Putumayo á la parte más baja del rio Marañon correspondiente á sus Misiones.

El fomento de estas, ya descubierta y restablecida como está la población de Logroño y facilidad de continuar las pacificaciones de aquellos Indios para hacer la entrada desde Cuenca al Rio Marañon,

traerá la ventaja al estado de que se conserven y aumenten las Misiones de Mainas evitando asi el que estando perdidas o deterioradas se adelanten los Portugueses ocupando las bocas del Napo y Putumayo hasta las inmediaciones de Quito, Popayan y Minas de Oro de sus territorios, y tambien las bocas de Ucayale y Yabari, aproximandose por ellas hasta las cercanias de Lima y de Truxillo donde se hallan las ricas minas de plata de Pasco y Chota; asi como lo han intentado otras veces, y como ha sido el obgeto de sus diferentes incursiones, teniendo los vasallos de aquella Corona tanto empeño para hacer sus adelantamientos, como abandono habido por parte de España de impedirlos; pues teniendo en el año de 1707 los Padres Jesuitas Españoles adelantadas por el Padre Samuel Frist sus Misiones hasta cerca de la boca del rio Marañon, desde aquella época se adelantaron los Portugueses por mas de 700 leguas rio arriva ocupando todos los establecimientos Españoles sin hallar obstáculo alguno ni haberlos siquiera reclamado.

Por todo lo cual me parece que desde luego se debe mandar por el Consejo al Gobernador y Obispo de Mainas que vayan á establecerse al pueblo del Xeveros, dejando la residencia de Moyobamba que arbitrariamente y por su conveniencia han tomado con abandono uno y otro de atender á las Misiones que están á su cuidado: al Cabildo de Cuenca ó su Provisor, por no haber alli ahora Obispo, que pongan en Logroño Misionero, ya sea regular o secular, respecto de haberse retirado el Padre Prieto, y que si se aumentase la reduccion de los Indios, ponga los demas Sacerdotes que sean necesarios de acuerdo con el Vice Patrono; señalandoles el estipendio que está detallado para los demas Misioneros de Mainas: Al Gobernador de Cuenca que pues está descubierto y hallado el camino de aquella ciudad á Logroño, haga reconocer desde el mismo Logroño hasta el punto en

que empieza á ser navegable el rio Santiago, procurando alli formar una poblacion: que en el mismo Logroño ponga un Teniente que bajo de sus ordenes dirija aquellos Indios, y los gobierne sin hacerles ningunas hostilidades, procurando su civilización y cultura: que a este mismo Teniente que lo podrá ser M. José de Suero, se le podrá señalar alguna asignacion por este encargo y en consideracion á los servicios que ha hecho: y al mismo tiempo al Gobernador de Mainas que haga hacer se navegue por el rio de Santiago hacia arriva hasta aquel punto que lo permita el curso de sus aguas, de un modo pacifico sin hacer ningunas hostilidades á los Indios que se encuentren por sus orillas á fin de ver si por este medio se pueden comunicar los que naveguen por el río Santiago con los que por parte de Logroño vayan á buscar el mismo punto en que empieza la navegacion: providencia que me parece desde luego se debe adoptar, sin esperar a la grande demora que resultará de pedir al Presidente de Quito forme espediente sobre este asunto dirigido a acreditar que ventajas puede ofrecer este nuevo descubrimiento cuando las dejo manifestadas sobre este asunto en lo que llevo espuesto, y en lugar de esto mandé ejecutar las providencias indicadas, informando sobre todo lo que mas convenga para este util establecimiento, a fin de que no se malogre ya empezado, en beneficio de la religion y de aquellos paises; sin embargo el Consejo resolverá lo que juzgue mas conveniente y acertado. Madrid 28 de Octubre de 1819.—Francisco Requena.

Es copia.

EL REY

Gobernador Comandante General y Presidente de mi Real Audiencia de Quito. En representación

documentada de veinte y nueve de Octubre y veinte y ocho de Noviembre de mil ochocientos diez y seis y treinta de noviembre de mil ochocientos diez y siete, dieron cuenta al Teniebte Gobernador Asesor letrado que fué de la Provincia de Cuenca don Juan Lopez Tormalco, actual Oidor de esa mi Real Audiencia, el Ayuntamiento de aquella Capital y el Virrey de Santa Fe don Francisco Montalvo, del descubrimiento que se habia hecho de la antigua Ciudad de Logroño, limitrofe de dicha Provincia de Cuenca, y de las diligencias practicadas para la reduccion de los Indios infieles Xivaros y demas que había en aquel territorio; expresandose en las dos ultimas de las indicadas representaciones que el descubrimiento se debia al zelo del citado Teniente Gobernador Tormalco y del Abogado don Pablo Hilario Chica, actualmente Oidor de Santa Fe, al Religioso Fray Antonio José Prieto, misionero franciscano del colegio de Ocopa, y á don José Maria Suero, comandante é interprete de la expedicion formada al intento: habiendose conseguido que se bautizasen los Indios parbulos y que lo deseasen los adultos á quienes el Padre Prieto habia instruido en la doctrina cristiana por cuios meritos solicitaron los referidos sugetos se les diese el premio que fuese de mi Real agrado. Posteriormente dio tambien cuenta el difunto Reverendo Obispo de Cuenca don José Ignacio Cortazar del citado descubrimiento de la Ciudad de Logroño, y Provincia de Gualaquiza, recomendando mui particularmente al religioso Fray José Prieto, y á don José Suero a quienes principalmente se debia la consecucion de la empresa. Y ultimamente ha expuesto don Andres Prieto del mencionado Fray Antonio José Prieto los meritos que este Religioso ha contraido y servicios que ha hecho en defensa de la justa causa con riesgo de su vida, solicitando se le dé alguna recompensa que le proporcione un descanso en España y atender á la

subsistencia de su Padre y familia. Y habiendose visto todo en mi Consejo de las Indias con lo que en su razón informó la contaduria general y dijo mi Fiscal, me hizo presente en consulta de veinte y ocho de Enero ultimo su dictamen; y conformandome con él, he resuelto remitiros la adjunta copia del informe que sobre el asunto ha hecho el Ministro del propio mi Consejo don Francisco Requena con fecha de veinte y ocho de Octubre del año proximo pasado para que en vista de las ideas que en él propone, procedais como os lo mando, á llevar á efecto desde luego las que encontreis practicables, dando cuenta de ello, y de lo demas que executeis ó creyesen conveniente con toda justificacion; y que si consideraseis conducentes al intento los conocimientos y persona del referido Fray Antonio José Prieto, os valgais de ellos facilitandole los auxilios que pueda necesitar, atendiendole en razon de lo que ha contribuido á la enunciada empresa y dandole por ello gracias en mi Real nombre. Fecha en Madrid á siete de Marzo de mil ochocientos veinte.

YO EL REY

Por mandado del Rey Escribano de Número
SILVESTRE COLLAR

Quito 24 de Marzo de 1821

VISTA LA ANTECEDENTE Real Cédula, expedida en 7 de Marzo del año proximo pasado á consulta del extinguido Consejo de Indias, y traida al despacho por Secretaria en veinte del corriente guardese y cumplase lo qe. S. M. se sirve en ella disponer, comunicándose, quando haya oportunidad (con copia del informe que a la misma se acompaña) ál Exmo. Sr. Virrey del Perú, de cuyo Territorio es dependiente el Gobierno de Mainas pa. qe. si lo tiene

a bien ordene y determine qe. el Gobernador y Prelado de aquella Provincia, se trasladen a establecer su residencia en el Pueblo de Neberos, dexando la de Moyobamba en donde parece existen, con arreglo a lo que expone y propone en el predicho informe, el Excmo. Sr. Dn. Francisco Requena Ministro qe. fue del expresado Consejo: debiendo así en igual forma comunicarse al Sr. Ministro Fr. Antonio José Prieto y descubrimiento de la antigua ciudad de Logroño y Reducción de los Indios infieles de aquel Distrito. Y por quanto aunque se hallaba sumamente adelantado el proyecto, y, estaban ya nombrados dos Misioneros pa. la población de Gualaquiza con asignación del Sinodo correspondiente, á consecuencia de lo qe. en esta razón informó y representó el finado Reverendo Obispo de Cuenca D. D. José Ignacio Cortazar; han quedado enteramente entorpecidas y paralizadas esta y otras importantes empresas pr. la conmocion y sublevacion general de los Pueblos qe. ultimamente se ha experimentado, comenzando por el de Guayaquil, que proclamó y Juró la Independencia del Gobierno Nacional en 9 de Octubre del mismo año proximo pasado, y permanece todavia en insurreccion, y continuando despues pr. otros muchos de esta Provincia que afortunadamente ya se han pacificado, hasta el extremo de que tan criminal contagio se ha propagado pr. todos los de la costa y Territorio de Valles comprehendidos en el de la Intendencia de Truxillo, sin que de consiguiente haya pr. aora comunicacion alguna con la Capital de Lima, ni sea dable llevar adelante tales empresas de reducir y poblar las tierras ocupadas pr. los indios infieles quando apenas pueden conservarse algunas ciudades, y Poblaciones de las que estaban subordinadas al Gobierno de S. M. y eran una parte integrante de la Monarquia: informese asi a su Real Justificación quando se abran las comunicaciones y haya la proporcion de que aora se carece de dirigir Pliegos

a la Corte; Manifestandose a la Suprema Autoridad del Rey, q' este y otros proyectos con que algunos Individuos han querido demostrar su zelo por él aumento de los Territorios de la Nación, ó por otros fines que constarán de sus respectivas instancias; eran muy oportunos y admisibles en otros tiempos tranquilos y felices y cuando el erario se hallaba con los fondos necesarios pa. sufragar a los crecidos gastos qe. son consiguientes, mas no en la actualidad, en que sublevados los pueblos, desconocida y aun vulnerada la Suprema Autoridad de S. M.; y reducidos estos Territorios de Ultramar al mas lamentable estado de anarquia y desolación y miserias, pr. la espantosa revolucion comenzada en el año de 1809, y continuada hasta aora con el mas ardoroso empeño por los Caudillos y factores del sistema de Independencia, ya no debe pensarse en otra cosa que en la Pacificación de los Pueblos sublevados, en la conservación de los pocos que subsisten sumisos y subordinados al Govierno de S. M. y en la recuperacion de la tranquilidad y buen orden que dolorosamente se han trastornado, convirtiendose en Teatro de la mas horrorosa y sangrienta Guerra, unos Territorios felices y pacificos, donde en otras afortunadas Epocas, se gozaba de la mayor abundancia y prosperidad y de paz y quietud inalterables: baxo de cuyos indudables conceptos, nada aboslutamente puede hacer esta Presidencia sobre la execución y cumplimiento de lo mandado en la Real Cédula, y S. M. con vista y conocimiento de todo, se dignará de resolver lo que fuere de su Real agrado. Y atentos los particulares que conviene esta Provincia archivese en el secreto de este Govierno, luego que la Real Cédula a que se contrate, se comunique á quienes queda dispuesto.

f). Melchor Aymerich **f). Leon Pereda de Saravia**

f). Francisco Xavier de Olivera

El Río de San Francisco de Quito

Por GUSTAVO BARROSO,
de la Academia Brasileira de Letras.

Traducción de la Revista "O Cruzeiro",
de 15 de Octubre de 1956, por César Baca A.

La Audiencia de Quito y la Amazonía.—El río Marañón, Solimones o Amazonas recibe nuevo nombre.—Los descubrimientos y redescubrimientos del Río - Mar.—El Ecuador y el Brasil en la historia de las Expediciones.

CUANDO yo era un niño, en nuestras escuelas primarias se aprendía a configurar el territorio patrio por esta fórmula: "el Brasil limita con todos los países de la América del Sur, menos con Chile". Los mapas de esa época confirmaban esta lección verbal. De ahí la situación

fue alterada por la política en nuestra patria en lo que respecta a sus fronteras con la República del Ecuador. Mientras tanto, en tiempos idos de su territorio, entonces llamado Real Audiencia de Quito, sujeta al Virreinato del Perú, partieron los primeros descubridores del río-mar. Escribe a propósito un notable historiador ecuatoriano Raúl Reyes y Reyes: "Casi todos esos descubrimientos partieron del Gobierno de la Audiencia de Quito o tuvieron íntima relación con ella, o para ella convergieron, como la expedición del Capitán Pedro Texeira o se realizaron en gran parte con hombres del Gobierno de Quito, como en el caso de la expedición del Capitán Pedro de Orsúa. No es posible que permanezcan en el olvido o el Continente y la humanidad olviden los esfuerzos realizados por la Audiencia de Quito en el descubrimiento del gran río y la colonización de las regiones por él bañadas, porque sería ignorar uno de los mayores esfuerzos de la historia del Continente y significaría despreciar la importancia de la función creadora americana que en los siglos XVI y XVII principalmente, se afirmó con la audacia de los descubrimientos realizados por los hombres de Quito; o porque sería desconocer aquella tradición de abnegado esfuerzo colonizador y civilizador, el más vasto de América de dos Misioneros quiteños que, con fervoroso impulso, llevaron la fé y con ella la civilización, a las más lejanas tribus, en los más recónditos escondrijos de la selva Amazónica."

Ese pensamiento llevó a los hombres cultos del Ecuador a la fundación de un Instituto Ecuatoriano de Estudios del Amazonas, con sus varias secciones y biblioteca especializadas, que con el apoyo de los poderes públicos, tienen publicada una vasta documentación sobre las exploraciones y misiones llevadas a efecto en aquella inmensa y prodigiosa región. En cuanto a esto, por nuestra parte los brasileros señores, sin discusión, de casi la totalidad

de la hoya amazónica, en un trabajo de conjunto, laboramos en este sentido, con los esfuerzos individuales de algunos dedicados cultores de la historia nacional; para desentrañar los hechos grandiosos de aquellos extraordinarios Capitanes de la reconquista del estuario a los ingleses y holandeses, como de las entradas al río Negro y la fundación de establecimientos que allí aseguran para el futuro, nuestra paz mansa y pacífica: Castelo Branco, Bento Maciel Parente, Pedro Texeira, Costa Favela, Coelho de Carvalho y tantos otros.

En verdad fue de realce el papel desempeñado por la antigua Audiencia de Quito en los destinos de la amazonía. Descendiendo por el Coca y el Napo, por su grande caudal de aguas, en audaz recorrido, venciendo los mayores peligros, el Capitán Francisco de Orellana "descubrió el mayor camino fluvial del mundo", realizando uno de los más audaces viajes por el Océano, por Cuba, Santo Domingo, y Lisboa, hasta llegar a la Corte de los Reyes de España; perfeccionando así el primer ciclo Amazónico desde el Pacífico al Atlántico y desde Guayaquil a Madrid. Acompaña al escrito del emocionante relato del famoso hecho, el romántico encuentro con las salvajes amazonas, que darían su nombre al río-mar, ese extraordinario Vicario de Quito, Fray Gaspar de Carvajal.

El malogro de la colonización de la Amazonía, bajo el nombre de Nueva Andalucía, dado por Orellana, se debió al Rey de España; quien, aconsejado por La Gasca, prohibió nuevas aventuras de ese volumen, en busca de las legendarias regiones del oro y la canela. Todavía, como muchas concesiones para tales empresas fuesen anteriores a la real prohibición, "en documento que integra el Libro de Pareceres de la Audiencia de Quito, consta que más de sesenta y ocho expediciones partieron de su

antiguo Gobierno en un período de veinte y cinco años para Quijos, Macas, Los Bracamoros, Yaguarzongo y Mainas, abarcando las regiones del Putumayo, Napo, Pastaza, Morona, Santiago y Chinchipe, ríos que fueron descubiertos por los hombres del Gobierno de Quito; los cuales también recorrieron desde aquellas remotas eras el Ucayali y el Guallaga, como Salinas Loyola, con quien el Gobierno de Quito ultima el descubrimiento y reconocimiento del alto Amazonas que Orellana no pudo recorrer por haber desembocado en el gran río por la boca del Napo.

Juan Salinas Loyola, fue uno de los mayores abanderados quiteños del Amazonas, que partió para sus expediciones de la ciudad ecuatoriana de Loja. Muchos de sus veteranos exploradores se reunieron a los del Capitán Bartolomé Marín y participaron en la malograda expedición de Pedro de Orsúa en busca de El Dorado, preparada en el Virreinato del Marqués de Cañete. A la rebeldía de Lope de Aguirre que asesinó a Orsúa siguió la insurrección de las tropas del bajo y medio Amazonas, y dió origen a la Cédula Real de 1595, prohibiendo el tráfico por el río-mar. Todo lo que se dice respecto a la bandera de Orsúa fue relatado en la "jornada del Marañón", del Alcalde de Quito, Don Toribio de Ortiguera.

Durante cerca de setenta y cinco años el Amazonas fue puesto a un lado y olvidadas aquellas primeras penetraciones en sus misterios, hasta que de nuevo los Misioneros quiteños despiertan para ellas la atención de todos. Los hermanos Domingo de Brieva y Andrés de Toledo con seis soldados de la Audiencia, el 26 de Diciembre de 1637 partirán de Quito, descenderán al río-mar y fundarán Sao Luis de Maranhao. De ese viaje existe una relación anónima, atribuída por algunos al Padre Alonso Rojas, intitulada: "Descubrimiento del río Amazonas, hoy San Francisco de Quito y declaración del mapa donde está pintado". De este documento se verifica

que, además de los nombres de Marañón, Solimones y Amazonas o Gran Río, también fue llamado por los expedicionarios ecuatorianos "Río de San Francisco de Quito". Es una revelación histórica extraordinaria que demuestra la íntima relación habida otrora entre la antigua Audiencia de Quito y el Continente Amazónico.

Cuando el Gobernador de Maranhao, Jácome Raimundo de Noroño, ordenó al Capitán Pedro Texeira esa expedición que lo inmortalizó, en que él partió en sentido contrario a la marcha de Orellana, llegando a Quito y siendo allí recibido con todos los honores, porque estas tierras pertenecían al mismo Rey de España, al cual estaba sometido Portugal, sirvióle de norte o guía en la ida y en la vuelta, aquel hermano franciscano Domingo de Brieva, que diera a la Audiencia, San Luis. Le acompañaron en el regreso, de orden del Virrey del Perú, los Padres Cristóbal de Acuña y Andrés de Artieda. Debemos al primero una relación de ese viaje: "El nuevo descubrimiento del río Amazonas" "A propósito de la extraordinaria entrada de Pedro Texeira hasta Quito, revelan los documentos ecuatorianos cosas poco sabidas o del todo ignoradas en el Brasil. Que se pensó preparar en la sede de la Audiencia una expedición a la tierra portuguesa, cuyo comando sería dado al General Juan Vásquez de Acuña, hermano del Padre Cristóbal, el cual se ofreciera a levantar gente y hacer todos los gastos necesarios de la misma. Que todos los gastos de retorno de Pedro Texeira fueron costeados por la Audiencia de Quito; y, finalmente, que el Capitán portugués, junto con el hermano Francisco Brieva y dos Padres Mercedarios del Convento de la Merced de Quito, establecieron las Misiones Mercedarias del Pará."

La anterior descripción del Padre Cristóbal de Acuña tuvo la mayor influencia de la época para el

conocimiento del Amazonas, tanto en Europa como en América; así como el mapa que publicó Segundo Velasco, inspirado en la cartografía de su siglo y del medio siglo siguiente.

Fray José Maldonado, Comisario General de la Orden Franciscana en las Indias Occidentales, escribió una vasta información, que dió causa a larga polémica con los Jesuítas, reivindicando para los Franciscanos de la Audiencia de Quito, desde 1534, los descubrimientos realizados en el Aguarico, el Putumayo y el Napo; así como el redescubrimiento hecho por los hermanos Domingo de Brieva y Andrés de Toledo. En esta información encontramos de nuevo la designación del Río de San Francisco de Quito, con que inicialmente se conoció al Amazonas.

En su "Relación del descubrimiento del río Amazonas, llamado Marañón, hecho por los religiosos de la provincia de San Francisco de Quito", escribe Fray José Maldonado Comisario General de la Orden Franciscana en todas las Indias: "Nuestros frailes fueron los que descubrieron y han hecho fácil la navegación de todo este río en estos tiempos y a éllos se les debe esta gloria, pues, sólo éllos pasaron los trabajos, diré lo que hizo el Gobernador Jácome Raimundo de Noroña y fue: que así en los papeles auténticos que despachó a estos reinos de España, como en los que envió a la Real Audiencia de Quito, a que me remito, nunca llamó a este río: el río Marañón o el río de las Amazonas, sino el Gran Río de San Francisco de Quito; pareciéndole justo y puesto en razón que, pues los hijos del Seráfico Francisco lo habían descubierto para perpetua memoria, sería bien darle el nombre del padre y así ordenó que en todas aquellas provincias se llamase como se llama hoy y se debe llamar justamente: El Río de San Francisco de Quito".

Desde 1631 los Jesuítas quiteños navegaron por el Napo y por el Santiago, sirviéndoles este río de vía de acceso al territorio de Mainas, en la margen izquierda del Marañón, conforme relata el Padre Rodrigo Barnuevo. "En ese comienzo de siglo, diez y siete soldados de Quito, atravesaron en 1616 el llamado Pongo de Manseriche y fundaron Mainas, donde se creó, dependiente de la Audiencia, el Gobierno de Don Pedro Baca de Vega, pacificador de aquellos pueblos y fundador de las Misiones en ellos. En 1651, los Misioneros ecuatorianos Fray Laureano de la Cruz y Juan de Quiñónez viajaron al Amazonas. El más antiguo historiador ecuatoriano, Padre Juan de Velasco, narra por medio de su "Historia Moderna del Reino de Quito y Crónica de la Compañía de Jesús del mismo Reino", todos los descubrimientos, todas las expediciones y todos los esfuerzos colonizadores civiles, militares y religiosos de la Audiencia de Quito. El jesuíta Samuel Fritz describió en sus cartas al Provincial de la Compañía, a la Audiencia y a la Corte de Madrid "sus grandes viajes, sus trabajos misioneros y sus padecimientos en el Amazonas". Innúmeras otras obras y documentos muestran cómo de Quito partieron consecutivas misiones de catequización y colonización para ambas márgenes del gran río. Raúl Reyes y Reyes calcula en más de 3.000 documentos que darían unos cuarenta volúmenes, los de que dispone respecto a las relaciones de la Audiencia de Quito con la Amazonía, en el Instituto Ecuatoriano de Estudios del Amazonas. Eso fuera de las obras ya citadas, las de los Padres Figueroa, Maroni, Chantre y Herrera, y muchas otras aun inéditas. De esta suerte, sin una consulta apurada a esas fuentes del país amigo y eliminando paredes intermedias, será posible escribir la verdadera historia de la Amazonía.

Finalmente, de Quito partió en 1743, para descender por el Amazonas hasta su desembocadura, el francés La Condamine, autor de "Relación de un viaje en el interior de América Meridional por el Amazonas", que tuvo en compañía del sabio ecuatoriano Don Pedro Vicente Maldonado. Siguió por el mismo trayecto, con su esposa una ecuatoriana, llevando veinte años de aventuras de Quito al Pará, Luis Godín de Odenais, autor de una "Memoria sobre la navegación del Amazonas".

Condolencia de la Junta Suprema de Santa Fé, al Cabildo de Quito por las víctimas del 2 de Agosto

A Suprema Junta de esta Capital, que desde el momento en que ha sabido los tristes sucesos de esa ciudad, ha mexclado sus lágrimas con las de todos los buenos, y casi ha considerado perdidos sus trabajos dirijidos principalmente a la salvación de aquel pueblo, y de las víctimas destinadas al cuchillo; no puede dejar de manifestar su dolor a ese Ilustre Ayuntamiento y al mismo generoso pueblo, que dió tan caramente los primeros pasos hacia nuestra libertad. ¡Porque una distancia inmensa nos separa de esa Ciudad! . . . . . Entonces los mandones de Quito usurpadores de la legítima autoridad del pueblo recibirán bien pronto el castigo de su temeridad. Mil patriotas voluntarios se han ofrecido hoy a marchar a esa Ciudad, sin prest, sin recompensa alguna, y sin otra satisfacción que la de vengar a sus hermanos, y que tenga Quito este

consuelo entre sus honores, que la América toda va a levantarse en un grito de venganza general.

La pérdida es casi irreparable. Salinas, Morales y Quiroga con dificultad se pueden reemplazar. Los Franklines y Washingtones de nuestra revolución, no han sobrevivido a la patria que conquistaron. Este eterno dolor amargará siempre aún los ratos más felices de nuestro entusiasmo; y cuando repitan nuestros hijos los gloriosos sucesos de la revolución, mexclarán un tierno ¡Ay! recordando estos nombres venerables. Quito reconocida algún día les levantará estatuas y el Reino se les confesará deudor de su Libertad. Que cuide ese generoso pueblo de sus hijos, y que los vástagos que debieron su existencia a los troncos que cortó la segur, reciban para su fomento el calor de la patria agradecida.

Ni por esto se olvida la Suprema Junta de las demás ilustres víctimas del día 2; víctimas cuyos nombres deben ser trasmitidos en eterna veneración a la posteridad; y principalmente de los que fueron sacrificados en las prisiones, sin el triste consuelo de la defensa, por los cobardes asesinos, que no se avergonzaron de acometerles en esta situación.

Tres días de un luto general, que acaba de decretar esta Suprema Junta, con un solemne funeral, son una pequeña demostración de su dolor; pero una expresión al mismo tiempo sensible de la pena que ocupa su corazón. Se abrirá una suscripción para socorrer a las viudas y huérfanos que produjo el 2 de Agosto; y él será en lo sucesivo el día de su aniversario, en que nuestras lágrimas y los píos sacrificios de la iglesia, purifiquen los reatos de la mortalidad, así de los que han perecido en Quito, como de los que murieron en el Socorro y los Llanos.

Dios guarde a V. S. M. I.—Santa Fe y Septiembre 15 de 1810.

D. Felipe Miguel Pez,
Vicepresidente

Inmolación fecunda

SE llamaba entonces (1.795) San Miguel de las Guaduas el risueño valle que en Cundinamarca se halla en la vía que conduce de Honda a Bogotá, ruta tradicional conocida por todos los viajeros que por el río de la Magdalena han querido ascender a la Sabana, donde se asienta la Capital de la República.

El poblado estaba integrado, según doña Soledad Acosta de Samper, por blanqueadas y alegres casas de paja con sus patios llenos de flores y arbustos; las flores y frutas de sus huertos perfumaban con sus aromas el ambiente; su clima, después de subir de las vegas del río Magdalena o de bajar de la fría altiplanicie, es un privilegio de la naturaleza.

La notable escritora ya citada describe así el paisaje eglógico: . . . "Desde allí se avista todo el valle y los cerros del frente; el color verde esmeralda de los prados y dehesas; el brillantísimo de las cañas de

azúcar; el oscuro de los cafetales; el alegre de las plataneras; todo aquello salpicado por casas de paja aisladas unas, apiñadas otras, y rodeadas de altos manglares, chirimoyos, naranjos, limoneros, granadas y otros arbustos y árboles frutales, cortado y dividido el valle por los cauces de los tres ríos que le riegan y fertilizan: el San Francisco a la derecha del viandante; el Limonal, a la izquierda, y el Guadual, que recoge las aguas de los otros y se aleja más ancho y tranquilo, hacia el fondo".

Este era el ambiente de Guaduas en los finales del siglo pasado, población considerada como lugar de recreo por su clima templado, la abundancia de víveres, las sanas costumbres de sus habitantes y su privilegiada situación geográfica.

Allí nació el 26 de Enero de 1795 Policarpa Salavarrieta, del hogar que formaron Joaquín Salavarrieta y doña Mariana Ríos, de ascendencia española ambos. La vida infantil de nuestra heroína se desenvuelve en ese ambiente edénico, hasta que a la altura de sus catorce años viaja a Santa Fé por primera vez acompañada de su padre.

Es muy posible que los acontecimientos que tuvieron lugar en la Capital del Nuevo Reino de Granada el 20 de Julio de 1810 influyeran en su ánimo en forma definitiva: se hallaba por aquella fecha en Santa Fé, y cuando había cumplido quince años de edad, época de la vida en la cual los hechos sobresalientes dejan una huella imborrable. Regresa luego a su villa natal, y por algún tiempo ejerce el cargo de maestra de escuela hasta la muerte del autor de sus días.

La vida sedentaria y apacible de la tranquila aldea no es para esta joven; su alma y su corazón sienten el aletear de sublimes destinos, y por su mente pasan ideas que la impulsan a abandonar para siempre a Guaduas en 1816, cuando el linde de los veintiún años la hace estremecer.

POLICARPA SALAVARRIETA

Ya en su tierra había iniciado sus actividades en favor de la independencia, sin dejarlo saber a sus familiares. En Santa Fé se instala modestamente, acompañada de su hermano Bibiano; deriva su sustento del producto de la labor de sus manos, pues cose ropa para las familias ricas. Es la obscura vida de la muchacha joven que tiene que trabajar para subsistir y defender honesta y noblemente su dignidad y su porvenir.

Su carácter enérgico, su clara inteligencia y la circunstancia de haber conocido a doña Andrea Ricaurte de Lozano, patriota exaltada, la induce a trabajar con decidido entusiasmo por la causa de la libertad. Conspira sin descanso contra el gobierno militar de los españoles, cuyo duro régimen ha hecho derramar por aquella época tanta sangre patriota.

Era el tiempo del régimen del terror. El Pacificador Morillo y sus validos se habían apoderado de Santa Fé de Bogotá y habían logrado la reconquista de las provincias Unidas de la Nueva Granada. Jorge Tadeo Lozano, Camilo Tórres, Francisco José de Caldas, Manuel Rodríguez Torices, Antonio Baraya, Liborio Mejía y otros muchos más, habían sido sacrificados en el cadalso como consecuencia del absolutismo del Pacificador.

Santa Fé de Bogotá sufría días aciagos y por sus calles desfilaban camino hacia el banquillo de los condenados a muerte, hombres ilustres víctimas "de la ignorante ferocidad de un soldado, a quien en mala hora confió España la delicada empresa de la pacificación de sus provincias ultramarinas".

Policarpa Salavarrieta había llegado a Santa Fé a vivir ese ambiente de zozobra y de terror, de vejaciones y abusos que había implantado Morillo. Su temperamento no podía tolerar tranquilamente aquella situación, y con su alma de prócer se dedicó a ayudar secretamente a los patriotas que luchaban por la independencia y libertad de la Nueva Granada.

El Pacificador había logrado la reconquista española, pues todas las provincias habían quedado sometidas a su predominio, a excepción de Casanare, a donde se había retirado el resto de las fuerzas republicanas al mando del General Serviz. Morillo resolvió entonces trasladarse a Venezuela, y dejó como Gobernador militar en Santa Fé, a Juan Sámano, hombre cruel, de agrio carácter y edad avanzada. Creía Sámano que era grato a la Justicia Divina fusilar a los patriotas, a quienes denominaba insurgentes. El coraje de los patriotas llaneros y las especiales condiciones de la región fueron factores para mantener en Casanare el fuego sagrado de la libertad y el propósito indeclinable de no someterse al gobierno español.

En 1817 Policarpa Salavarrieta intensifica en Santa Fé de Bogotá sus actividades patrióticas; mantiene correspondencia con las tropas republicanas de los Llanos, auxilia a quienes manifiestan el anhelo de ir a engrosar las filas independientes y sirve de enlace con los patriotas de la ciudad, al mismo tiempo que consigue elementos de guerra para enviarlos con grandes dificultades a los campamentos de los republicanos en Casanare.

El General Hilario López, refiriéndose a Policarpa Salavarrieta, consignó en sus Memorias lo siguiente: "Yo era uno de tantos patriotas que concurrían a la casa de la Pola, en donde se comunicaban las noticias que se tenían de los de Venezuela y Casanare, y se celebraban cuando ellas eran buenas, pues esa mujer valiente y entusiasta por la libertad se sacrificaba para adquirir con qué obsequiar a los desgraciados patriotas, y no pensaba ni hablaba otra cosa que de venganza y de restablecimiento de la Patria."

La Pola era prometida del joven Alejo Sabaraín, Subteniente del ejército republicano, a quien le profesaba gran amor. Sabaraín había caído prisionero

en la Cuchilla del Tambo y se hallaba en la cárcel de Popayán, de donde logró evadirse para apoyar a su futura esposa en sus sueños de independencia.

Se organizó entonces la fuga de un grupo de patriotas a los Llanos de Casanare, al mando de Alejo Sabaraín, y la Pola aprovechó esta oportunidad para enviar correspondencia a los patriotas, en que consignaba informes y datos sobre las fuerzas realistas. Lamentablemente este grupo de patriotas fue aprehendido en el camino; por los papeles que llevaban y que Policarpa Salavarrieta había remitido, los realistas se cercioraron de su intervención en las conspiraciones y de su vinculación con los patriotas revolucionarios de los Llanos.

Informada la heroina de que era buscada, se ocultó en casa de doña Andrea Ricaurte de Lozano, mas los perros de presa de Sámano, localizaron el refugio de la Pola, y fué hecha prisionera en la noche del 29 de Octubre de 1817, junto con su pequeño hermano de nombre Bibiano.

Con la complacencia del autócrata Sámano, y presidido por él, se reunió el Consejo de Guerra para juzgar a la Pola y a quince patriotas más. El proceso militar fue breve. Nuestra heroina se comportó ante sus verdugos con un valor y una nobleza extraordinarios, y a nadie comprometió; prefirió la muerte a la traición.

Además de Policarpa Salavarrieta fueron condenados a muerte: Alejo Sabaraín, José María Arcos, Francisco Arellano, Manuel Díaz, Jacobo Marufú, José Manuel Díaz, Antonio Galeano, y Joaquín Suárez, todos amigos y cómplices de la Pola.

Los claustros del Colegio del Rosario, donde tantos patriotas víctimas de la saña de Morillo habían pasado sus últimos momentos, sirvieron una vez más de capilla para las víctimas de Sámano, que cumplió en esta ocasión la crueldad de enviar al patíbulo a dos amantes.

Las últimas horas de la vida de Policarpa Sallavarrieta fueron oportunidad para que esta gloriosa mujer en plena juventud diera demostraciones de coraje, de altivez desafiadora ante sus victimarios. El General José Hilario López, a quien por irrisión de la suerte le tocó hacer de centinela, vió y oyó lo que hacía y decía la Pola en la antecámara de la muerte. Ante la insistencia de los religiosos que la acompañaban y la exhortaban a confesarse y aplacar su ira les dijo: "Déjenme ustedes desahogar de palabra mi furia contra estos tigres, ya que estoy en la impotencia de hacerlo de otro modo ¡Con qué gusto viera yo correr la sangre de estos monstruos de iniquidad! Pero ya llegará el día de la venganza, día grande en el cual se levantará del polvo este pueblo esclavizado, y arrancará las entrañas de sus crueles señores. No está muy distante la hora en que esto suceda. . . "

Los sacerdotes insistían para lograr moderación en la Pola, sin conseguir persuadirla. Su altivez rayó los lindes del valor, en momentos en que no le quedaba otra esperanza que la muerte. Esta singular mujer es un perenne ejemplo de amor a la causa republicana, y el temple de su alma en los últimos momentos de su vida es lámpara que arde en el altar de la Patria para orgullo de su sexo y de su raza.

El desfile fúnebre lo encabezaba la Pola, a cuyos lados iban dos frailes franciscanos. Al entrar en la plaza mayor, donde se habían levantado los nueve banquillos, exclamó: "Pueblo indolente: ¡Cuán diversa sería hoy vuestra suerte si conociéseis el precio de la libertad! Pero no es tarde. Ved que aunque mujer y joven, me sobra valor para sufrir la muerte y mil muertes más, y no olvidéis este ejemplo".

Al llegar la Pola al lugar que se le había destinado, el Oficial que mandaba la escolta quiso obligarla a que cabalgase en el banquillo, ya no debia ser fusilada por la espalda, y la heroina se expresó

así: "No es propio ni decente de una mujer semejante posición; pero sin montar daré la espalda, si esto es lo que se quiere". Medio arrodillada sobre el banquillo fue vendada y sujetada con cuerdas, lo mismo que sus ocho compañeros.

El 14 de Noviembre de 1817, cuando el redoble general de los tambores de guerra llenó los ámbitos de la plaza de Santa Fé de Bogotá, "seis balazos arrancaron la vida y eternizaron la memoria de Policarpa Salavarrieta", la guapa y arrogante joven cuya cálida y fecunda sangre fructificó bien pronto en bienes para la causa de la independencia americana.

Los cadáveres de los nueve sacrificados aquel día fueron recogidos por el Monte de Piedad y sepultados en la iglesia de La Veracruz, Panteón nacional que guarda las cenizas de tantos próceres inmolados por amor a la libertad de su Patria.

Joaquín Monsalve, Oficial republicano natural de Bogotá y quien se hallaba prisionero por la causa de la libertad en la fecha del fusilamiento de Policarpa Salavarrieta, hizo el famoso anagrama en honor de la heroina: Yace por salvar la Patria.

La República ha honrado la memoria de la Pola: fue erigida en la plaza de Guaduas, su tierra nativa, una estatua de bronce, y otra en el barrio de Las Aguas, de Bogotá. La Patria toda guarda su memoria y la señala con orgullo como cifra del heroismo que dignifica a la humanidad.

En esta tierra nuestra, un ejemplo como el de Policarpa Salavarrieta debe mantenerse y presentarse a la juventud como fuerza creadora de virtudes que hacen grandes y nobles a los pueblos, porque su sacrificio fue símbolo de un ideal que está por sobre todos los valores cívicos: el amor a la Patria, una Patria libre y soberana.

Norberto Solano Lozano

Bolívar - Poeta

ACASO el distintivo más característico de la grandeza de los hombres es la variedad de las facultades que constituyen su genio. De esta variedad constituyen principalmente sus más insignes cualidades, así como sus defectos; sus virtudes eximias y sus debilidades; porque de la combinación de facultades diversas, que todo lo abarcan, resultan de ordinario, tanto en la mente misma y en el temperamento como en el carácter, contrastes que considerados desde un punto de vista, son armonías, y desde ótro, son desinencias y aún contradicciones.

Si en los hombres ilustres, que sólo brillan por el ingenio casi constantemente la variedad de facultades eminentes y la tendencia de su espíritu y y sus esfuerzos hacia la universalidad, más patente aún es tan admirable disposición en los hombres que, destinados a representar un papel sobresaliente en el

Bolívar - Poeta

ACASO el distintivo más característico de la grandeza de los hombres es la variedad de las facultades que constituyen su genio. De esta variedad constituyen principalmente sus más insignes cualidades, así como sus defectos; sus virtudes eximias y sus debilidades; porque de la combinación de facultades diversas, que todo lo abarcan, resultan de ordinario, tanto en la mente misma y en el temperamento como en el carácter, contrastes que considerados desde un punto de vista, son armonías, y desde ótro, son desinencias y aún contradicciones.

Si en los hombres ilustres, que sólo brillan por el ingenio casi constantemente la variedad de facultades eminentes y la tendencia de su espíritu y y sus esfuerzos hacia la universalidad, más patente aún es tan admirable disposición en los hombres que, destinados a representar un papel sobresaliente en el

drama de la política, nacen con fuertes instintos de dominación.

Estos necesitan, para imponer su autoridad moral en el movimiento de las sociedades y dominar los acontecimientos, conocer a fondo —y no por experiencia sino por instinto— el corazón humano; y este conocimiento instintivo con que nace el genio político, es precisamente la mayor fuerza de quien lo posee, porque para guiar sus actos no necesita tanto del saber adquirido con el estudio, cuanto de aquella visión profunda y perspicaz que Dios concede a las almas dotadas de muy diversas y poderosas facultades.

No es menester que se haga minucioso estudio del tipo y de la vida del Libertador para advertir en su espíritu, su temperamento y su genio, el rasgo característico indicado. En todos sus discursos y proclamas, manifiestos y escritos públicos, así como en su correspondencia privada, se hallan frecuentes y oportunas alusiones históricas, ya a los Clásicos de la antigüedad, ya a los más grandes hombres del Estado, que pone de minifiesto su inclinación admirativa a la Historia y su íntimo anhelo de imitar, aún siendo siemper original y nuevo, las eminentes virtudes encaminadas por los Plutarcos y los Tácitos.

La grande originalidad de Bolívar consistió en que él fue una incomparable combinación de caudillo americano y héroe griego y romano, con no pocas facultades napoleónicas.

Su genio fue esencialmente militar, formado por las tempetsades y viscisitudes de la lucha y el fragor de las batallas, no por eso alcanzó a ofuscar en la gloria del triunfo ni en las amarguras de la derrota, al genio político que le acompañaba, que armonizaba con el del guerrero y le completaba. Ni el gran Capitán excluía a la visión constante del hombre de Estado, ni éste perturbaba por un instante siquiera las atrevidas concepciones del caudillo militar.

Si en Bolívar parecían predominar constantemente el Jefe de vastas operaciones militares y el hombre de Estado o de gobierno, en todos los documentos oficiales y cartas que dictó —siempre con asombrosa fecundidad, prontitud y diversidad—, sobresalieron al propio tiempo que aquellas dotes primordiales las de un escritor de primer orden. Jamás le faltaron oportunos recursos para expresar grandes pensamientos, con una elocuencia que sabía aliar la propiedad de la dicción a la severidad de las ideas y de la nobleza de las formas.

Era proverbial la facilidad que tenía el Libertador para apoderarse, al pedir informes a cualesquier subalternos, servidores públicos o ciudadanos, de la sustancia de los hechos, iba organizando el gobierno y la administración por dondequiera que pasaba.

Como orador ardiente y persuasivo, nadie ha superado a Bolívar en el Nuevo Mundo, y fué superior a todos los grandes hombres de su clase. Ni Jenofonte ni Alejandro, ni Aníbal ni César, ni Carlomagno ni Carlos V, ni Napoleón ni Washington, ni capitán alguno de los tiempos antiguos y modernos se dirigió jamás a sus ejércitos, o a los pueblos, o a sus adversarios, en un lenguaje tan grandilocuente como el que Bolívar supo emplear en sus proclamas y discursos. El grande orador que había en él era tan natural y espontáneo como el gran escritor, y ora hablase en los campamentos, antes o después de las batallas, ora se dirigiese a los Congresos o a los pueblos desde el solio presidencial, su lenguaje seducía, conmovía, arrebataba y comunicaba fuertemente el sentimiento de que él mismo estaba poseído.

Pero acaso la faz más simpática y seductiva del Libertador, era la que mostraba al revelar con entera espontaneidad la emoción poderosamente poética con que palpitaba su grande alma. Acaso el poeta era superior en él al militar, al hombre político y de Estado, y sus instintos poéticos eran el secreto de la

elegancia de sus escritos y de su ardiente elocuencia de orador de las batallas.

Desde luego, todo en la vida juvenil y educación de Bolívar le predisponía a las altas inspiraciones de la poesía, y todo en su persona tenía el sello de lo escultural y heroico. Su figura era de aquellas que nacen para ser vaciadas en bronce, y todas las líneas de su severo rostro, iluminado por la luz interior que se difundía con la mirada, eran propias para la estatuaria que busca su inspiración en el mundo de los héroes.

La frente vasta, abombada, pensativa, protuberante en la alta región que da asiento a la imaginación, deprimida en las sienes, y con entradas anchas y profundas que invadían la parte central del cráneo; las cejas finas y fuertemente arqueadas; los ojos vivos, fulgurantes en sus hondas cuencas, dominadores y penetrantes como dardos; los pómulos salientes, en armonía con la barba, y las quijadas vigorosamente delineadas; la nariz recta, delgada y de perfil enteramente griego; la boca fina, nerviosa, expresiva y de severas líneas; el cuello delgado y siempre erguido; ¡todo en la cabeza y el rostro del Libertador denotaba el pensamiento levantado, la resolución, la fuerte voluntad y los caracteres propios de un alma nacida para la lucha, el peligro y el mando!

Pero también sus actitudes predilectas y los elementos de su vida tenían el sello de la eminente poesía. Con su apostura enteramente marcial, si montaba su brindón en las grandes paradas o en los campos de batalla, armonizaba su actitud escultural, si de pie, con la mirada levantada hacia el cielo o al solio, cruzaba los brazos sobre el pecho, o detrás de la espalda, cual si quisiera presentar el busto a la admiración de un estatuario.

Todo en su juventud debía predisponerle a la emoción poética. Las peñascosas cumbres del Avila, desde las cuales se alcanza a contemplar la solemne

majestad del océano; el ameno valle del Guaire, que recibe de las faldas de la serranía las graciosas Caracas, esparcidas como flores que se derraman de una canastilla; las elegantes plantaciones de cafetos y cacaotales de los valles de Aragua y del Tuy, sombreados por altas bóvedas de espeso follaje formadas por cedros, anaucos y otros árboles gigantescos; las vastísimas llanuras y las revueltas serranías de Venezuela, donde todo es oriental por el aspecto, las razas humanas, los instintos, las costumbres, las tradiciones y las tendencias populares; todo en aquellas regiones de la luz, del viento y de las grandes ondas prepara las almas a desarrollarse y vivir agitadas por las fecundas emociones de la poesía.

Después de formarse su rica imaginación al calor de las patrias impresiones, Bolívar halla para agitar y exaltar su sentimiento poético, nuevos incentivos en su casual viaje por Méjico, país de grandiosa hermosura natural; en sus excursiones por Francia, Suiza, Italia y España, donde todo le sorprende y encanta; en su matrimonio obra del primero y único amor, contraído a la edad de diez y ocho años, que en breve se torna en juvenil viudez, y en el prodigioso espectáculo de la revolución francesa y del Imperio napoleónico.

Nada más poético y propio para exaltar la imaginación que el ascendimiento fabuloso de aquel advenedizo del genio que, saliendo como una esfinge de la oscuridad de la Córcega, comienza a cañonear a la Gran Bretaña desde Tolón, poniendo de manifiesto su destreza de artillero, y sucesivamente pasa por Marengo y Arcola, conquista las pirámides de Egipto, hacia el 18 de Brumario se impone como el gobernante de Francia, emprende la guerra continental más atrevida, se ciñe la corona de César y Carlomagno, vence a poderoso monarca en Austerlitz y Freidland, dicta la ley a casi todos los pueblos y los reyes, y

pasea por toda la Europa la bandera tricolor de la revolución, exornada con las águilas imperiales de un nuevo cesarismo!

Bolívar, en todas sus situaciones críticas o solemnes, es poeta; no conoce las reglas de la métrica, ni sabe ni pretende jamás componer una estrofa, pero sus actos son poemas. Su audaz expedición de Los Cayos, es poesía del patriotismo que espera sacarlo todo de la nada. Su generosa retirada de Guiria, cediendo el campo a dos rivales que le son muy inferiores, tiene la sublime poesía de la abnegación y del sacrificio. Sus decretos que súbitamente suprimen la esclavitud de la raza etiópica, son poéticos arranques de filantropía revolucionaria. Su primer sitio de Angostura, y su profética previsión en el conflicto de Casacoima, son la poesía de la agresión que intimida y desconcierta, y de la visión lejana que todo lo abarca a través de inmensos y desconocidos horizontes. Su inspiración maravillosa de la campaña de 1819 sobre Cundinamarca, coronada con la eterna gloria de Boyacá, contiene toda la poesía del arrojo y de lo gigantesco en la concepción estratégica. Su idea del Congreso de Angostura, en medio de la lucha, para dar forma y apariencia o germen de vida a Colombia, es la poesía en el gobierno revolucionario, o de la política vuelta gran poema. Su anhelo, concebido en el delta del Orinoco, en el momento más crítico posible, de escalar un día, como lo hizo siete años después las cumbres de los Andes peruanos, arrollando todas las fuerzas de la metrópoli enemiga, es el colmo de lo titánico y formidable, ¡es la poesía de la guerra! Su salto heroico, tan innecesario como imprudentemente sublime, sobre la piedra saliente, en punto donde va a desplomarse la catarata del Tequendama, es un poético desafío hecho al peligro, que parece decir al pavoroso abismo: "¡Soy tan colosal, que no temo tu fascinación; pero si yo sucumbiera aquí, tendría en tu grandeza tumba digna

de mí, y de tu gloria, que es la de la naturaleza, se añadiría la mía, que es la de la humanidad!". Por último su constante empeño en la formación y el mantenimiento de Colombia es todo un poema; y su grandiosa idea del Congreso continental de Panamá, es la poesía aplicada a la diplomacia.

En todas las proclamas del Libertador brota a raudales la poesía, y su elocuencia tiene de ordinario la opulencia de las más valientes imágenes y el acento y brillo terrible de las tempestades. Su cabeza es una fragua donde se forja a todas horas el rayo de la revolución; su horizonte se confunde siempre con lo infinito del cielo y de la gloria; ¡y en su patriotismo todos los ímpetus son de soberana poesía, porque son de soberana grandeza!

Echese de ver que Bolívar se siente de talla excepcional; de la talla de un hombre Chimborazo. Quiere tener siempre tamaño y vida de coloso andino, identificando su humanidad con la naturaleza americana; la grandeza del Chimborazo, que asombra; la actividad volcánica del Cotopaxi, que aterra; la fulguración del Tolima, que embelesa con su elegencia y limpidez; la fecundidad del Orinoco y del Magdalena, la prodigiosa variedad de los Andes, donde la vida y la hermosura brotan y rebosan a torrentes; ¡y los robustos brazos del Itsmo de Panamá, para extenderlos sobre ambos océanos y abarcar todo el Continente americano!

¡ Y qué caudal de fé! ¡De aquella fé profunda, inquebrantable, que es siempre compañera de la inspiración poética! Su gran palabra de Pativilca —"¡Triunfar!"— es el poema de la esperanza indomable, de la confianza en la gloria. Hay no sé qué de sublime orientalismo poético en aquel regalo de un millón de pesos hecho a la ciudad de Caracas con la misma regia donación del Perú; y en todos los actos de desprendimiento del Libertador hasta su

muerte en la pobreza, se pone de manifiesto la poesía de la generosidad.

¿Por qué se detiene tanto en el Perú, sobre todo en Lima, donde, junto con el placer, se le prodiga el desengaño con la traición de unos, la ingratitud y la perfidia de otros? Porque allí, sobre las cordilleras, está la tradición del Imperio de los Incas y de las fabulosas conquistas de Pizarro y Almagro; porque allí, ciñendo una costa de arenales que componen la Siria de la América; se dilata el Océano Pacífico en toda su inmensidad esplendorosa; y porque allí está Lima con toda su seducción andaluza, con su clima deliciosamente enervante, sus encantos femeninos y su lujo cortesano, tan deslumbrador como grandioso. ¡Todo aquello es poesía que entusiasma y seduce, o embelesa y embriaga!

¿Por qué al acercarse el fin de la titánica jornada de veinte años —un verdadero siglo de luchas y de glorias, de grandezas y desengaños—, el insigne patriota se detiene en los ardientes arenales de nuestras playas del Atlántico? ¡Ah!, es porque allá le llega, sobre las sombrías alas del viento del infortunio nacional, un grito de muerte que anuncia la consumación del segundo de los grandes crímenes históricos ¡Sucre ha sido sacrificado, y Bolívar, que le amaba como hermano en grandeza, y amaba a Colombia con amor de poeta heroico y amor de padre, siente que al cavarse la solitaria fosa de Berruecos, ha comenzado a derrumbarse el monumento edificado con la sangre y los huesos de la Patria, desde la magnífica mañana de Araure hasta la mitológica tarde de Ayacucho!

¡Es también porque allí está Cartagena, la ciudad heroica y poética por excelencia, cuna de nuestra civilización colonial y sepulcro de inolvidables miles de patriotas! ¡Es porque allí rugen contra las rocas de los últimos escalones de los Andes, las ondas tumultuosas del océano que nos enlaza con el Viejo

Mundo, y sobre todo con España! ¡Es, en fin, por que allí brillan delante del líquido, inmenso abismo, los lomos y las cúpulas de eterno hielo con que la Sierra Nevada anuncia al otro mundo la majestad del Mundo Americano.

Por eso el poeta-Titán, como saludando en su propia agonía la cuna que le dió la Providencia, oculta allá, detrás de los peñascos del Avila monumental, escoge sobre la arena del Manzanares el lugar de su tumba; ¡y allí, cisne inmortal de la fábula de la gloria de un Continente, exhala en su testamento, que tiene la profunda poesía de la muerte, el último canto de su corazón-arpa de imperecederas vibraciones que había concentrado en sus armonías toda la poesía de las más grandes almas!

José María Samper

Crítica al canto a Junín

Cuzco 27 de Junio de 1825

Señor José Joaquín Olmedo
Querido amigo:

HACE muy pocos días que recibí en el camino dos cartas de Ud. y un poema: las cartas son de un político y un poeta, pero el poema es de un Apolo. Todos los calores de la zona tórrida, todos los fuegos de Junín y Ayacucho, todos los rayos del Padre de Manco Cápac, no han producido jamás una inflamación más intensa en la mente de un mortal. Ud. dispara. . . donde no se ha disparado un tiro; Ud. abrasa la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles que no rodó jamás en Junín; Ud. se hace dueño de todos los personajes: de mí, forma un Júpiter; de Sucre un Marte; de La Mar un Agamenón y un Menelao; de

Córdoba un Aquiles; de Necochea un Patroclo y un Ayax; de Miller un Diómedes, y de Lara un Ulises. Todos tenemos nuestra sombra divina o heroica que nos cubre con sus alas de protección como ángeles guardianes. Ud. nos hace a su modo poético y fantástico; y para continuar en el país de la poesía la ficción de su fábula, Ud. nos eleva con su deidad mentirosa, como la águila de Júpiter levantó a los cielos a la tortuga para dejarla caer sobre una roca que le rompiese sus miembros rastreros: Ud., pues, nos ha sublimado tanto, que nos ha precipitado al abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de luces, el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes. Así, amigo mío, Ud. nos ha pulverizado con los rayos de su Júpiter, con la espada de su Marte, con el cetro de su Agamenón, con la lanza de su Aquiles, y con la sabiduría de su Ulises. Si yo no fuese tan bueno y Ud. no fuese tan poeta, me avanzaría a creer que Ud. había querido hacer una parodia de la Ilíada con los héroes de nuestra pobre farsa. Mas no, no lo creo. Ud. es poeta y sabe bien, tanto como Bonaparte, que de lo heroico a lo ridículo no hay más que un paso, y que Manolo y el Cid son hermanos, aunque hijos de distintos padres. Un americano leerá el poema de Ud. como un canto de Homero; y un español lo leerá como un canto del "Facistol" de Boileau.

Por todo doy a Ud. las gracias penetrado de una gratitud sin límites.

Yo no dudo que Ud. llenará dignamente su comisión a Inglaterra; tanto lo he creído, que habiendo echado la faz sobre todo el Imperio del Sol, no encontré un diplomático que fuese capaz de representar y negociar por el Perú más ventajosamente que Ud. Uní a Ud. un matemático, porque no fuese que llevado Ud. de la verdad poética, creyesen que dos y dos forman cuatro mil; pero nuestro Euclides ha ido a abrirle los ojos a nuestro

Homero, para que no vea con su imaginación sino con sus miembros, y para que no le permita que lo encanten con armonías y metros, y abra los oídos solamente a la prosa tosca, dura y despellejadora de los políticos y de los republicanos.

He llegado ayer al país clásico del Sol, de los Incas, de la fábula y de la historia. Aquí el sol verdadero es el oro; los Incas son los virreyes o prefectos; la fábula es la historia de Garcilaso; la historia la relación de la destrucción de los Indios por Las Casas. Abstracción hecha de toda poesía, todo me recuerda altas ideas, pensamientos profundos; mi alma está embelesada con la presencia de la primitiva naturaleza, desarrollada por sí misma, dando creaciones de sus propios elementos por el modelo de sus inspiraciones íntimas, sin mezcla alguna de las obras extrañas, de los consejos ajenos, de los caprichos de espíritu humano, ni el contagio de la historia de los crímenes y de los absurdos de nuestra especie. Manco Cápac, Adán de los Indios salió de su Paraíso titicaco y formó una sociedad histórica sin mezcla de fábula sagrada o profana. . .

Dios lo hizo hombre; él hizo su reino, y la historia ha dicho la verdad; porque los monumentos de piedra, y las vías grandes y rectas, las costumbres inocentes y la tradición genuina, nos hacen testigos de una creación social de que no tenemos ni idea ni modelo ni copia. El Perú es original en los fastos de los hombres. Esto me parece, porque estoy presente, y me parece evidente todo lo que, con más o menos poesía, acabo de decir a Ud.

Tenga Ud. la bondad de presentar esta carta al señor Paredes y ofrezco a Ud. las sinceras expresiones de mi amistad.

BOLIVAR

Cuzco, 12 de Julio de 1825

Señor don José Joaquín Olmedo
Mi querido amigo:

Anteayer recibí una carta de Ud. de 15 de Mayo, que no puedo menos de llamar extraordinaria, porque Ud. se toma la libertad de hacerme poeta sin yo saberlo, ni haber pedido mi consentimiento. Como todo poeta es temoso, Ud. se ha empeñado en suponerme sus gustos y talentos. Ya que Ud. ha hecho su gasto y tomado su pena, haré como aquel paisano a quien hicieron Rey en una comedia y decía: "ya que soy Rey, haré justicia". No se queje Ud. pues, de mis fallos, pues como no conozco el oficio daré palos de ciego por imitar al Rey de la comedia que no dejaba títere con gorra que no mandase preso. Entremos en materia.

He oído decir que un tal Horacio escribió a los Pisones una carta muy severa, en la que castigaba con dureza las composiciones métricas, y su imitador, M. Boileau, me ha enseñado unos cuantos preceptos para que un hombre sin medida pueda dividir y tronchar a cualquiera que hable muy mesuradamente en tono melodioso y rítmico.

Empezaré usando de una falta oratoria pues no me gusta entrar alabando para salir mordiendo: dejaré mis panegíricos para el fin de la obra, que, en mi opinión, los merece bien, y prepárese Ud. para oír inmensas verdades, o, por mejor decir, verdades prosaicas, pues Ud. sabe muy bien que un poeta mide la verdad de un modo diferente de nosotros los hombres de prosa. Seguiré a mis maestros.

Ud. debió haber borrado muchos versos que yo encuentro prosaicos y vulgares: o yo no tengo oído musical, o son. . . renglones oratorios. Páseme Ud. el atrevimiento; pero Ud. me ha dado este poema y yo puedo hacer de él cera y pabilo.

Después de esto, Ud. debió haber dejado este canto reposar como el vino en fermentación para encontrarlo frío, gustarlo y apreciarlo. La precipitación es un gran delito en un poeta. Racine gastaba dos años en hacer menos versos que Ud., y por eso es el más puro versificador de los tiempos modernos. El plan del poema, aunque en realidad es bueno tiene un defecto capital en su diseño.

Ud. ha trazado un cuadro muy pequeño para colocar dentro un coloso que ocupa todo el ámbito y cubre con su sombra a los demás personajes. El Inca Huaynacápac parece que es el asunto del poema: él es el genio, él la sabiduría, él es el héroe, en fin. Por otra parte, no parece propio que alabe indirectamente la religión que le destruyó; y menos parece propio aún que no quiera el restablecimiento de su trono por dar preferencia a extranjeros intrusos que, aunque vengadores de su sangre, siempre son descendientes de los que aniquilaron su imperio; este desprendimiento no se lo pasa a Ud. nadie. La naturaleza debe presidir a todas las reglas, y esto no está en la naturaleza. También me permitirá Ud. que le observe que este genio Inca, que debía ser más leve que el éter, pues que viene del cielo, se muestra un poco hablador y embrollón, lo que no le han perdonado los poetas al buen Enrique en su arenga a la reina Isabel, y ya Ud. sabe que Voltaire tenía sus títulos a la indulgencia, y, sin embargo, no escapó de la crítica.

La introducción del canto es rimbombante: es el rayo de Júpiter que parte a la tierra a atronar a los Andes que deben sufrir la sin igual hazaña de Junín. Aquí de un precepto de Boileau, que alaba la modestia con que empieza Homero su divina Ilíada; promete poco y da mucho. Los valles y la Sierra proclaman a la tierra: el sonsonete no es lindo; y los soldados proclaman al General, pues que los valles y la sierra son los muy humildes servidores de la tierra.

La estrofa 360 tiene visos de prosa: yo no sé si me equivoco; y si tengo culpa, ¿para qué me ha hecho Ud. Rey?

Citemos, para que no haya disputa, por ejemplo, el verso 720:

Que al Magdalena y al Rimac bullicioso. . .
Y este otro, 750:
Del triunfo que prepara glorioso. . .

Y otros que no cito por no parecer riguroso e ingrato con quién me canta.

La torre de San Pablo será el Pindo de Ud. y el caudaloso Támesis se convertirá en Helicona: allí encontrará Ud. su canto lleno de esplin, y consultando la sombra de Milton hará una bella aplicación de sus diablos a nosotros. Con la sombra de muchos otros ínclitos poetas, Ud. se hallará mejor inspirado que por el Inca, que, a la verdad no sabría cantar más que yaravís. Pope, el poeta del culto de Ud., le dará algunas lecciones para que corrija ciertas caídas de que no pudo escaparse ni el mismo Homero. Ud. me perdonará que me meta tras de Horacio para dar mis oráculos: este criticón se indignaba de que durmiese el autor de la Ilíada, y Ud. sabe muy bien que Virgilio estaba arrepentido de haber hecho una hija tan divina como la Eneida después de nueve a diez años de estarla engendrando; así, amigo mío, lima y más lima para pulir las obras de los hombres. Ya veo tierra; termino mi crítica, o mejor diré mis palos de ciego.

Confieso a Ud. humildemente que la versificación de su poema me parece sublime: un genio lo errebató a Ud. a los cielos. U. conserva la mayor parte del canto un calor vivificante y continuo; algunas de las inspiraciones son originales; los pensamientos nobles y hermosos; el rayo que el héroe de Ud. presta a Sucre es superior a la cesión de las armas que hizo

Aquiles a Patroclo. La estrofa 130 es bellísima: oigo rodar los torbellinos y veo arder los ejes: aquello es griego, es homérico. En la presentación de Bolívar en Junín se ve, aunque de perfil, el momento antes de acometerse Turno y Eneas. La parte que Ud. da a Sucre es guerrera y grande. Y cuando habla de La Mar, me acuerdo de Homero cantando a su amigo Mentor: aunque los carácteres son diferentes, el caso es semejante; y, por otra parte, ¿no será La Mar un Mentor guerrero?

Permítame Ud., querido amigo, le pregunte ¿de dónde sacó Ud. tanto estro para mantener un canto tan bien sostenido desde su principio hasta el fin? El término de la batalla da la victoria, y Ud. la ha ganado porque ha finalizado su poema con dulces versos, altas ideas y pensamientos filosóficos. Su vuelta de Ud. al campo es pindárica y a mí me ha gustado tanto que la llamaría divina.

Siga Ud., mi querido poeta, la hermosa carrera que le han abierto las musas con la traducción de Pope y el canto a Bolívar.

Perdón, perdón, amigo; la culpa es de Ud. que me metió a poeta.

Su amigo de corazón.

BOLIVAR

Cronistas españoles de la conquista americana

Fray Bartolomé de las Casas

José Clemente Bognoli

CASTILLA destrozó el secreto milenario y, desde el 12 de Octubre de 1492, surgieron tierras nuevas en América, bajo una sucesión portentosa de descubrimientos, que fué luego ganando extensión territorial y marítima, hasta alcanzar dimensiones continentales. De este modo, le tocó a la gran Isabel de Castilla, la: "**mujer de gran coracón y consejo**", tornear con sus manos de reina, la esfericidad del Planeta.

Pero, con ser tantas y tan ricas las nuevas posesiones, no constituyeron éllas, para el Reino Castellano, la regalía más valiosa derivada del Descubrimiento; fueron dos hechos de estricto valor moral, los que han dado vigencia perpetua y espiritual, —al margen de las contingencias del tiempo—, a la Corona de Castilla en América: la incorporación de la raza aborigen americana a la unidad universal de la especie humana; y, la iniciación en el orden práctico y del pensamiento, de una etapa enteramente nueva en la historia de los Derechos Humanos.

La raza india había vivido, hasta entonces, segregada de sus congéneres, con la inevitable consecuencia de una vida irredenta en cuanto a los derechos que amparaban al hombre civilizado. El 12 de Octubre es, preponderantemente eso: el electrizante espectáculo de la fusión de las razas en la unidad humana y en la ciencia del Derecho; es un amanecer distinto de todas las alboradas que había presenciado el hombre desde la Creación.

Mas, un suceso tan profundo, tenía que producir hondas convulsiones en el pensamiento clásico, rector antiguo del modo de vivir y de pensar de la sociedad europea. Estas convulsiones intelectuales tuvieron su manifestación en las intentísimas controversias teológicas, jurídicas, filosóficas y canónicas que caracterizaron la época del Descubrimiento de América.

Es justo exceptuar de estas luchas intelectuales al pensamiento de Isabel; intuitivamente, con esa asombrosa sensibilidad de su espíritu superior, la Madre de América identificó al indio americano con el derecho del hombre de todas las razas conocidas y, al asignarle igualdad espiritual, en el tronco común del género humano: el Padre Celestial le concedió también igualdad jurídica ante la ley. Como testimonio del rango que el indio de América había

adquirido en el corazón de la Reina, ahí está su terminante orden a Colón, mandándole devolver a América todos los indios que, arrancados de sus hogares naturales, habían sido trasladados a España; y, ahí también su Codicilio, dictado en agonía, por el que transforma al hombre primitivo de América en el hijo Benjamín de su Corona.

Hecha la salvedad del pensamiento isabelino, el fuego polémico invadió los cerebros de magníficos pensadores de la época y, el tema del indio americano y los derechos que le podían asistir como miembro integrante de la especie humana, penetró con pasión en las aulas universitarias, se convirtió en el motivo candente de los Reyes y, hasta llegó a enagenar las preocupaciones del mismo Pontificado romano.

Así el problema, ocurrió lo de siempre: cuando en el mundo asoman las grandes ideas, esas ideas superiores que por su propia fuerza y contenido, se transforman, éllas solas, en verdaderos ideales colectivos, afloran del seno social, almas selectas que, arrastradas por la corriente espiritual de "la causa", se entregan a élla con todo el poder de sus energías humanas y mentales. El tema del indio cayó bajo esta ley de todos los tiempos y, junto a un Sepúlveda, minimizador del hombre primitivo de América, surgió otra figura cargada de ira y de razones, que con voz de trueno, anatematizó con el fuego eterno de las postrimerías, a los ofensores intelectuales y materiales, del aborigen del Nuevo Mundo: FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS.

Para comprender la posición cáustica de LAS CASAS en su defensa indígena, no debe verse solamente la fuerza ambiental de los debates y controversias; hubo sí inducción de la atmósfera intelectual de esos días, pero, el agresivo apostolado a que se entregó, tuvo dos elementos más: había presenciado con sus propios ojos la tragedia americana; y, era un andaluz total.

A nadie escapa la fuerza de impresión que adquieren en el alma, los sucesos presenciales; el testimonio, no ya del cuerpo sino de las facultades superiores del hombre, agradadas o desagradas frente a un hecho, es un testimonio impreso y hondo con un grafismo psicológico, que termina imponiendo la conducta personal, por captación total de la voluntad; y, el alma andaluza, con trama mudéjar engastada en cristianismo, dueña del cielo más azul de Europa, que cultiva el Arte y se deshoja en jardines de claveles, es una alma sensibilísima, extraordinariamente emocional. Suya es una finura exclusiva e intensa para sentir y vivir todo lo humano, sea la tragedia gitana bajo el puente del Guadalquivir, como para elevarse hasta el estado místico que alcanza a tutear a Dios.

Y, para completar la fuerza casi geológica de esta alma, hubo un hecho contrario que, a la postre, resultó fuerza positiva: Las Casas no empezó de Apóstol de los Indios; empezó de encomendero vulgar, como todos. Inclusive, de estudiante en Salamanca, tuvo la vanidad o el exhibicionismo de presentarse en las aulas llevando un indio americano, de los trasladados a España por Colón, a modo de esclavo o de siervo.

Pero, Las Casas en América, **se emocionó, presenciando la tragedia indígena**, en tal grado que llegó a conmover todas sus facultades de hombre; con frase hiperbólica, diríamos que: se le arrugó de dolor el corazón. Su sinceridad fue tan efectiva que no pudo seguir siendo lo que era; repartió sus tierras, liberó sus indios y abrazó el estado sacerdotal, para incorporarse luego a la Orden Dominicana, rectora por aquellos tiempos de la espiritualidad, inspiradora de Reyes y legislaciones y ¡Magister Dixit!, en las aulas universitarias.

Las Casas fue el primer sacerdote consagrado en América india; jamás el neófito americano había

presenciado una Primera Misa y, quizá, nunca neosacerdote alguno de este Continente, podrá decir con más derecho en el Introito: "**A Dios que alegra mi juventud**".

Bajo este proceso tan espectacular, la vocación apostólica de Las Casas en favor del indio, resultó tan milagrosa como la conversión del judío Saulo a favor del Cristianismo.

Luego vino el choque inevitable entre el ex-encomendero y el encomendero empedernido. Las Casas se interpuso entre las dos razas, en franca protección del indio. El encomendero pretendía sostener la categoría inferior del indígena y conservarlo como agente de su riqueza económica; quería usufructuar de él hasta la crueldad, en mérito de una hipócrita promesa de evangelización; en cambio, Las Casas, con tesis de Religión y de Jurisprudencia, buscaba articular en los valores universales de la Fe y de la Cultura, a ese ser nuevo entre las razas humanas, pero con identidad de derechos. Los quehaceres distintos del encomendero y del Apóstol, tenían que estallar en contraposiciones. Nada arredró a Las Casas: el soldado, el encomendero, las autoridades, el rico y el mismo Monarca, tuvieron que soportar la terrible fuerza de su palabra acusadora. Vivió batallando por sus indios y conoció, como sacerdote y como obispo, toda la crueldad humana, inclusive la injuria y la calumnia; solamente su sotana pudo salvarlo del asesinato saboreado en el paladar encomendero. Hasta ahora se le denigra como mal español, causante de la Leyenda Negra. Las Casas, hijo de esa España de rebeldes, de santos y de capitanes que, frente a la Verdad o a la Justicia, no conocieron el terror, ni siquiera el disimulo, salvó el crédito histórico de España en América, porque, aunque exagerando el tono de la voz, Las Casas con prodigiosa oportunidad divulgó acciones españolas que ya no pueden enrostrar los extranjeros; les ganó

la delantera e impidió con su vigor y obra un capítulo de ignominia y genocidio tan probable, como efectiva fué la impotencia de Carlos V. en frenar posteriores desmanes en América del Sur.

Hasta aquí el recorrido meteórico de una vida que exige un torrente millonario de papel para lo biográfico; veamos ahora al Padre Las Casas, como cronista de la conquista americana. Las Casas tiene un valor singular por encima de la multitud de cronistas: no sólo narró los hechos, sino que, además, transcribió documentos preciosísimos sobre América, cuyo contenido jamás hubiera conocido la Historia, si la pluma de Las Casas, no los hubiese copiado a tiempo. La correspondencia y detalles de la cartografía de Pablo del Pozzo Toscanelli, del año 1474, que tanto sirvieron a Colón para su hazaña de 1492, transcritas por Las Casas, en 1559, en su "**HISTORIA DE LAS INDIAS**", es una imponderable suerte para la investigación moderna; también la transcripción de las Capitulaciones con Colón, del 17 de Abril de 1492, es otro paso feliz, en materia documental, del Protector de los Indios; y, un extracto del famoso y decisivo sermón predicado en la isla de Santo Domingo, por el Padre Fray Antonio Montesino sobre: "**La voz que clama en el desierto**", sermón foetazo sobre la concienica de los encomenderos.

Como cronista escribió; "**HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS**", escrito en el que se describe hasta con minuciosidad, la vida de América desde el mismo instante de su Descubrimiento, hasta el año de 1520. Comenzó esta crónica el P. Las Casas en 1527 y la terminó en 1561, habiendo padecido en este lapso grandes sufrimientos que, indudablemente, retardaron la terminación de élla. Su prudencia encomendó al convento de San Gregorio, de Valladolid, que no se publicase sino cuarenta años después, lo cual no se logró, totalmente; "BREVISIMA RELACION DE LA

DESTRUCCION DE LAS INDIAS", aparecido en Sevilla, en 1552 y traducido a varias lenguas europeas. Este es el escrito que encrespó un oleaje de pasiones contra el Protector y que sigue siendo tema polémico en la investigación moderna. También escribió e imprimió: "**TREINTA PROPOSICIONES JURIDICAS**", sobre el señorío de Castilla en Indias; "**DISPUTA O CONTROVERSIA**", contra las afirmaciones de Juan Ginés Sepúlveda, que creía en la licitud de las conquistas contra los indios; hechos esclavos; REPRESENTACION hecha en 1542, al Emperador, proponiendo: "**diez y seis remedios para la reformación de las Indias**"; carta atribuída a Las Casas, disputando sobre el proyecto del Gobierno de declarar perpetuas las encomiendas de América; **Tratado** acerca de si los Reyes tienen derecho a enagenar sus vasallos y pueblos. Han quedado inéditas algunas obras del Padre Las Casas, todas sobre temas americanos o defensas del aborigen. Igualmente existen otras publicadas que no se encuentran mencionadas en este repaso de sus obras.

FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS, consumió su pluma y su voz, su existencia y su sacerdocio, en favor del hombre primitivo de América.

Flor de los Andes

Por Juan León Mera

IS aficiones de turista y de pintor de paisajes, me han traído y llevado acaso por todo el territorio del País: a pie o a caballo, solo o acompañado; tan pronto he recorrido las regiones bajas del Oriente y el Occidente, como las mesetas interandinas y las alturas de los páramos, y los nevados.

Una vez (hace ya de esto la friolera de veinte años), me encontraba en las faldas del Chimborazo, en excursión semi-científica y semi-artística; pues a la vez que tomaba fotografías, croquis y apuntes del natural, herborizaba por encargo de un amigo gran aficionado a la Botánica, y buscaba con afán de arqueólogo los restos del adoratorio que la tradición asegura haber erigido los Puruhaes al nevado, que fue una de sus divinidades, en sus mismas faldas.

Ya en una parte, ya en ótra, con buen tiempo a veces y pésimo las más; en compañía de un y de un paje, con nuestra tolda de campaña y todo lo necesario para pasarlo menos mal en tan desiertas e inhospitalarias regiones, hacía ya más de una semana que llevábamos una vida nómade y semisalvaje.

Una tarde acampamos en el lugar llamado Abras-pungo, situado al noroeste del Chimborazo, al principio del amplio y pintoresco valle que lo separa del Cariguairazo. Habíamos alzado nuestra tienda muy cerca de la cabaña del repuntado de la hacienda a la cual esos páramos pertenecían, que vivía allí con su familia. En toda la sección del perímetro de las faldas que habíamos recorrido, encontramos aquí y allá perdidas en la inmensidad de los páramos, cabañas como esa, habitadas por infelices indios. Los Poguis, Ñaguin, Pailacocha, Cunucyacu: en todos esos lugares viven, o más bien vejetan, familias de indios, encargadas de la guarda y el pastoreo de ganados, bastante abundante en toda la región.

El repuntador de Abras-pungo era un indio muy anciano, como de bronce patinado por el tiempo, seco y sarmentoso, que debía pasar a la sazón de los cien años, y vivía allí casi desde la niñez. Su conservación nos interesó sobremanera, porque, dotado de buena memoria, daba razón de acontecimientos pasados casi un siglo atrás y de muchas personas que en diversas épocas han visitado al Rey de los Andes. Nos sirvió de guía excelente y gracias a él recogimos preciosos datos de todo género.

Un día, viendo nuestro afán de verlo todo y saber cuánto él sabía acerca del cerro, nos propuso que le acompañáramos para mostrarnos "unas como letras" grabadas en una roca por un gringo, hacía muchos años. Excusado es decir con cuánta curiosidad y prontitud nos prestaríamos a acompañarle así fuera a la cumbre del nevado. Anduvimos más de una hora,

admirando una vez más nosotros la expedición de ese anciano centenario en semejantes alturas. A la de 4.400 metros sobre el nivel del mar, más o menos, habíamos llegado, siguiendo la cresta de uno de los contrafuertes del cerro, entre dos quebradas a cual más profunda y fragosa, y casi al límite de las nieves —muy alto en esa época del año—, cuando se detuvo el indio ante una enorme piedra aislada, casi cuadrangular y en una de cuyas caras, dirigida al Norte, era completamente vertical, lisa y bruñida como si lo fuera artificialmente.

Aquí están las letras, —dijo el indio, mostrándonos dicha cara de la piedra.

Figúrese el lector cuánto asombro nos causaría el encontrar grabadas en la piedra varias líneas en caracteres romanos clásicos. De pronto no pudimos leerlo todo, pues diminutos liquenes y musgo habían aprovechado de las pequeñas incisiones y del polvo depositado en ellas, para convertirlas en su vivienda. Una vez limpia, pudimos leer la inscripción siguiente:

FLOS. ANDIUM. CAECILIA.
UBI. FLORUIT. PROPTER. FLOREM. MORTUA.
A. STUBEL. PLANCTA.
HAECQUE. SUB. LAPIDE. POSITA.
IN. AETERNUM. DORMIT.
A. D. MDCCCLXXII

¿Quién fue aquella Cecilia, flor de los Andes, muerta por una flor allí donde floreció, llorada por Stubel y por él depositada al pie de aquella piedra, donde dormía eternamente? El indio nada sabía al respecto, porque en esa época, según dedujimos de los datos que nos había dado, no vivía en esa parte sino en la opuesta del cerro. Por el año, el Stubel de la inscripción no podía ser otro que el sabio alemán

Alfonso Stubel, que por aquel entonces, en compañía del no menos sabio Guillermo Reiss, recorrió en toda su extensión los Andes ecuatorianos en estudios de Geología y en especial de Vulcanología. Pero ¿qué misterio era aquel de una Cecilia, hermosa flor de los Andes, amada sin duda por el sabio, nacida allí en las faldas del Chimborazo, y muerta por causa de una flor? Al poner UBI FLORUIT ¿quiso el sabio indicar genéricamente los Andes, la tierra ecuatoriana? En ese caso, bien pudo ser una ecuatoriana cualquiera, una blanca, la misteriosa flor andina; pero no, aquel UBI FLORUIT se refería, indudablemente, a esos lugares preciosos, a las faldas del Chimborazo; y entonces Cecilia no pudo ser sino una india, pues sólo una india podía haber nacido allí. ¿Y la causa de la muerte? ¡Por una flor! ¡Por causa de una flor! ¿Qué misterio era ese? . . . ¿Y el haberla sepultado allí, en esa soledad inmensa, haciendo de aquella piedra el más original y poético sarcófago? Ya tenía para ponerse a soñar el menos soñador de los hombres ¿Cómo soñaría yo, que en eso me paso la vida?

Como el sabio Stubel vivía aún en su patria, me propuse escribirle pidiéndole la clave de tantos arcanos; pero se pasaron días y meses y años, y aunque revvían de cuando en cuando con el recuerdo la curiosidad y el interés, no llegué a realizar mi propósito.

Un día, por fin, recuerdo, curiosidad e interés revivieron, con más vigor que nunca, mientras visitaba, en Leipzig, el Musseo Grassi, tan caro a los ecuatorianos, por contener tantas y tan interesantes prendas de la tierruca. Allí, en el Salón de Stubel, entre otras mil, los cuadros del pintor Rafael Troya, compañero de los dos sabios alemanes durante casi toda su permanencia en el Ecuador, paisajes nuestros, fragmentos de la Patria, girones de su cielo, oro y carmín de sus mañanas y sus tardes, plata de sus

nevados, esmeralda de sus campos, policromía de sus bosques . . .

Dulce añoranza, amorosa saudade, me tenían embargado, cuando de pronto me asaltó el recuerdo de la misteriosa Cecilia y del sabio que un día la lloró muerta, dándole sepultura en lo más solitario y abrupto de los lejanos Andes.

Fácil me fué dar con la habitación del Dr. Stubel: me presenté a él con la confianza de ser bien recibido, no sólo como ecuatoriano sino como hijo de quien se honró con la amistad de los dos sabios alemanes y cantó entusiasmado su vencimiento sobre el Genio de los Andes, sorprendido por ellos en su misterioso y hasta entonces inviolado alcázar de sempiternos hielos. No me engañaba; el venerable anciano me recibió con amabilidad y cortesía extremas, manifestando la complascencia que tenía de hablar de cosas del Ecuador con un ecuatoriano. Los largos años pasados en aquel teatro de maravillas le habían dejado tantos recuerdos . . .

Después de haber conversado más de una hora; de haberle dado yo razón de personas y cosas que le interesaban, de haber él contestado a mil preguntas mías, saqué de mi cartera la copia de la inscripción y se la mostré diciéndole:

—Explíqueme, Dr. los misterios que para mí encierra esta inscripción, grabada por Ud. en una roca de las faldas del Chimborazo.

—¡Ah! ¡Cecilia, Cecilia! —Exclamó, visiblemente emocionado. Luego, llegándose a una vitrina de su estudio— donde me había recibido, sacó y me presentó a su vez una especie de relicario en el cual, bajo el vidrio, se veía una flor disecada.

—Aquí tiene la flor por la que murió Cecilia— me dijo.

Era una flor seca y descolorida, casi informe ya, al pie de la cual se leía: RANUNCULUS CAECILIAE. 1872.

Suspendida a la pared me mostró después una preciosa acuarela, como tantas pintadas por él que había visto en el Museo Grassi, en la que al punto reconocí la piedra, túmulo de Cecilia, con la inscripción grabada.

—De todos mis recuerdos del Ecuador, éste es el más querido— dijo, y volviendo a sentarse continuó:

—Sí—, fué en ese año: de 1872. . . varias veces habíamos estado con el Dr. Reiss en las faldas del Chimborazo; allí, en Abras-pungo conocimos a Cecilia.

Era una longuita, de doce a trece años de edad, linda como una estatuita de bronce. Los niños indios, Ud. lo sabe mejor que yo, son encantadores; sobre todo, difícilmente se puede encontrar ojos más hermosos. Así eran los de Cecilia; negros, negrísimos, y grandes y que miraban con más inocencia y candor, si cabe, que los de todos los niños. Morena, tostada por el sol y el frío de los páramos; con el cuerpecito mostrando apenas los primeros indicios de la precoz pubertad de los indios; le digo a Ud. que era casi un tipo de belleza: nunca ví longuita más hermosa. Era hija de un indio cuidador del ganado . . . ¿Repuntador? así se llaman, ¿verdad? Había nacido allí ¡Pobrecita! Cuando la conocimos con el Dr. Reiss y la acariciamos y regalamos, nos cobró tal cariño, que casi no se separaba de nosotros. Mi paje, Javier Campaña, y todos los arrieros que nos acompañaban morían también por ella. Pero, le repito a Ud. que el Dr. Reiss y yo llegamos a amar entrañablemente a esa criatura inocente y linda. . .

Una vez, por Julio o Agosto de 1872, me quedé solo en Pailacocha, con Javier Campaña y dos o tres arrieros; pues el Dr. Reis tuvo que ir a Quito, para tratar de varios asuntos con el gran García Moreno. Entonces se me pegó más todavía Cecilia y no se apartaba de mí en ninguna hora. Como su padre nos acompañaba en calidad de guía, ella iba con nosotros, de campamento en campamento. Agil como una

cabrita, incansable y animosa siempre; tratando de adivinar los pensamientos y deseos, recogía para mí cuantas flores encontraba, pues había visto que las disecaba y guardaba con esmero; y me traía fragmentos de rocas, y a su parecer raros y diversos de los que veía en la colección que yo iba formando. Y en todo caso, y a todas horas, me divertía con su charla ingenua y su risa encantadora. Un día que Javier Campaña tuvo que ir a Ambato para no sé qué diligencia, le encargué que me comprara una muñeca de las mejores que encontrara; cuando se la dí a la chica, primero no quería creer que semejante maravilla fuera para ella; convencida al fin, poco faltó para que se volviera loca de contento. Jamás la abandonó y a todas partes la llevaba, cargada como suelen las indias llevar a sus hijitos.

Una tarde, regresando de una excursión por la cresta aquella en donde Ud. encontró la tumba de Cecilia, al examinar la roca casi vertical, cubierta no obstante de vegetación, y que no medía menos de treinta metros hasta el fondo de la quebrada, divisé a unos cuatro por debajo de la ceja en que estábamos, la mancha roja de una flor desconocida. Miré con el anteojo: me pareció muy rara; debía ser una Ranunculacea, pero ninguna de las variedades conocidas tenía esa forma ni ese color rojo intenso. Una variedad nueva, vamos; merecía la pena de hacer cualquier sacrificio por alcanzarla. Bajar era imposible; hasta cierto punto con gran peligro, se podía intentarlo, pues había unas protuverancias en la roca donde sentar los pies; más abajo, apenas escasas matas en las grietas, donde una cabra difícilmente habría podido afirmar sus patas. La más entusiasta por alcanzar la flor era Cecilia; ella quería bajar a cogerla o que la descolgasen con una cuerda. No permití, naturalmente, ni la una cosa ni la otra. Armé una especie de anzuelo al extremo de un bramante y traté de trabar en aquél la planta para

arrancarla y subirla; pero en vano perdí en ello mucho tiempo, con peligro de dañar la flor. Mientras tanto la noche se nos venía encima y al fin tuve que desistir del propósito por entonces, con la esperanza de realizarlo al día siguiente. Bajamos; Cecilia se manifestaba contrariada por no haber podido complacerme esta vez como tantas otras, presentándome aquello que veía que me interesaba.

—¿Mucho quieres la flor?— me preguntaba, y se quedaba pensativa cuado la contestaba:

—¡Mucho, chiquita!—

—Yo hubiera bajado si me hubieras permitido—, insistía.

Llegamos muy cansados al campamento, que distaba más de un kilómetro del lugar donde estaba la flor. Cecilia contra su costumbre de ir primero a mi tolda, fué directamente a la chocita de paja donde dormía con su padre.

A la mañana siguiente me levanté algo tarde, pues había dormido mal. Cuando salí de la tolda me sorprendió no encontrar, como todos los días, a Cecilia que era siempre la primera en darme los "buenos días". Pregunté por ella; Javier me dijo que debía haberse ido con su padre a recoger leña; pero a poco éste, con una gran carga de chuquiragua a las espaldas, vino solo, y no supo dar razón de la chica. Se la buscó en los contornos; no pareció. Entonces el indio se puso a mirar el suelo, hasta que descubrió en la arena las huellas de los piecesitos descalzos, y comenzó a seguirlas, con ese instinto de galgos de los indios.

—Por aquí se ha ido—, dijo, indicando la misma ruta que habíamos seguido la tarde anterior al descender. Una idea terrible me sobresaltó de pronto: ¡si habría ido a tratar de coger la flor roja! Ella era así: lo que veía que me interesaba, quería a todo trance alcanzarlo para mí.

—Vamos pronto—, dije, y tomando mi bastón, comencé a trepar de prisa. Campaña vino tras mí. El indio seguía el rastro de las pisadas. Llegamos al punto desde donde se veía la flor; ¡ya no estaba allí!; en cambio, confirmando mis sospechas, una cuerda, mal atada por un extremo a unas matas y colgante sobre el abismo, y la muñeca de Cecilia cuidadosamente colocada bajo unas pajas, estaban manifestando que ésta había querido coger la flor, y probablemente, caído a la quebrada.

La llamamos una y otra vez, por si anduviera por allí; nadie más que el eco contestó lúgubremente. El indio, muy inclinado sobre el precipicio oteaba hacia el fondo. Dió al fin un alarido, y exclamando después: ¡Ay! ¡ñuca guagua, ñuca guagualla! empezó como loco a buscar por dónde descender al fondo. Aterrados, le seguimos nosotros. Unos cincuenta metros más abajo era posible, y descendimos rápidamente, remontando luego por el fondo, hasta el lugar en donde, intacto al parecer, caliente todavía, pero sin vida, encontramos el cuerpo de Cecilia: tenía fuertemente apretada en la manecita derecha la mata entera con la flor, que parecía una mancha de sangre.

Figúrese Ud., amigo mío, el dolor que me causaría tan terrible acontecimiento. El indio estrechaba a su hijita contra el pecho, diciéndole en quichua cosas que debían ser muy tiernas; Javier Campaña y yo llorábamos en silencio.

Ordené a Campaña que bajara al campamento y volviera con dos de nuestros hombres, la herramienta para cavar la sepultura y una sábana en qué envolver el cadáver pues resolví enterrarlo allí ¿qué mejor sepultura podía tener esa florecita salvaje de los Andes? escogí el sitio; se cavó muy hondo; yo mismo puse en brazos de Cecilia la muñeca, y envuelta en la sábana, la coloqué al fondo de la fosa. En los días siguientes grabé, con el cincel y el martillo del geólogo, la inscripción que Ud. ha encontrado.

Cuando el Dr. Reiss regresó de Quito, lloró también al contarle yo lo acaecido. Juntos visitamos por última vez la tumba de Cecilia un día del mes de Agosto de 1872.

La flor causante de la muerte de esa adorable criatura, era en efecto, como yo lo había sospechado, una variedad desconocida hasta entonces de las Ranunculaceas: el Profesor Ascherson, que la clasificó, le puso a petición mía el nombre de Cecilia.

Tradiciones Quiteñas

Por Laura Pérez de Oleas Zambrano

La Sandalia del Milagro

Fúnebre noche que la lluvia azota,
oscura calle que ya está dormida;
es el frío como hoja de un acero
que hiere sin piedad y en desafío.

Muda, sombría la Ciudad inmóvil;
ya apagaron las luces sus balcones
y en el telón de fantasmal negrura
sólo brilla el farol de los "serenos"

En el silencio de la noche se oye
el tardo caminar de un buen pollino
que llevando una caja misteriosa
se dirige al Convento de Agustinos.

Llega a la puerta con su noble carga:
(no tiene conductor ni tiene guía).
Abrumado del peso y la fatiga
dobla sus patas ya en la Portería.

Todo canta a la luz de madrugada;
las campanas anuncian una aurora,
página azul del himno al nuevo día
y escrita por el sol en resplandores.

El viento ya no grita entre las torres:
son voces de maitines las que claman.
El atrio y la portada de Agustinos
se bañan de fulgor en la mañana.

Muchos frailes en ronda silenciosa
dan vueltas en torno a ese pollino
que descansa sin dueño, y se preguntan:
—¿Quién lo trajo hasta aquí . . . ¿De dónde vino? . . .

Lo quieren levantar. ¡Esfuerzo inútil!
Es muy terco el borrico misterioso . . .
sus orejas se agitan señalando
la dulce carga que su lomo oprime.

—¡Levanta y anda! . . . —grítale Fray Félix.
Mas el borrico no se mueve un punto:
hacia el cajón se torna su cabeza
suplicándoles reciban el tesoro.

Aligeran del peso al buen asnillo
y, ante muchas miradas sorprendidas,
se esfuma el asno sin dejar vestigios,
marcando ese misterio con su huída.

Y ¡oh, maravilla del feliz hallazgo! . . .
Se estremece el alma alborozada.
Todos en derredor palpitan extasiados . . .
y el sol besa la caja del milagro . . .

Ya está abierta . . . Como puntos de luz
las pupilas azules de una Imagen,
con transparencia de lágrima o rocío,
tienen en su mirar fulgor de estrellas . . .

Sentado está el Señor. Su faz dolida
pintada con la sangre del martirio
y con halo de espinas de madera,
inspira devoción, piedad, ternura . . .

La túnica violeta está ceñida
por un grueso cordón a la cintura.
Los pies del Redentor están desnudos
pidiendo besos para estar vestidos.

Eco de asombro . . . de voces turbadas,
y luego calladas, de la muchedumbre.
Arrobo en los ojos que miran a Cristo,
símbolo perenne de amor y de fe.

Amor a su Quito, cuna milagrera
de grandes portentos que pasman al mundo,
cual la Taumaturga de los Terremotos,
la muy amada Señora de la Merced.

Se aprestan devotos; llevan al Señor
a honrarle en el Templo de San Agustín;
pero ni cien hombres tienen fortaleza;
es mágico el peso del feble madero.

Parece tallado en duro granito
o clavado al sitio que escogió el asnillo.
—¡Milagro! . . . ¡Milagro! . . .— claman en un grito:
—Dejad al Señor donde El lo ha querido . . .

Enardecido el pueblo, con unción
levanta a la Imagen que está leve,
hasta un rico sillón que fue del Coro,
y hoy es trono y altar de devoción.

¡Cuán feble, cuán ligera está la carga! . . .
Los creyentes ya doblan sus rodillas . . .
Y, de pronto, una voz celeste, habla:
—¡Yo soy el Buen Jesús de la Esperanza! . . .

El piadoso temor se hizo silencio . . .
¿Fue de leve rumor algún suspiro?
¿O de un triste laud nota argentada
que el viento arrastra su divino soplo? . . .

¡Ah! . . . Es el murmullo que del Cielo viene
cuando baten sus alas los Querubes . . .
Inefable emoción que va buscando
la luz de la Verdad y la Esperanza . . .

Y desde entonces en la Portería,
convertida en Santuario, noche y día,
cantares dulcísimos resuenan
con plegarias y lágrimas constantes.

Se inclinan las frentes pensativas
al realizar prodigios con los fieles
aquel que por amor quedó cautivo
a las puertas del Templo, donde es Dueño . . .

Y florecen los prodigios, los milagros
en el Quito Colonial. Y la dama,
los señores, los nativos, todos oran,
todos lloran a los pies del Buen Señor.

Son oraciones como viejas lágrimas,
que poco a poco caen en el alma . . .
Y cada suspiro es como una gota
desprendida del sol de la esperanza . . .

Una dama linajuda quema un cirio:
es la esposa de un Oidor. Suspira,
reza y llora. Y en sus ojos grandes, claros
hay angustia cuando mira al Redentor.

Es señora muy soberbia, pecadora,
manos líricas, fragantes, trenzas de oro.
Enjoyada, muy liviana, y su nombre:
Magdalena de la Fuente de Guilar.

Ella pide: ¡Salva a mi hijo de la peste!,
oh, mi Jesús . . . Tú nos miras compasivo . . .
Yo te ruego que no llenes a mi vida
de dolor . . . ¡Salva a mi hijo, te lo ruego! . . .

E inclinada en actitud sumisa
besa los desnudos pies del Salvador,
y se siente invadida de tristeza
viendo descalzo al dueño de su amor.

Arden los cirios . . . El sol se apaga . . .
y truécanse inquietudes en sosiego . . .
Azules lirios . . . aromas pasionales . . .
plegarias esfumadas en incienso.

Entre la sombra misteriosa vaga
la piadosa promesa de la dama,
y, unido a la angustia de un anhelo,
el blanco refulgir de la esperanza.

Ella clama: —Yo te ofrezco, Señor mío,
mi constante devoción y la ofrenda
que te hago de vestir tus pies desnudos,
si mi pena ya te inspira compasión.

—Con sandalias de oro puro, recamadas
y bordadas en muy rica pedrería,
con las gemas más divinas y preciadas,
descuajadas del joyel de mi ilusión.

Ricas sandalias con suelas de oro,
perlas y gemas de gran fulgor; deslumbra
el broche que las sujeta al calcañar:
hay un arco iris en los pies del Salvador.

Son ofrenda de amor estas sandalias;
hay vanidad, también, en el exvoto:
lo señala el rostro de la Imagen
que aparece con sombras de un dolor . .

Al filo de las doce llega un hombre,
besa con fe y amor la pedrería;
gélido está su labio de devoto,
y gime al Señor de la Portería:

—Tú eres rico, mi Dios, tienes sandalias
de oro, cuajadas con mil gemas pulidas.
Yo tengo deudas, enfermo y dolorido
estoy . . . Mis hijos sufren hambre y frío . . .

—El pan de cada día amaso con sudor:
duro y amargo es el don de caridad.
Todo lo mezclo con llanto y dolor mío . . .
Mi vergüenza es muy grande, oh, mi Señor.

—Que llegue mi pedido como incienso.
¡Oh, Cristo! . . . Tú amparas al desvalido,
redimes al pecador y lo alientas,
si desfallece, y consuelas su aflicción . . .

Y todas las tardes a pedirle viene,
por no cargar, tal vez, arma suicida,
con faz meditabunda, pálida, grave
a que remedie las sombras de su vida.

De lejos vino el creyente, y, ahora . . .
su rostro ilumina la confianza . . .
El Señor le ha sonreído . . . ¡Milagro! . . .
Y Juan de Villena cae de rodillas . . .

Cierra la noche y ante la Imagen
sigue rogando; el pan sigue pidiendo:
—¡Dame para mis hijos que desfallecen! . . .
¡No seremos vencidos en esta lucha! . . .

Ora es un reto, ora lo emplaza,
y desesperado Juan dice al Señor:
—¡Ah! . . . ¡No espero más! . . . A primera hora
vendré a que me hagas un gran favor . . .

Sonríe Cristo. Está enigmático . . .
Y sus divinos ojos llenos de pena,
al hombre siguen, que en lento paso
sale del templo a cuestas con su dolor.

Mas su mirada nostálgica se cambia,
a la sonrisa tan dulce del Creador,
en grande fe, muy ciega y muy sencilla:
—Mañana me harás rico ¡oh, mi Señor! . . .

Luz de alba. Serena paz. Amanecer.
En las puertas los vecinos mañaneros
comentan un crimen: yace una mujer
asesinada en el portal de Juan.

Este sale; absorto en sus pesares
no repara en la muerta, y camina
alucinado . . . Chapotea en la sangre
y llega al Convento de Agustinos . . .

Hinca la rodilla al pie del Gran Señor,
de Aquel, su Buen Dios de la Esperanza,
y renueva, apremiante, su plegaria:
—Señor, hoy tienes que atender mi ruego.

Temblor de luces, aletear de flores
en el cálido altar. Coro lejano
de angélicas voces en el Claustro,
precursores son ellos de un milagro . . .

Se ha movido la estatua del Señor . . .
Implorante está Juan; en su emoción,
febril extiende hacia su Rey los brazos,
intuyendo, quizá, que le hace un don . . .

¡Oh, portento! . . . Alza el Señor un pie . . .
En las manos de Juan cae el milagro,
el milagro de amor de una sandalia
que él la recibe con sencilla fe . . .

Juan de Villena en marcha apresurada
llega hasta la tienda de un joyero
apretando a su pecho aquel tesoro
que remediará todos sus males, todos . . .

Sorprendido el joyero de aquel robo,
avisa a la Justicia . . . ¡Sacrilegio! . . .
¡Han hurtado la sandalia del Señor! . . .
El tumulto indignado prende a Juan . . .

Es en vano que Juan justicia clame:
nadie atiende su voz: es un absurdo
que el Señor le donara la sandalia
que era exvoto de la dama del Oidor.

Le acusan del crimen de esa noche:
lo atestiguan las manchas del calzado.
Asesino y ladrón . . . ¿Quién lo defiende? . . .
Cual confeso a la Cárcel fue llevado . . .

¡Condenado a morir! . . . Piensa en sus hijos . . .
¡Solos! . . . ¡Míseros! . . . Su corazón hecho llanto
y sus manos ateridas palpan la Muerte
que se acerca . . . con ojos crueles y fríos . . .

—¿Qué restará de mí? . . . —dice el cuitado—
Saldo ruin de carroña y ambiciones . . .
Zozobras que se cambian en reposo . . .
Una piedra, una cruz . . . algunas flores . . .

Cual una larga noche que termina,
el reo morirá al nacer el día . . .
Que para las grandes almas el Creador,
las grandes amarguras quiso hacer

Mas, calzado la sandalia del milagro,
el Señor de la Esperanza sonreía . . .
Y en las calles, turbados en su duelo:
¡Sacrilegio! . . . los cristianos repetían . . .

Las campanas vibran en son "de profundis":
Hay en aquellos bronces ecos inmortales,
con ellos a Juan llega una voz . . . ¿Será
el preludio de su partida eterna? . . .

—¿Por qué te aflijes tanto? . . . Condenado:
seca tu llanto. La muerte es pasajera;
el alma sobrevive . . . ¡Es tan dulce morir! . . .
Ten esperanza en tu Dueño y Señor . . .

Ya sale el reo con el alma triste.
Condenado al silencio . . . sin remedio . . .
a morir . . . Camino hacia el patíbulo . . .
pasa frente al Señor de la Esperanza.

Es su reclamo dolorido asedio:
—Tú me diste la sandalia . . . Haz justicia . . .
Por tu culpa, Señor, me van a ahorcar.
Tú me diste la sandalia . . . Yo no quise . . .

Jueces y pueblo oyen con indignación
al reo que, de rodillas, lanza a Cristo
un hondo reto: —Me arrastraste al suplicio,
mi Señor . . . ¡Dame mi honra, dame vida! . . .

Tú no aceptas el regalo que te hizo
vanidosa una mujer . . . Tú me diste
y me quitaste la sandalia . . . honra y vida . . .
¡Haz justicia, por mis hijos, oh, Señor! . . .

¡Oh, dulce fe, que transportas las montañas! . . .
El Señor levanta un pie . . . Con asombro
de jueces y verdugos, lanza al reo la sandalia
y ya cintilan las gemas en su mano . . .

—¡Milagro! . . . ¡Milagro! . . .— El pueblo reclama:
¡Es inocente! . . . Es injusta su condena . . .
Libertan al reo . . . El fallo humano
acató el del Señor de la Justicia . . .

Juan de Villena inciensa su plegaria:
—Divino Juez, que perdonas al culpable;
al inocente amparas. Tu milagro
será tu advocación: "Rey de Justicia" . . .

—Señor, nuevamente, a tus plantas estoy
agradecido . . . ¿Pero quién me dará el trigo? . . .
¿Quién pagará mis deudas . . . —Y la sandalia,
de la mano del Juez fue desprendida . . .

Y en pública subasta fue vendida
la famosa sandalia del milagro.
Perpetuando la memoria del portento
tiene siempre el Señor un pie desnudo.

Y una balanza muy llena de oro
es un testigo junto a la Imagen,
de la fortuna con que obsequiara,
a una alma justa, Nuestro Señor . . .

Y, desde entonces, siguen prodigios
y suplicantes lloran en su dolor.
claman y ruegan virtud y vicios,
que a todos mira, que a todos ama . . .

Jesús de Esperanza y de Justicia,
un día, por su querer, restó cautivo
sobre las losas de una Portería,
cual mendigo que está pidiendo amor . . .

Aprendiz de Bandido

CON la noche mediada emprendió el camino; negro y callado estaba el sendero; iba al azar de su destino de contrabandista, hundiendo su sombra en los matorrales; a la alborada estaría al otro lado de la frontera. A medida que sube la cuesta tórnase el panorama más sombroso, maravilloso y laberíntico. Luego empieza el descenso; ya se oye el agua bravía del Guáitara, que éste es el nombre que toma el río Carchi al correr en tierra colombiana. El Maraco camina en escondites umbrosos; desaparece su silueta entre rocas y grutas abiertas en la montaña, bajo imponentes matorrales silvestres que se extienden exuberantes en todas direcciones.

En la orilla opuesta del río le esperan los comerciantes furtivos que forman la banda de contrabandistas capitaneados por el Maraco; allí están con los fardos escondidos entre las rocas. Listas

están las mulas con los cascos envueltos en trapos para aplacar el ruido de las pisadas de las bestias; apresuradamente son puestos los grandes bultos en sus lomos y el Maraco empieza el regreso, desandando el camino anterior, por un atajo que va directo a la casucha del Pelado, un hombre valiente y fornido que hace de guardián de las mercaderías pasadas de contrabando al otro lado de la frontera colombiana.

No tiene gran vigilancia este sitio; es muy difícil llegar hasta allí, ya que páramos, abismos y caminos intransitables lo tienen en completo olvido y aislamiento, facilitando el contrabando. Un pequeño Resguardo de Aduana formado por pocos hombres arrebujados en ponchos, que hacen una vida casi salvaje albergados en un cobertizo de paja y armados de viejos fusiles, forman la defensa única contra el paso clandestino de mercaderías.

En el año de 1880 el Ecuador vivía una etapa de prosperidad y sus productos eran muy apreciados en el vecino país del norte, pues hasta nuestra moneda, de buena plata, se veía muy favorecida en el cambio y, naturalmente, este país rico sufría el ataque de los contrabandistas de ambas regiones que se enriquecían con el comercio clandestino.

El Maraco surgió entonces en los breñales de la Provincia del Carchi. Feroz, sagaz y valiente fue el **atamán** de una gavilla, no sólo en el contrabando, sino en el asalto, el asesinato y el robo a los viajeros. Aunque le habían dicho que tenía treinta y cinco años estaba soltero, y charlaba:

—No quiero el trabón de hijos y mujer; yo solo me las bato y cuando me maten, que no me lloriquee nadie ni quiero quejas ni reproches. Dirán tan solamente: "Ya murió el Maraco . . . Bueno . . . ¿Y qué? . . . "

—Pero no es malo tener un varoncito que acompañe —le respondió el Pelado—. Ya ves, a mí me regalaron uno y bien me sirve.

—No me convencen: Yo soy como el buey que estando solo bien se lame, pero ayuntado. . .

Y el Maraco se alejaba a trote largo, prendiendo las espuelas "roncadoras" en los ijares de su único cariño: el caballo.

Y así: durmiendo de día y "trabajando" en las madrugadas y noches, el Maraco seguía en su vida de crímenes y sin que por ello se enriqueciera y se justificaba de ser botarate con lo robado:

—¿Para qué voy a guardar el dinero si no tengo familia? . . . Yo entrego mi parte a las viudas y huérfanos de mis amigos caídos en esta dura vida que llevamos, o al compañero que me lo pide, que seguramente necesita más que yo: a mí me bastan mis pitillos y mi botella de aguardiente; del resto . . . Yo sólo tengo hambre y sed de carne y sangre . . . ¿me comprenden? . . .

La cabeza de este audaz y sanguinario bandido fue puesta a precio. Pero ¿quién era capaz de capturarlo? Más fácil era apresar a un león o una pantera.

—Al Maraco nadie le pone la mano encima, —decía pretensioso—, porque quién me toque es hombre muerto . . . Y nadie es más hábil que yo para echar un lance a las balas y luego, siempre estoy protegido con los avisos que recibo de parte de las personas agradecidas que, muchas veces, exponen sus vidas para salvar la mía.

Y aquella madrugada que caminaba por el atajo en dirección a la guarida del Pelado, sentía como un presentimiento de que algo extraordinario iba a sucederle.

—¿Será bueno? . . . ¿será malo? . . . —pensaba—. Porque el corazón se afanaba en decirle algo que él no podía interpretar; pero que le golpeaba el pecho, como en señal de advertencia o llamada.

Hacía frío. Cruzó por el cielo una estrella errante. Graznó una lechuza. Las alas de un pajarraco negro

acariciaron su rostro. Las mulas detenían a cada momento el paso y daban señales de alarma con las orejas.

—¡Cáspita! . . . ¡Por aquí anda alguien! . . . exclamó receloso el contrabandista. ¡Y mis hombres que se quedaron al otro lado del río esperando más fardos! . . . Aquí yo y mis mulos podemos caer en una trampa.

El Maraco puso a tiro su escopeta y avanzó lentamente en acecho de una sorpresa. En la lejanía vibró un lamento que la brisa lo llevaba y lo traía . . . Luego un quejido . . . Súplicas . . . Parecía el lloro de un niño . . . Clamaban auxilio . . . El viento trajo una recia voz que increpaba . . . Pero la fuerte ventisca que azotaba los ramales y silbaba multiplicando su silba en el eco de las rocas impedía al Maraco definir con certeza de dónde venían los lamentos. Empero, cada paso que daba le acercaba más hacia el tierno quejido . . . Hasta que pudo, al fin, divisar una luz en un cobertizo oculto entre los pajonales. El Maraco se encontró de súbito en un pedazo de páramo blanqueado de frailejones. Trabó las patas a las mulas para que se estuvieren quietas y él se lanzó en su cabalgadura en dirección a la lucesilla que ya se desvanecía ante la pálida claridad de la madrugada.

Al oír el galopar del caballo un muchacho salió del cobertizo y se precipitó hacia su posible salvador, sin temor a un atropello de la bestia. Asióse a una pierna del Maraco y le suplicó:

—¡Sálveme, señor! . . . Súbame a su caballo . . . Tenga piedad de mí . . . Dios se lo pagará . . .

No terminaba aún su ruego, cuando un hombre con una fusta de castigar animales, blandiendo en su mano, se acercó, gritando:

—¡Ah, pícaro! . . . ¿Con que quieres escapar? . . . Ven acá, haragán, para arrancarte a latigazos el resto de piel que te sobró de la anterior "cueriza" . . .

El Maraco rápidamente tomó al niño y le alzó sobre la silla, lo cubrió con su poncho y con aquella fuerte voz que hacía temblar a su cuadrilla, interrogó al hombre:

—¿Por qué martirizas a esta criatura?

—Porque me da la gana.

—¡So, pedazo de animal! . . . Así no se contesta al Maraco porque te ha de costar caro . . .

—¡El Maraco! . . .

—Sí; el Maraco que te va a tomar cuentas de tu infamia. Desde abajo oí los gemidos de este muchacho . . .

—¿Qué te importa? . . . Cuídate, bandido, porque mañana llevo tu cabeza a Tulcán y cobro la recompensa.

Una bala rozó el sombrero del Maraco, pero éste rápidamente disparó su escopeta y el hombre cayó muerto en los pajonales de Car.

—¡Bestia!—exclamó el contrabandista—. No sabía el infeliz que al Maraco las balas le respetan. Y ya ves, muchacho, por tu culpa he tenido que matar a este hombre. Vamos . . . ¿Cómo te llamas? . . .

—Perico, pero también me dicen "Patallucha."

—Te han puesto ese mote porque andas descalzo; pero yo te regalaré unas lindas botas y te diré Perico. Y ahora vamos a Tulcán; entraremos a la noche pues yo no puedo presentarme de día porque me apresarían. Te dejaré donde una familia amiga.

—Lléveme con Ud., señor.

—No es posible, chico: yo soy un bandido.

—Yo también quiero ser bandido.

—¿Sabes lo que es eso? . . . Es un oficio muy peligroso: es necesario ser muy listos y valientes.

—¿Y por qué no puedo aprender ese oficio? Si Ud. me dá algunas lecciones, yo le prometo que me aplicaré y seré un gran bandido. Mi patrón. don Zenón, el hombre que Ud. acaba de matar, me decía

siempre "Patallucha", no eres tonto y como no tienes vergüenza ni miedo, algún día llegarás a bandido.
Ya ve, señor, que sí puedo valer para ese empleo.

—Para enseñarte lo que yo sé, tendrías que andar conmigo por todas partes, y al Maraco, todo el mundo lo sabe, le gusta ser más libre que la ventisca del páramo. Tú me estorbas ¿No prefieres ser un hombre de bien?

—¿Es buen oficio ése? ¿Cuál dá más dinero, señor? ¿Y, Ud., si aquello es tan bueno, por qué no lo aprendió?

—Me haces tantas preguntas, muchacho, que no sé a cuál responder, dijo el Maraco quitándose el sombrero y restregándose la cabeza.

El contrabandista se quedó en silencio; espoleó a su cabalgadura; llegó al lugar donde dejó la recua, desató las patas de las mulas y con un silbido las azuzó a que emprendieran el camino.

En la choza del Pelado descargaron las bestias. El Maraco separó lo robado a los caminantes, que lo adquirió a veces, sacrificando vidas, de aquellos artículos que los obtuvo en el contrabando.

—Mira, muchacho, dijo el Maraco dirigiéndose a Perico. Es necesaria esta separación porque unos hombres se ocupan del contrabando y ótros de asaltar a los viajeros y a cada cual hay que dar lo que le corresponde. En el reparto hay que ser muy leales y honrados: esta es la ley de un buen bandolero.

—No lo olvidaré . . . ¿Esta es la primera lección, señor?

—¿Es que, en realidad, quieres ser un facineroso?

—Sí, señor; se lo pido, le ruego; yo quiero ser bandido; no me aleje de su lado; yo le ayudaré, le defenderé y cuando yo sea un hombre me pondré al frente de la cuadrilla. Entonces serán mías estas cosas tan bonitas que veo aquí.

—¿Y sabes, Perico, en cuánto tiempo obtuve todos estos objetos? . . . Pues en pocos días . . . En

cambio, un hombre honrado tiene que trabajar toda la vida por un puñado de monedas, o se agota trabajando para, a la postre, morir de hambre . . .

El Pelado que todo lo estuvo oyendo protestó indignado:

—Sí, ésta es la segunda lección de bandalismo que das a este pobre chico. Fíjate, Maraco, lo que estás diciendo: no desvíes la moral de esta criatura. Nosotros seamos unos desgraciados, pero respeta la inocencia de este chico . . . No le hagas caso "Patallucha": los malhechores terminan en la cárcel, en la horca o los fusilan. Algún día nos verás, al Maraco y a mí, bailando en la cuerda . . . Entrega a este muchacho a una familia honorable, a que haya un forajido menos en esta región, ya tan azotada de desalmados.

—¡No! . . . ¡No! . . . —gimoteó Perico—. Yo quiero ser bandido . . . ¡Voy a correr aventuras con el Maraco!

Y desde entonces se vió al contrabandista con Perico a la grupa de su caballo; escapando de las balas de la policía que lo perseguía o sosteniendo verdaderos combates con los asaltados. Formaban los dos un solo cuerpo, una sola alma y una sola ambición. El Maraco ya no despilfarraba el botín; ahora decía:

—Ya tengo a quién dejar mi dinero y quién me sepulte y me llore: mi hijo, mi Perico.

Una noche que se vieron acosados por los aduaneros tuvieron que refugiarse en una gruta; y allí permanecieron varios días en la humedad y con escaso alimento. El muchacho enfermó gravemente. Antes de caer en un síncope, que podía ser mortal, balbuceó:

—¡Papá! . . . ¡Maraquito! . . . ¡Me muero! . . . ¡Ya no podré ser bandido! . . .

—Tranquilízate, mi hijito, que ya lo eres . . . Pero salvarás . . . Te juro que salvarás, aunque me cueste la vida . . .

Y el Maraco tomó al niño, fuerte y crecido para sus diez años, en los brazos y enloquecido de dolor corrió por peñas, atajos, vadeó riachuelos hasta que a la madrugada, extenuado, pero sacando energías de su gran amor al niño, llegó con éste desmayado en sus brazos, a la ciudad de Tulcán y, a patadas, abrió la puerta de la casa del doctor Jairo Sierra. Alarmado éste con el ruido se disponía a bajar cuando el Maraco se precipitó a un cuarto que vió abierto; dejó al enfermo sobre un sofá y juntando las manos, rogó:

—Doctor, salve a mi hijo, a mi Perico, y le daré todos los tesoros que tengo escondidos en el cobertizo del Pelado.

—¿Quién es Ud? . . .

—¡Soy el Maraco! . . .

Palideció el médico, pero no hizo alto en el terrible nombre. Se limitó a decir:

—No hay necesidad de que me ofrezca tesoros: mi deber es atender a quien solicite mis servicios.

—Pero . . . es que . . . yo tengo que volver a las montañas y el chico necesita curación. Después de quince días volveré por él . . . Sánelo . . . ¡Sánelo, doctor! . . . Y Ud. será rico: se lo dice el Maraco que nunca faltó a su palabra.

—Le repito; no necesito su dinero. Haré lo posible . . . y se lo entregaré sano, si el caso no es fatal . . .

El Maraco besó la mano del médico y salió a la calle. Un grupo de gente y algunos policías esperaban la salida del feroz contrabandista, que fue identificado cuando con tanto alboroto derribó la puerta. Al ser apuntado con los fusiles, alzó los brazos . . . Estaba desarmado . . . El rostro curtido por la intemperie se humedeció de sudor y lágrimas, y exclamó:

—¡Mi Perico ya no podrá ser bandido! . . . El Pelado tenía razón: bailaré mi última danza colgado del patíbulo . . .

Y Perico tan sólo se quedó en aprendiz de bandido porque se educó bajo el amparo de la familia Sierra. Años después fue el célebre cirujano carchense que tanto honor dió a su provincia cuando el movimiento alfarista de 1895. Su abnegación y sacrificio con los heridos quedó en los gloriosos archivos de la Historia de la Provincia del Carchi con el nombre de Pedro Anastasio Sierra.

Laura Pérez de Oleas Zambrano

Monumentos Coloniales

El Rollo de Cuenca

BELLO y significativo, es volver la memoria a remotas edades; a edades que tienen la sublime página, de las opulencias del León Ibérico, en los dominios de América.

¡América! Bendita tierra de Colón, que vuestro virginal regazo abrísteis, cual rosa, a que la Hidalga España, con amor maternal, deposite en vuestro corazón, el oro del patriotismo y de la ciencia, del valor y de las virtudes evangélicas, todas enarboladas en la Cruz y Espada, glorioso Estandarte de Isabel La Católica, en el panorama americano.

La historia nos enseña que toda ciudad, fundada por el Monarca de Castilla en sus vastas colonias, en primer lugar se alzaba al centro de la terraza, que iba a servir de plaza principal, la Cruz y la Espada,

bajo el gráfico monumento de **Rollo o Picota,** que llevaba en la cúspide la insignia de la Religión, descansando en transversales barrotes de piedra, que era el cadalso de la justicia.

Así, en cuanto Cuenca fue fundada por Gil Ramírez Dávalos, Abril 12 de 1557, por disposición del Virrey Hurtado de Mendoza, éste ordenó que apenas se trace la nueva ciudad, se levante en la plaza la alegoría **del Rollo.** Y al respecto, la acta de fundación de Cuenca dice: "Instrucciones de su Excmo. Visto el lugar más conveniente se trazará la ciudad y se le dará jurisdicción civil y criminal, bajo el imperio de la horca y el cuchillo, como tienen las demás ciudades de estos reinos; y ordenó que en la plaza pública se ponga un Rollo o Picota, el cual quedó fundado en dicho lugar, ante mí el Escribano Antonio de Sevilla.

Por esta relación, el Primer Rollo de Cuenca se levantó en el sitio, donde hoy se destaca la estatua del Héroe Niño, en el Parque Abdón Calderón; y sin temor a duda, el referido Rollo permaneció en aquella zona, por el tiempo de más de dos siglos, hasta el año de 1778, en que vino a Cuenca, como Gobernador, don José Antonio Vallejo, porque esta ciudad fue elevada a la Categoría de Gobernación por Cédula de Carlos III, en 1771. Para gloria de Cuenca, fue su primer Gobernador el señor Vallejo, a quien cupo la gloria de ser la piedra angular de la civilización azuaya. Es él quien levantó a la entrada de Cuenca el actual Rollo, al que hoy contemplamos en el lugar denominado Vecino.

Antes de hablar de esta reliquia histórica, que representa la jurisdicción criminal, en la época colonial de Cuenca, nos sea permitido hablar del origen del Rollo, en los anales del Viejo Continente, antes del descubrimiento de América. Este nombre según el diccionario de la Lengua Castellana, significa: Picota, monumento de piedra y de forma

de columna que era insignia de la jurisdicción de la villa; y que suele haber a la entrada de los lugares, donde ponían las cabezas o miembros de los ajusticiados o a los reos a la vergüenza". Y aún más, el nombre de Rollo viene de la palabra latina **Rótulis**, que significa cilindro, porque los Hebreos escribían en pergaminos los asuntos de justicia criminal y luego les arrollaban en voluminosos Rollos; y de esta manera fue para los Romanos la primitiva forma de libro, y para los ingleses, el registro de actas del fuero penal, escritas en cuero y envueltas concéntricamente.

Inglaterra, Francia, Alemania y otras naciones europeas eran partidarias de la terrible sicología del Rollo, hasta cuando el sabio estadista Werman, en artículo social jurídico dijo: "El Rollo es la pena más desigual y la más desordenada de las penas: se abandona en ella al delincuente al capricho de los individuos; de lo que resulta que este estravagante suplicio tan pronto es un triunfo y tan pronto el escarnio. Así un poeta, Willan fue condenado al Rollo por un libelo, y el Rollo fue para él un Liceo, pasándose toda la escena en cumplimiento entre él y los espectadores; mas un pobre menesteroso, lleno de numerosos hijos, condenado por insignificante vicio, fue inmolado bárbaramente por la voluntad de la justicia y sirvió de escarnio del populacho". Mas, a las apreciaciones del estadista citado, jocoso español, le aplicó sentencioso refrán que dice: "Beba el Rollo de lo puro, que el tabernero me dirá seguro"; esta máxima advierte que, cuando la justicia anda derecho, nadie se tuerce. Sin temor a duda, el referido refrán español grabó en su noble corazón, el hidalgo caballero don Antonio José Vallejo, cuando de Madrid se trasladó a Cuenca, con el cargo de Gobernador. Apenas llegó en 1778, acometió la empresa, a nombre del Rey, de levantar tres Rollos; y tales esfinges de dolor humano, al estrepitoso toques de clarines y

alegres corridas de toros, las izó solemnemente, en los siguientes barrios, como atalayas de justicia: la primera en la zona del Corazón de Jesús, hoy avenida "Miguel Moreno", ótra en Todos Santos, calle "Cañar" y la tercera en el Vecino, carrera "González Suárez". El Rollo de Todos Santos, ninguno de los actuales sobrevivientes del Azuay llegaron a conocerlo, el del Corazón de Jesús, ha desaparecido. Sólo queda en pie el del Vecino, para presenciar diariamente, las quiebras de la justicia, bajo el fantástico marco de las leyes ecuatorianas, en opuesta rebeldía, a las que la Madre España, dictó en la etapa colonial cuencana.

El Rollo del Vecino, fue mandado a construir en 1778, por el extraordinario Gobernador de Cuenca, José Antonio Vallejo, caballero que es tronco de una de las ramas del distinguido apellido Cueva en el Ecuador. La inscripción que en borrosos caracteres, lleva tan histórica columna se halla trunca y dice: "Gobernador e Intendente de Cuenca Vallejo" . . .

¿Por qué la leyenda está incompleta? ¡Triste es confesarlo!; pero he aquí su relato: arrancaron de la cúspide del Rollo la escultura del León Ibérico, talvez para expatriarlo a un museo europeo; pero de estos historiadores, como Julio Matovelle, Honorato Vásquez, Ezequiel Márquez y Octavio Cordero, conocedores de aquel valor hurtado, reclamaron a la justicia, la devolución de aquel objeto sagrado. Inesperadas manos policiales, por el afán de asegurar la efigie de León, en el monumento del Rollo, ha cubierto de cemento gran parte de la leyenda, dictada por el Gobernador Vallejo, autor de tan importante obra.

De los Rollo de Cuenca dice González Suárez: "Era el suplicio de los criminales, y a los cómplices, principalmente cuando eran menores de edad, se les hacía presenciar la ejecución de los reos, y después se les obligaba a pasar por debajo de los cadáveres,

colgados del Rollo. La pena de azotes se ejecutaba en público: las mujeres las sufrían en las espaldas desnudas, para lo cual se las paseaba por las calles de la ciudad, cabalgando en un borrico: precedía el verdugo o pregonero, anunciando a gritos la sentencia, al pie del Rollo. Mas, es gloria para Quito y Cuenca, por el corazón humanitario, que llegaron a tener los verdugos oficiales, de estas dos ciudades, que ninguno de ellos quería ejercer tan siniestro cargo, en la administración del Gobernador Vallejo, al tratarse de tales ejecuciones. En esta dificultad asomó a Cuenca un indio criminal, llamado Francisco Mizama, conocido con el apodo de "Argandoña", natural de Piura, y éste fue verdugo de los ajusticiados en el Rollo de Cuenca.

Sólo una ocasión tembló Argandoña de su mísero oficio, y fue cuando Vallejo dió la siguiente sentencia, contra Melchor del Valle, por fratricidio ejecutado en su hermano Silvestre, fallo que dice: "Condeno al delincuente a pena de muerte afrentosa, que se ejecutará dándole primeramente doscientos azotes en la plaza pública y después colgándole en el Rollo, y su cadáver será metido en un zurrón de cuero, con un perro, un gallo, una víbora y un mono, y cocido el zurrón será arrojado en el río Matadero, de donde nadie se atreverá a extraerlo so pena de doscientos azotes. Preguntado Vallejo por Argandoña ¿qué significa, que vaya al río junto con el difunto tanto animal? Vallejo, iracundo, contestóle: Todos estos animales se victiman entre padres y hermanos; y por lo tanto cumpla usted mis órdenes sin dilación, que si nó el zurrón se encargará de su muerte.

Como acto de justicia, recordamos en esta breve charla histórica, la ilustre vida del Gobernador Vallejo. El fue español, oriundo de Cartagena, ciudad marítima del reino de Murcia, descendiente de noble abolengo: las prendas de que estaba adornado y su esmerado comportamiento le granjearon los grados de

Guardia Marina, de Brigadier y luego de Alférez Real de Navío. A Cuenca vino a la edad de treinta y cinco años; y en esta ciudad contrajo matrimonio con la hermosa y noble señorita Jacoba Polo, de cepa italiana, y de esta pareja nacieron cinco hijos, entre otros Remigio, del cual desciende una rama del apellido Cueva en el Ecuador.

Vallejo acometió con vigor la empresa de reformar en lo físico y moral la ciudad de Cuenca: a él se debe el edificio de la Casa de Gobierno, las cárceles de hombres y mujeres, el primer censo que se levantó en Cuenca, las creaciones de compañías militares a las que vistió con uniforme de usanza europea. Cuando Vallejo vino a Cuenca, ninguna casa estaba blanqueada, ninguna calle empedrada: nadie ponía alumbrado público, todo se hallaba en estado de abandono. En lo moral, todo estaba asimismo desgobernado: las pendencias eran frecuentes, pulubaban los matones y el robo era moneda ordinaria. Vallejo con mano de hierro, saneó a Cuenca en lo físico y moral, y su nombre fue temblado y amado por favor al Rollo, incorruptible monumento de la justicia.

Vallejo murió en Cuenca, el 22 de Agosto de 1803, y sepultado en la iglesia de San Francisco, antes de recibir la honrosa distinción del Monarca de Castilla, la que fue el envío del hábito de Caballero de Calatrava, honor del que no logró gozar por su fallecimiento.

Y amplía nuestro estudio el escrito del historiador Víctor M. Albornoz, que dice:

"Era costumbre, en lo antiguo, levantar rollos o picotas como insignias de la jurisdicción de villas o ciudades. Por esto, las entradas a ellas fueron los lugares preferidos para su erección.

Durante la época colonial, en Cuenca se alzaron tres rollos, en los lugares que eran punto inicial de las principales vías de comunicación que la unían con

el resto del Virreinato, esto es: en el Vecino, en la ruta hacia Quito y Santa Fe; en Tandacatu (San Sebastián) en la que lleva hacia la costa; y a orillas del Tomebamba, en la que va al sur, hacia Loja y Lima.

De estas tres picotas hoy no subsisten, sino la más notable ciertamente: la que se muestra en la plazoleta del Vecino, donde se iniciaba la vía para Chiquintad, Déleg y otros lugares, así como el antiguo camino al Norte, por Milchichig que ahora queda continuo y paralelo en partes a la Avenida Quito.

Muchos acontecimientos de la vida colonial cuencana están ligados a este monumento, en el que, sobre pétreo pedestal, hasta hoy culmina el León de Castilla, aunque maltrecho y afrentado por las injurias del tiempo y de los hombres. Porque, siendo esta picota símbolo de gobierno y mando, en ella se ejerció no pocas veces la justicia real. En sus escarpias se balancearon, ante los ojos del vecindario y de los viandantes, los cuerpos exánimes de quienes pagaron con la vida las ofensas hechas a una sociedad exigente que pedía vindicta para toda grave falta.

El Rollo del Vecino se construyó en el año de 1787, durante la gobernación del Sr. Josef Antonio Vallejo y siendo Contador Real Don Bartolomé Arce. Estos pormenores constan grabados en el mismo monumento, en una inscripción que ahora no se la puede leer íntegramente porque en el año 1924 se cometió la torpeza —queriendo darle mayores seguridades— de revestir con cemento las junturas de las tres piedras en que se halla la leyenda, al pie del león de Iberia, realizando el trabajo con tan poco cuidado que muchas letras han sido cubiertas, razón por la que vamos a dar la inscripción íntegra, que la hemos visto buscar en vano a varios turistas.

Por encima del exergo hay un monograma en el que, según nuestro concepto, aparecen enlazadas sólo estas letras:

que para nosotros, son iniciales o siglas de la frase latina: REGIS OFFENSA VINDICTA, expresión muy adecuada en una columna para ajusticiados, en la que semejante advertencia produciría efecto saludable en los súbditos de Su Majestad.

A continuación viene esta leyenda:

EL SEÑOR
GOUERNA
DOR YNTE
NDENTE D.
JOSE ANTONI
O UALLEJO
DIVISION DE
LOS CAMINO
S QUE MANDO
PONER DON JUAN
BARTOLDO ARSE
CUANDO FUE RL.
QONTADOR
EL AÑO DE 1787.

Convencidos estamos de que el actual Rollo del Vecino no es sino reposición o nueva construcción seguramente con materiales más duraderos y en forma más artística de otro anterior, que en el mismo lugar o en sus cercanías se levantó años antes, pues esta clase de insignias jurisdiccionales no podían faltar en una ciudad española, menos en las de América, en que el poder real se ponía de manifiesto, sobre todo en esto de demostrar que el Soberano era dueño de vidas y haciendas.

En cuanto al Gobernador Josef Antonio de Vallejo sabido es que, debido a su carácter fuerte y ajustado siempre a las leyes, tuvo a gala ejecutar la justicia en forma inexorable. Desde 1776, en que, mozo de treinta y seis años, vino a Cuenca, hasta 1801 en que por última vez desempeñó el cargo de Gobernador Intendente, su administración se distinguió por su rectitud de procedimientos, a veces llevada hasta la dureza y fuera de las normas a que debe ajustarse quien tiene mando.

El, con terroríficos ejemplos, hizo desaparecer la criminalidad en el territorio de su mando, ejerciendo, no hay duda, una gran labor moralizadora.

Vallejo, de una energía sin igual y de un valor sin límites, no se contentaba con dictar órdenes, sino que era placer suyo el llevar a cabo por sí mismo sus decisiones. Así sucede, por ejemplo, con la banda de quince bandidos que, poco después de la llegada del Gobernador infestaba Paute, y la Provincia toda con sus audaces hechos, llevados a tal extremo que aún incurría en el desprecio y burla a las autoridades; sabedor de ello, Vallejo ataca a los forajidos —"ladrones famosos, matadores llenos de delitos", dice— y con propia mano aprehende a los dos principales cabecillas: Antonio y Joaquín Arse, que, poco después, purgan sus crímenes en la horca.

Los archivos cuencanos están llenos de documentos fehacientes que comprueban la severidad con que procedía nuestro Gobernador en el ejercicio de sus funciones. Su afán de justicia fue tal que en él se extralimitó a punto de incurrir en el asesinato de Juan Mariano Zavala y Alvarado —el célebre espadachín Zavala de nuestras consejas populares—, cuando este ladrón de honras y ladrón sacrílego de joyas pretendió huir, mofándose de quien intentaba restituirlo de la cárcel.

Varias decenas de criminales hizo ajusticiar Vallejo. Por ser la más original de cuantas expidió,

diremos algo de la sentencia que, de acuerdo con su asesor el Licenciado Andrés Rodríguez de Olivares, dió el 10 de Septiembre de 1783. En ella, después de declarar que el proceso comprobaba que Melchor del Valle era autor de la alevosa muerte de su hermano Silvestre del Valle, condena al fratricida, a la pena de muerte afrentosa "que se ejecutará —así expresa— dándole primeramente doscientos azotes en la plaza pública de esta ciudad (Cuenca) y después colgándole en la horca hasta que muera, y su cuerpo difunto será metido en un zurrón de cuero, con un perro, un gallo, una víbora y un mono, y cosido el zurrón será arrojado en el río Matadero, de donde nadie se atreva a extraerlo, so pena de doscientos azotes, siendo plebeyo, o doscientos pesos de multa, siendo noble". Así se ejecutaba la justicia en esos tiempos, en que la repetición de la triste hazaña de Caín era castigada dando al hechor como última morada el pedregoso lecho de un río, en junta de los heterogéneos compañeros de un extraño y afrentoso simbolismo!

Como curiosidad indicaremos que en la gobernación de Vallejo ejercieron el nada honroso cargo de verdugos dos individuos, cuyos nombres hasta ahora perduran conservados por la tradición y el horror que inspiraron. Fueron éstos: Francisco Argandoña, piurano, y Pascual Quintuña, de Sinincay. Este último asumió el puesto en circunstancias bien excepcionales, pues en el momento en que iba a ser ahorcado en 1803, acusándosele de ser el autor de la muerte de un indio, juró ser inocente de esa imputación, pero confesando haber cometido años antes un homicidio que había quedado en el misterio y, por consiguiente, impune. Tal actitud impresionó al pueblo que asistía a la frustrada ejecución, que éste, en voz unánime,..... que no se dé pena capital a Quintuña. Así se hace, con opinión eclesiástica; pero como el asesinato del que se había declarado culpable no podía quedar sin castigo, los

jueces le condenaron a una pena infamante, talvez peor que la misma muerte: la de permanecer preso en la cárcel durante diez años, sin poder usar otro vestido que la túnica que vistió para ir al patíbulo y el acudir a éste, para servir de verdugo, cada vez que un reo debía ser ajusticiado.

Cuántas historias tenebrosas de la época colonial —sombría, pero inquietante y digna de evocación— nos trae a la memoria el Rollo del Vecino, que hoy sólo se conserva como un vestigio de épocas que se hundieron en el pretérito, junto con la inflexible férula de esos Gobernantes de voluntad de acero y pecho abroquelado en la justicia sin desvío."

La Gruta de Rumichaca

Por Wigberto Dueñas O.

MUCHAS veces, cuando niños, después de habernos embebido en la lectura de "Las Mil y Una Noches" o de "Gulliver en el país de los enanos", hemos soñado con caballos alados, hadas buenas o maléficas y alfombras mágicas, conduciéndonos en medio de nubes doradas o sobre castillos negros en los que moraba la Bruja del cuento. Otras ocasiones, nos hemos imaginado columnas de oro, nácar y mármol en misteriosas cuevas habitadas por espíritus o en el seno de los mares, Imperio de las Sirenas y del Dios Neptuno . . .

Al visitar la Gruta de Rumichaca, junto al pueblo de La Paz, enclavado en el corazón mismo de la aguerrida Provincia del Carchi, hemos vuelto de nuevo a pensar en nuestros cuentos de niños y en la maravilla que vimos en sueños.

Separada apenas por el Río Carchi, está la Provincia Ecuatoriana que lleva su nombre, límite de nuestro País y valuarte de nuestra nacionalidad en el Norte.

La tradicional y aguerrida Provincia es una de las más altas de la República.

Después de atravesar los fértiles campos imbabureños y de extasiarse en la contemplación de sus lagunas, se inicia un ascenso lento desde la hoya del Chota, por montañas imponentes y áridas en cuyas capas se lee la edad del mundo.

El pueblecito del Juncal, con una sofocante temperatura, y sus negros que nos recuerdan el Africa milenaria, está junto al puente que lleva su nombre e inicia el ascenso por los macizos grises del nudo de Huaca. El lejano paisaje apasible y verde de la Provincia Azul, está en perenne contraste con la aridez sofocante del valle negro.

A lo lejos, el río Chota parece una cinta de plata caprichosamente retorcida por alguna misteriosa mano, en medio del valle profundo. Herida fresca hecha en el seno de los montes inmensos que anuncian a la provincia carchense.

Hasta la población de Bolívar, la pendiente ha sido pronunciada y extensa.

El camino angosto es como una serpiente moribunda que buscara ansiosamente alguna fuente en las cumbres, para lo que se ve obligada a arrastrarse por las faldas interminables de la montaña.

Las curvas son numerosas y junto al camino, los abismos insondables, como el de "Los Duendes", muestran al viajero las entrañas de la tierra con cortes verticales en cuyas paredes se agarran desesperadamente los chaparrales y las malezas, en un inútil ademán de librarse de aquél vértigo.

Asoma por fin la población de Bolívar, con casitas que rodean caprichosamente a un parque. La

Iglesia con supremacía escultórica, apunta a las alturas con sus torres, y los laboriosos habitantes con su normal ritmo de vida agrícola e industrial, labran lenta y silenciosamente el progreso de su tierra.

Después de media hora de camino, está el pueblecito de La Paz.

Su ambiente y sus campos, así como el carácter de sus moradores, justifican el nombre que lleva, en contraste con el desaforado deseo actual de la humanidad de una parte del mundo, cuando apenas ha echado un poco de tierra sobre la sangre fresca de la anterior contienda.

Y a pocos kilómetros, apenas unos cuatro, de esta población está el maravilloso lugar, motivo de estas letras: "La Gruta de Rumichaca."

La vía se retuerce en medio de una ladera que termina en las orillas accidentadas del río Achaví o San Gabriel.

Mas o menos se hace unos quince minutos hasta el puente natural que está encima de la Gruta.

Antes de llegar a este inmenso puente formado por dos enormes moles de roca que el tiempo ha perforado, hay que atravesar un pequeño túnel y otro puentecito.

Ya en el sitio, hay necesidad de tomar un sendero estrecho y tortuoso para penetrar a la Gruta de Rumichaca.

El camino desde La Paz hasta el puente se extiende por la margen derecha del río y se puede ver cómo en algunos lugares, raros por cierto, han crecido pequeñas vegas, mientras que en la mayoría de las riberas, la roca cortada a pico, recibe los embates de las aguas en el fondo.

El inmenso, admirable puente, obra de la naturaleza bravía y caprichosa impide distinguir el lugar en el que las aguas del Achaví se introducen en las entrañas de la tierra, y que está a unas seis

cuadras del sitio en que al salir del río forma la maravillosa Gruta.

Hay necesidad de atravesar el puente natural para poder iniciar el descenso por la ribera izquierda del río.

Un abismo de unos sesenta metros más o menos se presenta a nuestra vista, desde uno de los bordes del puente en dirección al lugar al que nos dirigimos.

Un admirable contraste entre la naturaleza salvaje y tupida, como un trozo de selva tropical, con la aridez de las rocas de los alrededores y, sobre todo, de la pendiente por donde hemos descendido, predispone el espíritu para admirar las sorpresas que nos esperan en el fondo, antes de penetrar al país de las maravillas.

Encima del puente se ha construído una tosca casa destinada a hospedaje de los romeriantes que visitan la Capilla de la Virgen de La Paz.

Junto a esta rústica hospedería está una capillita de la Milagrosa Imagen.

Numerosos romeros llegan continuamente para depositar sus agradecimientos y exvotos a los pies de la Virgen.

Descendemos lentamente por la margen izquierda, con el ansia de contemplar la encantadora Gruta. El sendero es estrecho, y se vuelve difícil transitar en los días de lluvia.

Estamos más o menos a tres mil quinientos metros sobre el nivel del mar y es admirable contemplar cómo a esta altura, hay zonas exhuberantes, en las que las flores y plantas silvestres han encadenado sus colores y sus encantos, como si la selva hubiera querido enviar también a este lugar una delegación de fertilidad y belleza.

Hemos completado el descenso, pero tenemos que dar nuestro santo y seña a dos enormes y viejos centinelas que cuidan celosamente, como en las

leyendas mitológicas, estos tesoros. Son dos árboles frondosos, parecen higuerones, en cuyas ramas se columpian enredaderas y flores formando un arco multicolor.

Los dos colosos están a la entrada de la Gruta y cerca de un pequeño puente rústico que se ha construído desde la margen izquierda del río hasta la otra orilla. De pronto nos encontramos en la Gruta misma.

Tal belleza y encanto tiene este sitio, que no tenemos tiempo para contemplar el río retorciéndose en la profundidad después de haber atravesado un túnel misterioso de más de seis cuadras.

A la orilla derecha está la capillita de la Virgen de La Paz, Imagen hecha en piedra, sin que tenga gran perfección en su forma, pero que en cambio inspira, hasta por la imponencia del lugar, gran devoción a los numerosos romeros que acuden de todos los lugares a rendirle culto.

El altarcito está rodeado de una verja de madera y hay un espacio en que los peregrinos han colocado algunos bastones y muletas, recuerdos de milagrosas curaciones.

Qué grandiosidad tiene el cuadro que se presenta a la vista. El río rugiente sale de la negra cueva y forma la Gruta, que la podemos apreciar desde una especie de corredor a donde llegan los turistas y los devotos.

Al fondo, una oscuridad misteriosa sobrecoge el espíritu y lanza a todos los rincones numerosos murciélagos que cortan velozmente el aire, en medio de estridentes chillidos. Mas o menos, nos han asegurado que mide unos 85 metros de fondo, 45 de altura y 28 de ancho.

La inmensa bóveda está maravillosamente tallada por la mano de la naturaleza. Conos, esculturas caprichosas, miles de formas, en las que predomina

el rojo, el verde en varios matices y otros colores, cuelgan de las alturas. El tiempo, con sus inexplicables pinceles y buriles ha ido pacientemente tallando y enluciendo las paredes de la bóveda. Hacia el fondo parece que Miguel Angel hubiese tenido su taller de escultura y lo hubiera abandonado de pronto, con todos sus ensayos y modelos a medio ejecutar . . . Tales son las figuras que se adivinan, de varios colores y formas.

En general, lo que predomina es la pirámide y el cono, con los vértices hacia abajo. Es decir las estalactitas, formadas lentamente por la acción de las aguas que caen gota a gota cargadas de materias calcáreas y de otras substancias.

Lo más encantador, inexplicable y maravilloso es la bóveda bajo la que está situado el pequeño altar.

El hierro, el manganeso, han dado lo más encantador de sus reacciones para colorear estos lugares de ensueño que nos transportan a los países que nos forjábamos en nuestra niñez, cuando devorábamos los relatos orientales.

Entre los demás colores se destaca claramente el blanco límpido del carbonato de calcio.

Como es profunda la Gruta y no hay facilidades para penetrar unos metros más, apenas se divisa un manto negro que sirve de fondo a las macabras acrobacias de los murciélagos.

Hay enorme riqueza de carbonato de calcio. Con el gas carbónico y después de ponerse en contacto con el aire, al filtrarse el agua por las paredes de la Gruta, se forman conos invertidos, caprichosos y llenos de un encanto que no hemos mirado en ninguna otra parte.

No podemos decir lo que siente nuestro espíritu en esos momentos de estática contemplación. Tan pequeño se ve el hombre junto a la inmensidad

sublime de la naturaleza, señora de sus dominios y artífice de sus obras inexplicables y sin imitación.

Al caer las gotas de agua al suelo, se forman otros conos con el vértice hacia arriba: las estalagmitas. Muchas veces crecen hasta unirse con las estalactitas y forman columnas de una belleza imponderable.

Gentes ignorantes, buscando únicamente su lucro personal, sin nociones de la importancia de una belleza de tal magnitud, han penetrado a la Gruta y con el pretexto de utilizar la tierra o cal que ellos llaman "licamancha", han destruído casi completamente las estalagmitas, de las que quedan muy pocas en uno que otro rincón.

El Estado y los Municipios debían proteger este lugar único en el país, para que sea admirado por los turistas; pero desgraciadamente, en muchos otros sitios, da pena ver como la paciente labor de la naturaleza ha quedado destrozada por la estúpida acción de la ignorancia y el afán de lucro.

Sin embargo la Gruta de Rumichaca es un lugar sin igual y digno de ser visitado por los turistas.

En la otra margen del río brota una misteriosa fuente de agua termal, parecida a la de la Virgen de Agua Santa de Baños. Por el color amarillento y por los sedimentos que deja en el cauce, contiene esta agua mucho hierro.

Para dirigirse a este baño hay que atravesar un puentecito rústicamente hecho en medio de la exhuberante naturaleza.

Hay trozos de madera diseminados aquí y allá y que han sido cubiertos de carbonato de calcio dándoles diferentes formas y apariencias, como si fueran fósiles de animales antediluvianos.

Hay en algunos lugares tal abundancia de carbonato de calcio, que construyendo pequeñas figuras de barro y dejándolas un tiempo, se cubren

rápidamente de una capa de esta substancia tomando una apariencia de estatuas de mármol o alabastro.

Tanta hermosura y encanto hay en este lugar, que cuando nos alejamos llevamos en el alma el deseo de volver continuamente para admirar la obra inmensa de la naturaleza que, no solamente aquí, sino en muchos otros lugares, ha regalado a nuestro país con atractivos tales que difícilmente se encuentran en otras partes del mundo, como lo han reconocido numerosos turistas.

MARIETTA DE VEINTEMILLA